
Jazmin
Primer amor
Barbara
GALE
El hogar del corazón
HARLEQUIN


Jazmín
Primer amor
Barbara
GALE
El hogar del corazón


HARLEQUIN™



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El hogar del corazón, n.º 11 - noviembre 2017
Título original: Finding His Way Home
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Este título fue publicado originalmente en español en 2007

I.S.B.N.: 978-84-9170-546-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

VALETTA salió del cuarto de baño limpiándose los labios con una toallita y se dejó caer en la cama, sin preocuparse por si despertaba a su marido.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Jack con una sonrisa adormilada.

Rodeó la abultada cintura de su mujer con una mano y la atrajo hacia sí, mientras ella se tapaba y dejaba escapar un suspiro.

–¿Crees que es posible tener náuseas durante nueve meses más? He oído decir que ocurre.

–Val –Jack soltó una risa y se acurrucó contra ella–. Casi has acabado el segundo trimestre, así que no van a ser nueve meses más. Solo tres, por lo que recuerdo de la facultad de Medicina. Sí, estoy seguro de que solo te quedan tres meses.

–¿Qué sabes tú? –gruñó ella–. No eres más que un médico.

–Sí, pero bueno –sonrió y besó su hombro desnudo.

–Es tarde, doctor Faraday –dijo ella, echando un vistazo al reloj–, así que no te líes demasiado.

–Ya estoy liado –murmuró él, rodeando sus muslos con las piernas–. ¿Sientes eso? Eso es liado.

Valetta sonrió contra su boca, mientras él intentaba que le devolviera los besos.

–Tus pacientes estarán haciendo cola en la clínica dentro de una hora. ¿No crees que deberías estar allí para darles la bienvenida?

–Puedo llegar unos minutos tarde. Todos me disculparán si les digo que me has entretenido.

–¡Ni se te ocurra decir eso!

–Bastarían diez minutos –murmuró él, malicioso.

–¿Diez minutos?¿En plan «pim, pam, pum, gracias, señora»? –protestó Valetta, aunque ya le rodeaba el cuello con los brazos.

–¿Quince? –preguntó su esposo, notando que sus cálidos besos empezaban a surtir efecto–. Dios, cuánto te quiero, Val –susurró contra su mejilla–. Mi vida, puedes tomarte veinte minutos si quieres.

El resto de las palabras de Jack se perdieron mientras hundía los dedos en el cabello cobrizo de Valetta y la besaba en la boca. Durante un tiempo solo se oyeron los crujidos de las sábanas de lino, que culminaron con suspiros de placer y risitas satisfechas. Antes de lo que habría deseado, Valetta sintió una cariñosa palmada en el trasero y la caricia del aire frío en la piel cuando su marido salió de la cama.

–Señora Faraday, esa ha sido la mejor canasta que he lanzado

desde… umm… ayer –Jack le guiñó un ojo y se inclinó para besarla–. Puede jugar conmigo al baloncesto siempre que quiera.

–Me reservaré esa invitación para el futuro –prometió ella, aún bajo la sábana–. Entretanto, ¿te preparo un café?

–Huy, ¿serías capaz? –bromeó él yendo hacia el baño, a sabiendas de que ella no iba a moverse.

Valetta sonrió al oír la ducha, convencida de que pronto llegaría una canción. Segundos después, oyó a su marido entonar su aria favorita, *Il Pagliacci.* Sintió una patada del bebé y se preguntó si era una muestra de alegría o de queja por el ruido.

–¡Diablos, qué tarde es! –Jack salió secándose el pelo con una toalla.

Valetta lo miró, arrebujada en la cálida cama. Siempre era un espectáculo verlo rebuscar en los cajones y sacar una camisa limpia, embutir sus largas piernas en unos pantalones de pana gris y ponerse una corbata que no tenía nada que ver con el resto de su atuendo. Ese día eligió una de la cerdita miss Piggy bailando con Kermit, porque era el día de los niños en la clínica y Jack sabía que les haría reír.

–Eh, dormilona, ¿sigue en pie lo de la cena con los Carmichael esta noche?

–Si puedes, sí –Valetta se estiró con pereza.

–Puedo. Tengo una reunión a las tres, así que, si no hay ninguna urgencia, llegaré sobre las siete –se inclinó hacia ella para darle un beso de despedida.

Al ver el brillo burlón de sus ojos, supo que Valetta estaba pensando en la última vez que habían quedado para cenar. Esa noche el pequeño Terry Muldrow había decidido montar por su cuenta el caballo nuevo de su padre, rompiéndose una clavícula y dando al traste con sus planes.

–Los niños son auténticos diablillos –bromeó Jack subiendo y bajando las cejas.

–Estoy deseando ver al nuestro.

–Bueno, al menos tendrás un médico en casa.

–¡Es un alivio! Te tiraría una almohada, pero estoy demasiado cómoda para moverme.

–Y yo volvería a la cama contigo –contestó Jack, mirando con adoración a su bonita esposa–, pero alguien tiene que poner la comida en la mesa. Los escritores no ganáis mucho.

–Hablas como un cavernícola, Jack: «Cásate conmigo, cielo, y comerás solomillo el resto de tu vida».

–Eh, esa no sería mala oferta hoy en día, con los precios como están –Jack se puso una gastada chaqueta de tweed y se miró en el espejo–. Princesa, teniendo en cuenta que el solomillo ronda los

cuarenta dólares el kilo, ¿te conformarías con hamburguesas hasta que acabe de pagar el préstamo al banco?

–Mejor aún, que sean hamburguesas de tofu. Son más sanas, ¿no, doctor?

–Como cavernícola, tengo mis limitaciones –refutó Jack, agarrando las llaves y la cartera–. Y las hamburguesas de tofu están muy altas en esa lista.

–¿Tan altas como tu colesterol?

–¡Mi colesterol no está tan mal como para comer hamburguesas de tofu! –él se rio, saliendo.

Jack bajó las escaleras rápidamente; su energía matutina siempre asombraba a Valetta. Ella era todo lo contrario en ese sentido. Prefería quedarse en la cama una o dos horas más y acostarse tarde. A Jack le gustaba irse a la cama temprano con una buena novela de misterio. El verano anterior, Jack había empezado a leer un libro de Patricia Cornwell, *por segunda vez*. Paciente, Jack le había explicado que, como médico, quería descubrir algún fallo en los análisis de la protagonista del libro; una médico forense. Que no lo consiguiera daba igual, lo interesante era intentarlo.

–Oh, Jack –Valetta suspiró con tolerancia: miró la pila de libros que había en el suelo y decidió regalarle una estantería para el Día del Padre.

–¡Te quiero! –gritó él, desde abajo, antes de salir.

–¡Yo también te quiero! –le contestó.

Aunque las ventanas del dormitorio estaban cerradas, oyó el ruido del motor al arrancar y supo que Jack estaba esperando a que el viejo Ford se calentara. Se lo imaginó sacando el coche marcha atrás lentamente. Era muy cuidadoso porque sabía que los niños no prestaban atención cuando iban en bicicleta o patinete; aunque no habría ninguno en la calle ese frío día de abril, tras la inesperada tormenta que había cubierto todo con una blanca capa de nieve de diez centímetros de espesor.

Oyó a su marido saludar a Ned Pickens, el conductor de la máquina quitanieves; seguramente la única persona que habría en la calle a las siete de la mañana. Con una sonrisa, volvió a quedarse dormida.

Valetta inició el día como llevaba haciendo los últimos seis meses de su complicado embarazo. Un mes más y se sentiría segura. Tenía la suerte de poder descansar porque Jack era un marido bueno y generoso. No vivían con lujos ni tenían la aspiración de hacerlo. Él era un médico de pueblo y ella su esposa; así eran felices. Además, estaban muy enamorados e iban a formar una familia.

Se levantó a las diez y se dio un largo y relajante baño. Tras un

desayuno ligero encendió su PC. Aunque no podía pasar mucho tiempo sentada, tenía el empeño de seguir escribiendo, para no sentirse totalmente inútil. Había empezado a escribir un artículo para el periódico local el día anterior y se sentía orgullosa del dinero que ganaba, por poco que fuera. Además, creía que a Jack le gustaba presentarla como su esposa, la escritora, como si estuviera a punto de ganar el premio Pulitzer.

Movió la cabeza. Nadie iba a pagarle por pensar en su marido, así que se concentró en el artículo.

El día pasó volando y a las seis y media Valetta se preparó para ir al pueblo. Longacre era uno de los muchos pueblecitos situados en una estrecha cresta de las montañas Adirondack. Ellos vivían en una carretera de tierra, a las afueras. Se puso un chaquetón de piel vuelta y recogió sus cosas. Aparcada ante la casa estaba la reluciente furgoneta que su marido había insistido en regalarle. Valetta había protestado porque no podían permitírsela, pero Jack quería que condujese un vehículo seguro. Él, en cambio, que recorría las montañas haciendo visitas, seguía conduciendo su viejo Ford. Jack no quería preocuparse por la seguridad de su esposa y su futuro hijo, y Valetta había tenido que capitular.

Llegó al restaurante Crater al mismo tiempo que sus amigos. Entraron juntos, riendo y haciendo apuestas sobre cuánto se retrasaría el doctor Jack.

Valetta les dijo que le había prometido llegar pronto, pero sus amigos le comunicaron que había habido un accidente en la carretera 10; tres coches y heridos muy graves, según la radio. Habrían llamado a Jack, el doctor más cercano, sin duda. Patty sugirió que se sentaran y pidieran la cena, por si acaso.

El restaurante de Jerome Crater era una combinación de restaurante, ayuntamiento y foro para cualquiera que tuviese algo que decir. Valetta iba allí a tomar café y a cenar con frecuencia. Jerome Crater la llamaba pelirroja delgaducha y la trataba como a la hija que no había tenido. Valetta era sobrina de Phyla Imre, que había pasado en Longacre los noventa años que duró su vida, y el pueblo la había acogido como a una más, aunque había llegado pocos años antes. Que decidiera quedarse tras la muerte de Phyla también había actuado en su favor.

¡Y se había casado con Jack Faraday, el hijo predilecto del pueblo! Esa había sido la guinda del pastel. Habían invitado a todos a la boda y Jerome había hecho la tarta: una enorme torre con cobertura de limón y vainilla de la que la gente aún hablaba. Por eso Valetta se permitió pedirle a Jerome que reservara un bol de sopa caliente de maíz y pescado para cuando llegara el doctor.

–¿Sientes al bebé? –preguntó Jerome cuando llegó con la sopa

tapada, para que no se enfriara.

Valetta sonrió con paciencia. Desde la muerte de Phyla, el verano anterior, Jerome la trataba como una gallina clueca a sus polluelos, y el embarazo había duplicado su preocupación.

–Todo va bien, Jerome.

–Solo preguntaba. Se me ha ocurrido un nombre que podría gustarte. Suena como una canción: ¡Mellie! –anunció Jerome con orgullo.

–Mellie –Patty Carmichael paladeó el nombre–. Mellie. Umm, me gusta, Val. Suena bien. Pero es bastante raro. ¿De dónde lo has sacado, Jerome?

Valetta escuchó a Jerome, Chuck y Patty comentar la sugerencia, mientras untaba mantequilla en una rebanada de delicioso pan. Últimamente, o tenía náuseas o se moría de hambre, pero Jack le había dicho que no se preocupase por las calorías y se había tomado su consejo al pie de la letra. Estaba untando la segunda rebanada cuando la puerta se abrió y entró un hombre con un sombrero negro cubierto de nieve.

–Eh, Faraday –llamó con alivio–. Estamos aquí.

El hombre se sacudió la nieve de encima sin saludarla. Al ver las manos que retorcían el sombrero comprendió que no era Jack.

Era Ned Pickens, con los ojos inyectados en sangre. Valetta dejó la cuchara en la mesa, bajó los párpados para ocultar sus ojos grises y apretó las manos. Los pasos de Ned resonaron en el suelo cuando se acercó a la mesa. Se negó a mirarlo a los ojos, no quería escuchar la horrible noticia. Un accidente… el hielo… el coche de Jack.

«No», pensó, deseando huir a un lugar donde no existieran los terribles sollozos de Ned, ni el infinito dolor, ni el silencio trágico de los comensales.

«Oh, Jack. No tenía que acabar así. Teníamos una historia que contar, un bebé que educar, una vejez que compartir».

«Oh, Jack», pensó, mientras el peso de su triste futuro la aplastaba y le daba vueltas la cabeza.

«¡Oh, Jack, te amaba tanto!».

Capítulo 1

Nueve años después

AL GIRAR el pomo, tuvo la sensación de que encontraría algo maravilloso y desconocido al otro lado de la puerta; de que al cruzar el umbral emprendería un camino sin retorno. Era una sensación fantasiosa y poco habitual en él, pero no pudo ignorar el extraño cosquilleo que sentía en la nuca. Tal vez se debiera a la imperiosa convocatoria que había recibido, pero el pomo de bronce, que había tocado mil veces antes, le pareció frío y grasiento.

La pesada puerta de caoba se abrió a un resplandor soleado que lo cegó. También estaba acostumbrado a eso; sus ojos tardaron un instante en adaptarse. Sabía que ella había colocado el enorme escritorio contra el ventanal para impresionar a la gente, para que el visitante captara el mensaje de que entraba en un recinto sagrado. Por eso ella se negaba a poner estores, cortinas o visillos, a pesar de que los días soleados eran muchos más en Los Ángeles. Ni siquiera el despacho de la directora del periódico de mayor tirada del mundo, *L.A. Connection,* era inmune al sol. Pero Alexis Keane era una mujer testaruda.

Cuando sus ojos se adaptaron, cruzó los pocos metros que lo alejaban del escritorio ante el que estaba sentada. Rodeada de montones de periódicos que recibía a diario de todo el país, Alexis Keane seguía concentrada en su lectura como si no lo hubiera oído entrar. Le gustaba decir que nadie podía acusarla de no estar al tanto de todas las noticias. Ese era su trabajo, su única vida, y lo hacía muy bien.

El sol que entraba por el ventanal creaba un halo a su alrededor, que Alexis debía de creer que le daba aún más prestancia. Sin embargo, la empequeñecía y le otorgaba aspecto de duende. Pero no sería él quien la sacara de su error. En las dos décadas que llevaban trabajando juntos se había callado muchas cosas y más aún las que ella no quería oír. Había momentos en los que una persona en su posición tenía que poder decir «no lo sabía», y él cumplía ese deseo.

En ese momento, los pequeños ojos marrones que tantas veces había escrutado le parecieron distintos. Denotaban inquietud cuando no había razón para ello. El mundo estaba tranquilo esa mañana: ni guerras, ni terremotos, ni epidemias. Por eso lo sorprendió captar un destello de preocupación en su rostro, que ella ocultó de inmediato. Pero lo había visto, ella le pagaba muy bien para que no cometiera esa clase de errores.

–Lincoln –el saludo fue brusco y dirigido a la silla junto a la que estaba, en vez de a él.

Lincoln Cameron se sentó; era tan alto que el sillón de conferencias parecía inadecuado para él.

–Alexis –esperó en silencio mientras ella ordenaba unos papeles.

–Te hace falta un afeitado –comentó ella.

–Entonces supongo que ya deben de ser las cinco –replicó él, pasándose la huesuda mano por la mejilla.

Ella estaba dándose tiempo. Le había visto hacerlo muchas veces, cuando las noticias eran malas. Pero su voz grave y ronca le sonó distinta. Había oído rumores… y los había tratado como tal. Ignoraba escrupulosamente los cotilleos de la oficina, pero se preguntó si tendrían algo de cierto. Consideró el enfermizo tinte verdoso de su piel, el blanco amarillento de sus ojos, que lo evitaban, el que no se hubiera levantado para recibirlo cuando uno de sus distintivos era su impecable cortesía…

–¿Otro Armani a medida? –ella movió la cabeza. Lincoln miró su traje azul marino y luego a su jefa.

–¿De veras me has convocado aquí para hablar de mi elegante forma de vestir?

–Vaya, menos mal que no me has dicho que yo tengo buen aspecto –rezongó ella.

–Entonces, ¿algo va mal?

–Soy una de las mujeres más ricas del mundo, y de las más poderosas. ¿Qué podría ir mal? –replicó ella, como si la pregunta le hubiera hecho gracia.

Al percibir la ira que se ocultaba bajo sus palabras, él optó por callar, pero sintió un escalofrío.

–Y tú –lo señaló con una uña perfecta–, siendo mi editor ejecutivo y uno de los hombres más poderosos del mundo de la prensa, tú, serías el primero en saberlo, ¿no? Al menos eso espero, dado que fui yo quien te enseñó. Me debes cuanto eres, ¿verdad, Lincoln? En la Casa Blanca leen cada editorial que escribes, incluso los malos, antes de su publicación. Y sé que el presidente te llama, porque yo misma le di tu número de teléfono privado.

Lincoln sonrió, a juzgar por las arrugas que formaron sus mejillas, pero sus ojos negros siguieron fríos. Ella no solía utilizar esa técnica con él.

–A veces desearía que no lo hubieras hecho. Ese hombre me llama a horas impensables.

Alexis sonrió complacida, sabía que él estaba enfadado.

–Pone coto a tu vida privada, ¿eh? –soltó una risita que se convirtió en tos.

–Eso no lo permitiría. Pero sí interrumpe mi sueño. No es

detallista –contestó él con ironía.

–Puede ser, pero dejemos eso. Te he llamado para hablar de los rumores que se están propagando –Alexis intentó ponerse en pie, pero, carente de fuerza, se dejó caer en el sillón de nuevo–. Los rumores son ciertos. Más que ciertos.

–No escucho los rumores –Lincoln alzó una ceja negra–. ¿Por qué no me dices qué debería saber?

–¿No escuchas los rumores? –se burló Alexis–. ¿Acaso no son lo que te da de comer?

–Los que se refieren a personas, pocas veces. En cuanto se refiere al periódico, busco fuentes creíbles.

–Bien por ti, pero estás en minoría. En cualquier caso, parece que el cáncer no hace distinciones –anunció con una risa seca.

–Entonces, ¿son verdad?

–¿Esos rumores que nunca escuchas? –ella sonrió–. Sí, son verdad. Tantos años desperdiciados haciendo ejercicio, comiendo antipáticas verduras insulsas, sin fumar ni permitir que se fumara en mi presencia, y la muerte se ríe de mí. Irónico, ¿no?

–¿La muerte? –Lincoln frunció el ceño, deseando que ella no eludiera la pregunta.

–Es obvio que cuando el médico evita tus ojos, las noticias son malas. Tuve que obligarle a decírmelo. No pareces sorprendido.

–Te equivocas –protestó Lincoln–. Estoy horrorizado. No sé qué decir. No se me dan bien este tipo de situaciones, pero lo siento, Alexis, de verdad.

–Lincoln Cameron, ¿lo siente? Eso sí que es nuevo –ironizó Alexis–. Pues deja de sentirlo, señor Cameron. No tengo paciencia con esas cosas.

Alexis era insolente incluso en sus momentos más vulnerables, pero Lincoln se limitó a asentir.

–Haré cuando pueda, por supuesto. Iré a África en agosto, en tu lugar –ofreció, conteniendo un suspiro.

–Sabiendo cuánto odias viajar, agradezco la oferta –Alexis soltó una risa seca.

–Es el mayor inconveniente de este trabajo.

–¿El único?

–Me gusta dormir en mi propia cama –Lincoln se encogió de hombros.

–Bueno, gracias, pero no necesito que te ocupes de hacer mi trabajo, de momento. Lo que sí necesito es otro favor que también implica dejar tu lecho de plumas unos días. Por supuesto, depende de si…

–Dime qué quieres y lo haré.

–Me alegra oír eso –lo miró–. Es mi hermana, Valetta.

Lincoln se irguió en el asiento. Oír nombrar a Valetta Keane era una de las pocas cosas en el mundo que conseguía afectarlo.

–¿Vallie? ¿Le ocurre algo?

–En absoluto –lo tranquilizó ella–. Al contrario, quiero que venga a casa.

–Y, ¿has intentado telefonearla? –Lincoln dejó escapar un imperceptible suspiro de alivio.

–La verdad es que no. Valetta solo volverá si es por algo muy importante.

Por primera vez en toda la conversación, Lincoln pensó que Alexis parecía incómoda.

–¿Tu enfermedad no lo es? –enarcó una ceja.

–No lo sabe. ¡Deja de mirarme así! No es algo que se deba contar por teléfono, y hace más de un año que no hablamos. No voy a llamar y decir: «Hola, Valetta, soy yo, Alexis, no voy a durar mucho más, ¿vienes a cenar?». Y eso sin tener en cuenta que nuestra última conversación no fue nada bien.

–Un año es muy largo. ¿Por qué has dejado que pasara tanto tiempo?

–Opina que soy demasiado controladora. Es su palabra favorita para mí. Hemos intercambiado muchas palabras airadas desde que se marchó de casa.

–Desde que se escapó, quieres decir.

–Tienes razón, claro. Se escapó. Dejó una nota infantil en la almohada y salió por la ventana a las tres de la mañana. Sí. Menos mal que nuestra tía Phyla, la hermana de mi madre, la acogió. No creo que llegaras a conocerla. Vivía en un pequeño pueblo, Longacre, al norte del estado de Nueva York. La tía Phyla murió pocos años después, pero para entonces Valetta estaba… –Alexis se calló de repente–. Pero ya conoces esa historia.

Desde luego que no la conocía, y Alexis lo sabía bien. En otros tiempos él había formado parte de la familia Keane, asistiendo a cenas, comidas navideñas y fiestas similares. Los Keane habían muerto trágicamente y él había intentado ser como un hermano para la niña, mucho más joven que Alexis; Vallie Keane había sido una niña adorable. Se convirtió en una adolescente rebelde y ensimismada, que parecía vivir en otro planeta; y también en una belleza.

Todo había ocurrido muy rápido. Dieciséis, diecisiete y, de pronto, poco después de que Valetta cumpliera los dieciocho años, su tutelaje concluyó. Sin dar explicaciones, Alexis había dejado claro que ya no era bienvenido en la mansión Keane, ni a cenar ni a comidas navideñas. Eso a Lincoln le partió el corazón, pero no hizo preguntas; no era su estilo.

El orgullo es una fuerza poderosa. Se distanciaron y las fronteras quedaron bien definidas: jefa… empleado. Eso le dio igual; Alexis nunca había sido una de sus personas favoritas. Pero Valetta era distinta; la niña ocupaba un lugar muy especial en su corazón.

Y una noche recibió una llamada de Alexis. Llovía mucho y no era una noche para salir, pero Valetta lo había hecho. Alexis admitió que habían vuelto a discutir y, por desgracia, Valetta había hecho una maleta, escrito una nota y huido por la ventana mientras Alexis dormía. Se había escapado de casa.

Alexis había contratado a detectives privados y pronto le informó de que su hermana estaba sana y salva. Pero no aclaró el motivo de su pelea. Valetta había sido la típica adolescente melodramática, que siempre tenía alguna historia que contar; por eso él no prestaba mucha atención a sus quejas. La súbita huida de Valetta había sido el precio que tuvo que pagar por no escucharla.

Desde entonces solo había sabido de Valetta Keane por su hermana, pero había echado de menos a la bella chica de pelo rizado. Por fin tendría la oportunidad de verla de nuevo.

–¿Qué le pasó a Vallie cuando Phyla murió?

–Ah, un poco de todo –dijo Alexis, vagamente–. Está bien, se defiende.

Lo frustró recibir tan poca información, pero no insistió. Siempre le había dolido que Valetta no se pusiera en contacto con él. Había creído que las hermanas Keane lo consideraban parte de la familia y se había equivocado. Perder su afecto fue una dura lección que se tomó muy en serio. Aunque su risa se apagó la noche que Valetta huyó, nadie se dio cuenta. Una década después, la idea de ver a Valetta era como un renacer, una tentación que le aceleró el pulso. Controló sus emociones y se inclinó hacia delante.

–¿Qué ocurrirá si convenzo a Val para que vuelva? –la sombra oscura de la barba le daba un aspecto amenazador.

Alexis apretó los labios con ira, pero tuvo cuidado al contestar. Si Lincoln no la ayudaba, no tenía a quién recurrir.

–No puede haber «si» que valga. Pienso entregar el control del *L.A. Connection* a Valetta. Siendo mi hermana, es la elección lógica.

–¡Eso es ridículo, Alexis! –Lincoln se levantó de un salto y empezó a pasear por la habitación.

El *L.A. Connection* era muy importante; le había entregado demasiados años de su vida y demasiados Pulitzer para quedarse quieto mientras lo mal dirigía una amateur. Aunque Alexis estuviera enferma, no pudo controlarse. Estaba tan enfadado que le temblaban las manos.

–No me extraña que no la hayas llamado. El *L.A. Connection* es una gran responsabilidad. ¡Enorme! ¿Entregárselo a una novata…?

¡Estoy atónito, Alexis!

Alexis apretó los dientes. No estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria. Por lo visto, Lincoln no comprendía que no tenía otra opción.

–Además, ¿nunca se te ha ocurrido que Valetta tiene su propia vida?

–Oh, sí, claro que la tiene –dijo Alexis.

–Entonces, es muy probable que no quiera un cambio, y menos de esta magnitud. Hasta podría estar casada –Lincoln aguantó la respiración–. ¿Lo está?

–No –afirmó Alexis, concluyente.

Fue respuesta suficiente para Linc. Temiendo que ella percibiera su alivio, fue hacia la ventana mientras intentaba recuperar la compostura. Millones de personas leían el *L.A. Connection* todos los días, tomaban el café leyendo sus editoriales, los artículos escritos por periodistas que él había adiestrado personalmente, invertían su dinero siguiendo los consejos de su equipo de asesores de Bolsa.

–¿Qué diablos puede saber ella sobre cómo dirigir un periódico? –farfulló.

–Tal vez deberías preguntárselo. Es posible que te pida ayuda.

–¡Un gran plan! –rezongó él–. Suponiendo que Valetta vuelva a casa. Suponiendo que acepte la dirección del periódico. ¿Y si no quiere mi ayuda? ¿Has pensado en eso?

–En tus manos está convencerla. Si la quiere, podríamos plantearnos formar una sociedad. ¿Qué opinas? ¿Te interesaría ser socio de Valetta Keane?

–Vaya, vaya, Alexis –el ceño de Lincoln denotaba su ira–, parece que lo tienes todo muy pensado.

–No es tan complicado. No tengo muchas opciones, pero no permitiré que el periódico de la familia Keane desaparezca por la pataleta de una jovencita. ¿O preferirías que lo hiciera? –Alexis se hundió en el sillón de cuero, agotada. Lincoln lo notó, pero no era momento de ser generoso. Había demasiado en juego.

–¿Y Valetta? –preguntó, ceñudo–. No cuentas nada de su vida, pero apuesto a que la has tenido vigilada todos estos años.

–Por eso eres mi editor jefe, Lincoln. No se te escapa nada –Alexis sonrió con amargura–. Adivina. Valetta creó su propio periódico local hace unos cinco años. Se llama *El Espectador*. Supongo que es algo genético, llevamos tinta en la venas, en vez de sangre. El periódico no es gran cosa, pero últimamente ha recibido varias menciones en todo el estado. Eso no está mal, en un estado como Nueva York. Creo que tiene experiencia suficiente para mis propósitos. De hecho, estoy muy orgullosa de ella.

–Entonces, ¿por qué no se lo dices tú misma, Alexis? ¿Por qué

me envías a mí?

«Porque está lista para ti… Y tú para ella», pensó Alexis, pero no lo dijo. Solo diría lo estrictamente necesario para conseguir sus propósitos, ni una palabra más.

–La verdad es que estoy demasiado débil para viajar, y a ella… siempre le gustaste.

–Vamos, Alexis –Lincoln no se dejó impresionar–. Era una niña la última vez que la vi, una adolescente enamoradiza.

–Seguro que ha madurado en los últimos diez años. Espero que haya aprendido unas cuantas cosas.

–¿Sobre los hombres?

–Sobre la vida, Lincoln –suspiró, aunque habría deseado gritarle por ser tan estúpido. Y por creer que ella era tonta y no conocía sus sentimientos por Valetta. Lo cierto era que él había sido una de las razones de la súbita huida de Valetta diez años antes, aunque no lo supiera. Alexis pensaba que había sido muy generosa al permitir que Valetta se marchara. Podría haberla detenido u obligado a regresar, si realmente lo hubiera deseado. Excepto por una cosa: Valetta estaba locamente enamorada de Lincoln Cameron. Y ese amor la cegaba y consumía.

Lincoln Cameron era una celebridad, su huraño y atractivo rostro llenaba los periódicos: en un podio dando un discurso, al timón de un velero, vestido de esmoquin con un brazo sobre los hombros de alguna estrella. Valetta tenía un álbum lleno de recortes y lo miraba día y noche. Dejó de estudiar y sus notas empeoraron, paseaba por la casa ensimismada, escribiendo cartitas de amor al único hombre de la tierra que no parecía fijarse en ella. Lincoln Cameron era el héroe de Valetta y él tan tonto que ni siquiera se había dado cuenta. ¡Hombres!

En un momento de frustración, Alexis lo había denominado «amor de colegiala». A Valetta no le gustó y discutieron. Cruzaron muchas palabras desafortunadas. Cuando Valetta huyó, Alexis casi sintió alivio.

Valetta necesitaba tiempo para crecer. Comprendiendo que ella no podía ayudarla, le cedió el puesto a su tía Phyla. Una mujer que había construido una cabaña de madera en los Adirondack con sus propias manos y seguía allí. Si la tía Phyla era capaz de domesticar mapaches y vivir rodeada de osos, también podría con una adolescente de hormonas desatadas.

En aquel entonces, Lincoln se había guardado su opinión, si es que la tenía. Diez años después, contemplándolo pasear por su despacho con la elegancia de una pantera, inconsciente de la verdadera razón de su disgusto, Alexis se permitió una sonrisa. Aunque las cosas no habían salido según sus planes, aún había

tiempo. Si estaba en sus manos, Lincoln sería no solo el primer hombre que le había roto el corazón a Valetta, sino también su último amor. Y no era una mala elección. Había llegado el momento. El señor Cameron era muy afortunado.

Capítulo 2

LINCOLN pensó mucho mientras volaba a Albany, dos días después. Sobre todo en el mensaje implícito de su conversación con Alexis: *sin Valetta, no hay sociedad*. Alexis había sido sutil, pero él había leído el mensaje en sus ojos, en su agotamiento, y en su despiadado empeño. Alexis no estaba para tonterías. Tenía el tiempo limitado, el riesgo era grande y su venganza sería demoledora. Si no volvía con la recalcitrante hermana, se quedaría sin trabajo, eso era impensable. Tenía cuarenta años y poder ilimitado. No había un periódico mayor en todo el país y trabajar en otro supondría bajar de nivel. Además, cuatro mil empleados dependían del periódico para ganarse la vida. Su responsabilidad era enorme.

Cuando llegó al aeropuerto de Albany, decidió dormir en un hotel antes de recorrer las estrechas carreteras de montaña que lo llevarían a un pueblo tan pequeño que el conserje del hotel ni siquiera lo había oído nombrar. Tras una buena noche de descanso, llegó a Longacre a primera hora de la tarde. Mientras conducía por la calle Mayor, vio que en el centro de la plaza habían apilado una enorme montaña de nieve prístina y esponjosa. Mirando las enormes montañas, pensó que allí no había posibilidad de contaminación.

El aparcamiento tampoco parecía ser problema. Se detuvo ante el Crater's Diner con la esperanza de tomar una buena comida caliente. Abrió la puerta y una campanilla anunció su llegada. Olía de maravilla. En un extremo del restaurante, había un hombre mayor sentado en una silla, leyendo el periódico, con un andador al lado. Tenía el pelo corto y gris y su piel tostada y curtida era evidencia de una larga vida en el campo. Echó a Lincoln una ojeada reumática, pero inteligente y alerta.

–Ya se ha perdido el desayuno, es demasiado pronto para cenar y no suelo servir almuerzo a los que vienen de paso –le informó, mirándolo por encima del borde del periódico.

A Lincoln le hizo gracia el descaro del anciano. Controló un escalofrío y metió las manos heladas en los bolsillos de la fina chaqueta de pana marrón. Había sido un estúpido al no molestarse en empaquetar ropa de abrigo.

–Por lo elegante que va, diría que no es de Albany. Los de allí suelen ponerse botas –dijo el anciano, mirando los zapatos de cuero de Lincoln. Después sonrió al ver la corbata de seda y los pantalones de gabardina, con expresión de dudar que vendieran abrigos en dondequiera que viviese aquel hombre.

–No tenía otra cosa –Lincoln miró sus zapatos y se encogió de hombros–. Acabo de llegar de Los Ángeles; ha sido un viaje imprevisto y no tuve tiempo de hacer el equipaje–. ¿Qué es lo que huele tan bien?

–Si hoy es martes, es estofado Mulligan –explicó el anciano, mirándolo de arriba abajo–. Sigo un menú semanal estricto. Facilita mucho la vida.

–El negocio debe de ir muy bien, si se permite rechazar a un cliente –Lincoln saboreó el cálido aroma a pan recién hecho, mirando el restaurante vacío.

El hombre soltó una risotada.

–Diez clientes al día, una barbaridad en estos lares, hijo. Pero como estos viejos huesos ya están resentidos, cocino de acuerdo con mi reloj personal… y mis clientes lo respetan.

–¿Los diez? –preguntó Lincoln con una sonrisa.

–Es un pueblo pequeño –el hombre se rio–. No tienen otra opción. En fin, si tiene tanta hambre, supongo que podría hacerle unos huevos revueltos. Esa es mi oferta, la toma o la deja. Y no frunza el ceño, joven. Son huevos frescos, recién puestos.

–¡No lo estaba frunciendo! –dijo Lincoln, pero Jerome ignoró su protesta.

–Pasé tres años en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando era joven. Allí aprendí a cocinar y sé mucho de huevos. Incluso probé la auténtica salsa *Hollandaise*. Aún recuerdo su sabor –suspiró–. Ay, esos franceses sí que sabían cocinar.

–Si no es mucha molestia… –dijo Lincoln, mirando dubitativo el andador que había en la esquina.

–¡Maldita cosa! –exclamó el anciano, siguiendo su mirada–. No le hago ni caso. Tuve un problema de espalda e insistieron en que usara ese chisme.

–Pero no lo hace –adivinó Lincoln.

–Correcto, hijito. Solo está ahí para tener contenta a la gente del pueblo.

–Bueno, unos huevos –aceptó Lincoln cortés–. Poco hechos, si puede ser.

Pero Lincoln hablaba al aire. Tal y como decía, el anciano andaba perfectamente y había desaparecido tras la puerta de vaivén de la cocina.

Lincoln se sentó ante una mesa. El restaurante parecía salido de un cuadro de los años cincuenta; era largo y estrecho, con descoloridos bancos de cuero rojo, perpendiculares a las largas ventanas que daban a la calle Mayor. Aunque los bancos y mesas habían visto tiempos mejores, las paredes estaban recién pintadas, de color amarillo. El linóleo que cubría el suelo estaba desgastado

por décadas de pisadas. Lincoln miró por la ventana.

No pudo evitar una leve sonrisa por encontrarse en un pueblo remoto en la ladera de una montaña. Nadie habría adivinado que el editor jefe del periódico más prominente del país estaba en un pueblo perdido en mitad de la nada buscando a una heredera que no quería ser encontrada. Aunque no era un esnob, estaba haciendo algo muy distinto de lo habitual. Las raras veces que disponía de tiempo libre salía a navegar en su catamarán. No se le daba bien quitar nieve con una pala y prefería el esquí acuático al alpino. Maldijo para sí al ver que empezaba a nevar y se felicitó por haber alquilado un todoterreno.

–¿Viene en busca de algo? –preguntó el anciano poco después, sirviéndole un plato de huevos con beicon–. Más bien de alguien –rezongó–. No me mire así, hijito. Uno y uno siguen sumando dos.

Demasiado hambriento para contestar, Lincoln asintió y probó los huevos, que estaban justo como a él le gustaban. Probó el beicon y le pareció tan sabroso que se preguntó si sería casero. Y ningún supermercado vendía un pan tan fresco como ese.

El anciano debió de oír el rugido de sus tripas, porque dejó a Lincoln comer en paz y volvió a sentarse en la silla de mimbre que había ocupado antes.

–Tengo que admitir que parecía desfallecido cuando llegó. Un hombre de su tamaño no debería dejar pasar tanto tiempo entre comidas.

–¿Desfallecido? –Lincoln sonrió–. Hacía años que no oía esa palabra.

–No hay nada como una buena comida caliente y casera para el estómago de un hombre –dijo el anciano–. Me llamo Crater, Jerome Crater.

–Encantado de conocerlo, señor Crater.

–Jerome. Todo el mundo me llama Jerome.

–Jerome, entonces. Yo soy Lincoln Cameron.

–Ese sí que es un buen nombre. ¿Puedo llamarlo señor Lincoln? –Jerome se rio.

–¿Por qué no? –Lincoln se encogió de hombros y tomó un sorbo de café–. Todo el mundo lo hace. ¿Por qué cree que estoy buscando a alguien?

El hombre se rascó la cabeza.

–No ha habido ningún visitante desde el verano pasado, estamos en febrero y a muchos kilómetros de una estación de esquí, acaba de llegar de California… dijo que era un viaje imprevisto…

–Vaya, ¡ya basta! Supongo que no fue difícil. Cuando yo…

Lincoln se calló cuando la puerta se abrió de golpe y un pequeño huracán entró corriendo. El niño golpeó las botas rojas contra el

suelo para librarse de la nieve y sujetó la puerta para que entrase un perro de pelaje amarillento; el chucho más feo y desaseado que Lincoln había tenido la desgracia de ver en su vida. El perro se sentó y, con la lengua colgando, observó a su dueño con adoración, como si esperase alguna señal oculta. A Lincoln le disgustó la escena y Jerome Crater tampoco parecía contento.

–Demonios, ¿es que siempre tienes que entrar como un tornado? –gruñó, levantándose.

–Jerome –el niño suspiró–, ¡no hay tornados en las Adirondacks! Lo dice la señorita Gerard.

–Me da igual lo que diga esa profesora tuya –replicó Jerome, señalándolo con un dedo artrítico y agarrotado–. Y lo que veo en este momento es una especie de rata que entra corriendo como un tornado. ¡Sí! Y asegúrate de que ese chucho infernal no se mueva de esa alfombrilla o irá fuera; ¡y no habrá una segunda oportunidad esta vez! Si alguien se resbala y se rompe el cuello, no quiero que me denuncie porque ese chucho lo ha llenado todo de nieve.

–¡Está en la alfombrilla! –protestó el niño con voz indignada.

Lincoln comprendió su error cuando el niño se quitó el gorro y vio su rostro. Era una niña, de diez años, o quizá menos.

La cabeza llena de rizos cobrizos le recordó a Shirley Temple. Pero la niña tenía el pelo tan mal cortado que se preguntó si alguna vez había visitado una peluquería. Estaba acostumbrado al aspecto cuidado que predominaba en California, pero eso era la campiña de Nueva York, un territorio muy distinto. El atuendo de la niña también lo demostraba: llevaba unos vaqueros, una blusa morada, suéter rojo, calcetines verdes y una cinta de color lavanda en el pelo. Pero el suéter parecía de buena calidad y las botas eran de marca. Aunque era soltero y no sabía nada de niños, intuyó que la niña elegía ella misma sus conjuntos y que la horrorizaba la idea de ir a la peluquería.

Por lo visto, también conocía el mal humor de Jerome porque ignoró su amenaza.

–Va a venir mamá, Jerome –la oyó decir–. Y Castor dice que te diga que si la tarta no está lista te va a… –la niña se calló, como si no recordara el terrible castigo que le esperaba a Jerome. A Lincoln le encantó la radiante pureza de su súbita sonrisa y el brillo travieso de sus ojos marrones cuando siguió–. He olvidado qué te va a hacer, pero será algo malísimo.

–Escúchame, jovencita –rezongó Jerome–, y nada de sonrisitas con hoyuelos. Dije que la tarta estaría a tiempo y Castor no tiene derecho a amenazar a un anciano indefenso. ¡Así no hará que vaya más rápido!

A Lincoln lo maravilló lo de «anciano indefenso». ¡Hacía años

que no veía a nadie que pareciera menos indefenso que ese viejo gruñón!

–Estaba poniéndola a enfriar cuando entró este caballero, muerto de hambre y necesitando sustento. Ya había preparado la cobertura. Sí, sí, de vainilla. Eso es lo que pidió Pollux, ¿no?

Castor y Pollux. Lincoln estaba encantado.

–Recorcho, nunca había visto tanto jaleo por una tarta de cumpleaños –gruñó Jerome, agachándose a recoger la bufanda de la niña.

–Solo quería asegurarme, Jerome –la niña plantó un beso en la curtida mejilla del anciano–. ¡La de vainilla es mi favorita!

–Sí, seguro –gruñó Jerome–. ¡Y si la hubiera hecho de chocolate dirías lo mismo! –le guiñó un ojo a Lincoln–. Le presento a la princesa del pueblo.

–¿Viven miembros de la realeza por aquí? –preguntó Lincoln, sonriendo a la niña.

–Como si lo fueran –rezongó Jerome, doblando la bufanda y dándosela a la niña–. Esta es Mellie.

–¿Quién eres? –preguntó Mellie, metiendo la bufanda en la manga de su chaqueta. Medía alrededor de un metro veinte y lo miraba intimidante.

–Soy un viajero de paso. Me llamo Lincoln Cameron –contestó él, impresionado por su desparpajo.

–¿Como el presidente Lincoln?

–Sí, pero no somos parientes –le dijo Lincoln–. He disfrutado del excelente café que hace tu abuelo.

–No es mi nieta –lo corrigió Jerome, pero parecía complacido por el error.

–¿Pero podría serlo?

–Casi –concedió Jerome, mirando a la niña con adoración–. En cuanto al café, no sé si lo llamaría excelente, pero procuro que esté recién hecho y caliente. La mamá de Mellie viene a tomar una taza todos los días, de camino al trabajo.

Lincoln iba a seguir preguntando, pero no tuvo tiempo. La puerta se abrió de nuevo; entró una bocanada de aire frío seguida por una mujer alta y esbelta, con un gorro azul, parka verde y guantes rojos. Lincoln adivinó que era la madre y también de dónde había sacado Mellie su forma de vestir.

–Mellie, cariño –dijo golpeando las botas contra el suelo–. Te dije que no vinieras corriendo. Tenía miedo de que te hubieras caído.

–Oh, mamá, ya…

–¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Ya eres mayor! –concluyó la madre con una risa melodiosa que hizo que a Lincoln se le erizara el vello. Se quitó el

gorro y liberó una cascada de cabello corto y rizado. Aunque su hija tenía el pelo rojo, el de la mujer era de un puro blanco platino tan natural que no podía ser un tinte.

Viéndolas juntas, el parecido era innegable. La niña era adorable, pero la madre era deslumbrante. Bajo el asombroso cabello blanco, unos luminosos ojos grises miraban a la niña y su sonrisa era tan deliciosa que a Lincoln le recordó a un ángel.

Siempre había sido así. Lincoln sintió una tristeza infinita al pensar en los años que habían pasado.

–Hola, Valetta –saludó con suavidad.

La mano de la mujer se quedó quieta a unos centímetros del hombro de la niña. Esa voz… tan familiar…, era inconfundible.

Se volvió lentamente, su miedo era tan palpable que Lincoln se sintió avergonzado. Debería haberla avisado, no aparecer allí de repente, sorprendiéndola así. Su forma de mirarlo… Se preguntó si el recuerdo que tenía de él era tan doloroso.

Linc. Valetta formó el nombre con los labios, pero no lo dijo. Su mente se transportó a cuando era joven y estaba locamente enamorada de ese hombre. Él nunca lo supo. Linc Cameron estaba más interesado en jugar a hacer de hermano mayor que en el amor. Pero eso no había cambiado lo que sentía su corazón, y por lo visto el tiempo tampoco. Las arrugas de su rostro eran más profundas; tenía canas en las sienes, pero los años lo habían tratado bien. Seguía siendo un hombre atractivo. Ella era la que había cambiado; la sorprendía que la hubiera reconocido.

Con los ojos llenos de lágrimas, Valetta fue incapaz de formular la pregunta que deseaba hacer: «¿Por qué has venido aquí, Linc?».

«Vete, Linc, vete. Es obvio que no encajas aquí», gritó la súplica en silencio, segura de que él podría oírla. «Tengo mi vida. Mi salvación está aquí, en este montoncito de lana roja». Valetta miró a su hija y la atrajo contra sí, como si quisiera ocultársela.

Fue Jerome, alerta, quien salvó la situación. Curioso, protector y cortés al tiempo, observó los rostros de Lincoln y Valetta divertido, con la comprensión que le habían dado los años y la vida.

–Veo que ha encontrado lo que buscaba –dijo, retirando la taza de café de Lincoln. Era una lástima que el desconocido no pareciera contento y que Valetta tampoco.

Capítulo 3

EXACTAMENTE a las cinco, en una desagradable y fría noche de invierno, en un pequeño pueblo situado al borde del las montañas Adirondack, el Crater's Diner se convirtió en un trasiego de clientes hambrientos y cansados, pidiendo el plato especial del día. El restaurante se llenó con un zumbido de voces hablando del día, haciendo planes para el fin de semana, discutiendo sobre quién llevaría al equipo de esquí a Pittsburg. Mientras los adultos hacían planes, los niños estudiaban sus libros de texto o hacían los deberes mientras esperaban la cena.

En medio de todo eso, Valetta y Lincoln se sentían suspendidos en el tiempo. Diez años y mil preguntas sin respuesta quedaron atrás cuando el pasado se fundió con el presente. Pero no tuvieron tiempo de hablar, de saludarse mientras recuperaban la compostura. Mellie los devolvió a la realidad tirando de la manga del suéter de su madre.

–¡Mamá, vamos a sentarnos! ¡Tengo hambre!

–Siempre tienes hambre, cariño –Valetta forzó una sonrisa–. Ve a echarle un vistazo a Amarillo y veremos qué tiene Jerome para cenar.

–¡Es martes, mamá! ¡Hay estofado Mulligan!

–Por favor, haz lo que te he dicho, Mellie –Valetta observó a su hija ir hacia su perro y murmurarle algo en la oreja. También oyó el susurro de Lincoln.

–Lo siento, Valetta, no se me ocurrió avisarte de que venía. He sido muy desconsiderado. Veo que verme te ha desconcertado.

–Y que lo digas.

–La niña también ha sido una sorpresa para mí –captó la mirada confusa de Valetta–. Me refiero a Mellie, es adorable.

–¿Quieres decir que no lo sabías? –se sorprendió Valetta–. ¿Alexis no te lo dijo?

–Valetta, ni siquiera sabía que estabas casada –musitó Lincoln–. Alexis no me dijo ni una palabra.

–Yo…, estoy…

–Vale, ya he vuelto –gorjeó Mellie–. Amarillo ha prometido quedarse quieto –anunció por encima del hombro mientras se dirigía a una de las mesas y soltaba allí su mochila.

–¿Puedo unirme a vosotras? –preguntó Lincoln.

Valetta titubeó, sin saber qué hacer. No podía haber volado más de cuatro mil kilómetros solo para comer con ella. Se preguntó cuál sería la razón de su visita.

–¿Alexis…?

–Alexis está bien –le aseguró él.

Aliviada, Valetta asintió. Lo llevó hacia la mesa, contenta de que Mellie hubiera elegido una al fondo, por si acaso la conversación se les iba de las manos. Aunque ella no lo permitiría en presencia de Mellie.

Al ver que los ojos de Valetta miraban nerviosos a su alrededor, Lincoln supo que estaba a disgusto. También lo notó en la rigidez de su espalda, aunque saludaba a todo el mundo. Adivinó que ella y su hija eran clientes habituales del restaurante; quizá fuera un hábito de todo el pueblo, porque las mesas se habían llenado. ¡Jerome Crater tenía mucho más de diez clientes! Al ver los platos que salían de la cocina, llenos de ternera en salsa rodeada de patatas, Lincoln pensó que no era mala elección. Poca gente tenía tiempo de guisar así. El aroma hizo que se le hiciera la boca agua, ¡y acababa de almorzar!

A Mellie la sorprendió que Lincoln se sentara con ellas, pero Valetta puso una mano sobre la suya y se lo presentó rápidamente.

–Mellie, cariño, este es el señor Lincoln Cameron. Un viejo amigo de la familia.

–Ya nos conocemos –Mellie lo evaluó con concisión–. Y no parece tan viejo, parece un pirata.

–¡Mellie!

–Déjalo –Lincoln cortó a Valetta y se pasó la mano por su media barba de las cinco de la tarde–. ¿Sabes algo, Mellie? Tanta gente me ha dicho eso que empiezo a preguntarme si lo sería, en otra vida.

–Eh, hemos hablado de eso en el colegio. Re-en-car-na-ción, lo llamó mi profe. ¿De verdad crees en esas cosas? –preguntó Mellie, mirándolo.

–¿Reencarnación? En realidad, no, pero a veces tengo dudas. ¿Y tú?

–No, yo tampoco. Pero podría ser –contestó Mellie tras pensarlo.

–Chica lista. Está bien dejarse una salida.

Mellie se encogió de hombros y empezó a rebuscar en su mochila. Lincoln observó cómo la mesa se iba llenando de cosas: un estropeado estuche rosa de Barbie; dos gomas de borrar; un sacapuntas rosa; pañuelos de papel sucios; pañuelos de papel limpios, una caja de caramelos de fresa. Lo divirtió darse cuenta de que aunque la niña se preparaba para dibujar, estaba pendiente de él.

–¿Por qué conoces a mi madre?

–Vivo en California.

–Mamá, ¿conocías al señor Cameron cuando vivías en California? –preguntó Mellie, impresionada.

–Sí, California –musitó. Valetta suspiró, sabiendo que se

avecinaba una larga retahíla de preguntas.

–Ah, señor Cameron, ¿conoce a mi tía Lexis? Ella también vive en California. ¿Verdad, mamá?

A Lincoln lo alivió que Valetta no hubiera ocultado su pasado a la niña. Facilitaría su trabajo.

–La verdad es que sí, conozco a tu tía. Muy bien.

Valetta palideció. Por lo visto, las cosas no habían cambiado. Pero Mellie no le dio tiempo para pensar.

–Mi madre me dijo que mi tía vive en un castillo, así que debe de ser muy rica. No la conozco, pero si vive en un castillo debe de ser tan rica como Crustus.

–Tan rica como Croesus, Mellie, no Crustus. Y es de mala educación hablar del dinero de otras personas –Valetta lanzó una mirada de advertencia a Lincoln y el comprendió que Mellie no era consciente de que a su madre le correspondía parte de esa riqueza.

–Bueno, vale. Pero Croesus era rey, ¿significa eso que mi tía es reina? Porque a mí me gustaría ser princesa –declaró Mellie, abriendo una caja de pinturas.

–¡Te aseguro que no es una reina! –le temblaron los labios, pero controló la risa. Lo salvó un joven que llegó a la mesa con los cubiertos y una cesta con panecillos.

–Buenas tardes, señora Faraday, Mellie. Señor –el chico dejó el pan en la mesa.

Valetta apartó el cuaderno de colorear de su hija.

–Buenas tardes, Cory. Este es el señor Cameron, un viejo amigo de la familia. Cenará con nosotras.

–Ya lo suponía –dijo Cory, poniendo la mesa para tres–. Encantado de conocerlo, señor –solemne, tomó nota del pedido, aunque habiendo solo un plato, era puro teatro; solo podían elegir la bebida. Mellie pidió un refresco, Valetta y Lincoln té helado.

–Perdona por la explicación –se excusó Valetta cuando Cory volvió a la cocina–. Me pareció mejor decir quién eras antes de que empezaran los rumores. Todo el mundo le hará preguntas a Cory.

–¿Crees que presentarme como un viejo amigo de la familia bastará para acallar los rumores? –preguntó Lincoln, divertido.

–En realidad, no –Valetta sonrió–. Será interesante averiguar quién han decidido que eres, para cuando acabe la noche. Es como ese juego infantil: Teléfono.

–¡Me encanta ese juego! –exclamó Mellie, sin dejar de pintar unos monos de color rosa.

–Ya lo sé, cielo. ¿Lo recuerdas, Lincoln? Susurras una frase en el oído del primero de la fila y se va repitiendo hasta llegar al final, y el último dice la frase en voz alta; normalmente es completamente distinta de la frase original.

–Se parece a mi trabajo –dijo él con una sonrisa.

–Sí, es un poco así, ¿verdad? –Valetta dejó escapar una risita.

–¿Por qué? ¿Qué hace, señor Cameron? –preguntó Mellie interesada, sin dejar de pintar.

–Soy periodista.

–¿Como mi madre?

–Algo así, creo. Alexis me contó que tenías un periódico –contestó él, mirando a Valetta. Ella movió la cabeza, agitando su cabello blanco.

–No dejes que te engañe, Mellie. El señor Cameron es mucho más que un reportero. Está en el *L.A. Connection*, un periódico muy grande de California. Es el editor jefe.

–¿Qué significa eso?

–Significa que ya no escribo reportajes.

–Entonces, ¿qué haces? –Mellie lo miró confusa.

–Lo fácil. Mando a los periodistas, voy a comidas y a fiestas y recojo premios –explicó Lincoln–. Eso también es trabajo –se rió.

–Las fiestas no son trabajo –protestó Mellie.

–Supongo que las fiestas a las que vas tú, no; pero yo voy a algunas que sí dan mucho trabajo.

–Tal vez deberías venir a una de las nuestras –Mellie movió la cabeza–. Mamá y yo hacemos fiestas de pijama. Son las mejores. Mi madre hace bizcochos de chocolate y deja que mis amigas y yo pongamos tiendas de campaña en el salón y nos quedemos despiertas hasta tarde, y ella se va a la cama.

–Sería un honor.

–Ay, me olvidé. No puedes. Son solo para chicas.

–Bueno, otra vez será. Cuando tus padres den una fiesta para mayores.

–No hacemos de esas. No tengo padre –le confió Mellie con solemnidad. Al ver su sorpresa siguió–. Si eres amigo de mi madre, ¿cómo no lo sabes?

–Muy buena pregunta –contestó Lincoln cauto–. Supongo que a tu tía Alexis se le olvidó decírmelo.

–Ah. Mi padre se llamaba Jack Faraday y era médico y se murió antes de que yo naciera –ofreció la niña, orgullosa de darle esa información tan adulta.

–No lo sabía –aunque le hablaba a Mellie, Lincoln clavó los ojos en Valetta–. Siento oírlo.

–Fue en un accidente de coche. Por eso mi madre tiene el pelo blanco. Cuando él se murió se le puso todo blanco y nadie sabe por qué –movió la cabeza con aire dramático–, ni los médicos.

–Era rojizo, ¿verdad? –Lincoln miró el sedoso pelo blanco de Valetta con expresión triste. Valetta, inquieta, anhelaba cambiar de

conversación.

–¡Sí! Como el mío –dijo Mellie con orgullo–. Pero sigue siendo muy guapa, ¿no crees?

–Siempre lo he creído –Lincoln miró los ojos grises de Valetta. Ella se sonrojó intensamente.

–Lincoln, ¿quieres un panecillo? Son frescos. Jerome los hace por la tarde.

Lincoln captó el tono suplicante de su voz; quería cambiar de tema. Lincoln asintió y tomó un panecillo. Tenía muchas preguntas que hacer y quería respuestas. Pero ese no era el momento apropiado.

Poco después, llegó Cory con el estofado.

–Tiene muy buena pinta –dijo, alzando el tenedor.

–Todos dicen que Jerome es el mejor cocinero de Longacre –le confió Mellie, dejando de pintar.

–Eso es porque es el único que hay en Longacre –Valetta sonrió.

–No, mamá. También está el Café Randy.

–Lo sé, Mellie, pero Randy se ha roto la pierna por dos sitios y no sabemos cuándo volverá a abrir. Normalmente, Jerome y ella se reparten la clientela –le explicó a Lincoln–, por desgracia se cayó el mes pasado, cuando hacía trineo con su hija pequeña.

–¡Y conmigo! ¡Yo también estaba! –dijo Mellie–. Y fui a buscar ayuda. Ni lloró. Yo sí habría llorado.

–Bueno, el estofado Mulligan de Jerome Crater –dijo Lincoln llevándose un trozo de carne a la boca–, está ¡sensacional! Y él hablándome como si fuera un cocinero paleto. Es todo un chef. Ahora que lo pienso, ¡debía de estar tomándome el pelo!

–¿Cuándo fue eso?

–Cuando llegué, esta tarde.

–¿Lo trataste como a un paleto? –Valetta lo miró divertida–. Porque si lo hiciste…

–¡Nada de eso! –dijo Lincoln indignado.

Valetta pensó que podría haberlo hecho sin pretenderlo. Su forma de hablar, de moverse, su ropa italiana… Clamaba a gritos que su estilo de vida era muy distinto al de ese pequeño pueblo.

Se preguntó qué haría Lincoln allí.

Capítulo 4

–LA TARTA de cumpleaños que hizo Jerome estaba fantástica. El señor Crater es un gran chef –dijo Lincoln, sentado a la mesa de la cocina.

Había pasado una noche muy incómoda en el sofá de Valetta, pero intentaba ser cortés. Ella estaba ante la cocina, haciendo huevos revueltos y farfulló su asentimiento. Él no se rindió. Mientras esperaba el desayuno, buscó algo para derrumbar sus defensas.

–¡Y cuántas velas! Eres una ancianita –bromeó–. ¿Treinta, no? Santo cielo, cómo pasa el tiempo –la mirada ácida de Valetta le hizo sonreír–. Castor y Pollux, es decir, tus amigos Ben y Andy, parecen agradables. Y apuesto a que Patty es un terremoto.

–Uumm –Valetta lo ignoró al ver entrar a su hija acompañada de su perro amarillento y dos gatos negros que Lincoln no había visto hasta entonces. También había una jaula de pájaros en una esquina. Era obvio que a alguien le gustaban mucho los animales.

–Ya te he preparado el almuerzo, Mellie –dijo Valetta–. Desayuna. Las tostadas estarán enseguida.

Mellie miró a Lincoln con cara de mal humor.

–Buenos días –saludó Lincoln. Supuso que él también estaría enfadado en su caso. Una cosa era conocer a un extraño en un restaurante, pero cuando ese desconocido aparecía en la mesa de la cocina a la mañana siguiente… La niña confirmó sus sospechas.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

–Un día o dos. Tengo cosas que hablar con tu madre –aventuró él.

–¿No te gusta esto? –preguntó Mellie, cambiando de tornas la conversación.

–Sí me gusta, mucho. Lo poco que he visto de Longacre es muy bonito. Pero echo de menos mi casa y mi trabajo, en California. ¿Has estado alguna…?

–Yo también tengo trabajo –lo interrumpió Valetta, poniendo un plato con tostadas en la mesa. No quería que Linc se inmiscuyera en sus vidas. Que le hubiera ofrecido alojamiento no le concedía ese derecho–. Así que basta de charla. Desayuna, Mellie. Aún tienes que hacer tus tareas, no lo olvides –miró a Lincoln y añadió–: Voy a recoger mis cosas; mientras pensaré en un buen momento para hablar.

–¿Tareas? –repitió Lincoln cuando Valetta salió.

–Cambiar el agua de los gatos, ponerles comida y rellenar el comedero del pájaro –aclaró Mellie, con cara de sufrimiento.

–¿Puedo ayudarte? –ofreció Lincoln, mirando a los animales que esperaban pacientemente a su ama.

–Será mejor que no –contestó Mellie–. Mamá podría enfadarse. Quiere que sea responsable –se acabó la tostada, y sacó dos grandes bolsas de pienso, una para gatos y otra para perros. Rellenó los cuencos de comida cuidadosamente, después recogió su plato y lo metió en el lavavajillas. Le dijo a Lincoln que tenía que lavarse los dientes y salió corriendo.

–Bueno, Linc –dijo Valetta, que volvía con el abrigo en la mano–, ¿cómo vas a pasar el día? Puedes quedarte aquí si quieres –ofreció con desgana.

«Tu entusiasmo es desbordante», pensó Lincoln al captar la incertidumbre de su tono de voz.

–Alexis me ha hablado de tu periódico. Está muy orgullosa de ti. Me gustaría poder darle más detalles de primera mano… –al ver que Valetta lo miraba incrédula, decidió endulzar aún más su caso–. A mí también me encantaría verlo. Si no te importa, claro.

A Valetta le importaba, ¡y mucho! No pensaba pasar el día con Lincoln Cameron vigilándola.

–Uumm… no me parece buena idea –dijo–. Tu nombre… seguramente todos se pondrían nerviosos.

–Ya sabes que estoy cualificado para echar una mano, si hace falta.

–Demasiado cualificado –puntualizó Valetta.

–Es mi trabajo. No puedes culparme por eso.

–«Mi primer amor, mi único amor», eso solías decir. ¿Estás casado, Linc? Ni se me ha ocurrido preguntártelo. ¿Tienes esposa e hijos?

–Soltero, sin hijos –replicó Lincoln.

Valetta percibió cierta incomodidad en su voz. Incluso su sonrisa parecía forzada. Tuvo la sensación de que estaba siendo indiscreta y no insistió.

–Linc, ahora no puedo hablar contigo. Tengo que llevar a Mellie al colegio e ir al trabajo. Sugiero que hablemos esta noche después de que Mellie se acueste. Bueno, después de la cena, los deberes, un juego de mesa y su baño –sonrió con impotencia–. Anoche… con mi fiesta de cumpleaños… Lo siento, pero voy algo retrasada. Si hubiera sabido que venías…

–No te preocupes, me quedaré más días si hace falta.

–Ni en sueños pretendería quitarte tiempo.

Lincoln sonrió. La sinceridad de Valetta era refrescante, pero sintió cierta tristeza.

–Te entiendo, Vallie –lo entristeció aún más verla hacer una mueca al oír el viejo apodo–. No te preocupes por mí, sé cuidarme.

–No lo dudo –en ese momento llegó Mellie con el abrigo mal abrochado, el gorro torcido y la bufanda roja arrastrando por el suelo–. Oh, Mellie.

–Espera –Lincoln las sorprendió agachándose ante la niña, abotonándole bien el abrigo y colocándole bien el gorro y la bufanda. Captó la mirada atónita de Valetta–. Por Dios, Vallie, ¡sé abotonar un abrigo!

Valetta asintió, tenía la garganta seca. Con aire travieso, Lincoln se acercó a ella y la ayudó a ponerse la parka. Cuando hizo el gesto de abrochársela, Valetta dio un rápido paso hacia atrás.

–Gracias, pero sé hacerlo yo solita.

Lincoln les abrió la puerta con una sonrisa.

–Que paséis un buen día, chicas. Estaré aquí esperándoos cuando volváis.

Valetta y Mellie salieron y subieron a la destartalada furgoneta. Valetta se preguntaba qué acababa de ocurrir, pero tuvo que concentrarse en arrancar el coche. Necesitó tres intentos para arrancar el motor y esperó cinco minutos a que se calentara. Decidió que tendría que comprarse otro. Jack le había regalado ese, pero le apetecía algo más pequeño y que consumiera menos gasolina; un Honda tal vez. Y, ya puesta, también podría asfaltar la entrada ese verano.

Mientras Mellie parloteaba, la lista fue creciendo. Tampoco iría mal un fontanero que arreglase la ducha, y encargarle a Rico Suárez que acabase de pintar el salón. En cuanto al polvo…

Lincoln Cameron aparecía en escena y de repente veía polvo por todos lados y quería arreglar la casa. No tenía por qué preocuparla lo que pensara él. Solo estaría allí uno o dos días, hasta que hablaran.

Alexis lo había enviado, ¡sin duda! Su hermana intentaba interferir de nuevo en su vida. Dos años antes había invitado a Mellie a visitarla en verano, para llevarla a Disneylandia. Valetta, desconfiada, había rechazado la oferta. Le bastó con recordar que Alexis se había ofrecido a pagarle a Mellie un internado, si volvían al Oeste… Alexis decía que una niña con los antecedentes y el futuro de Mellie se merecía lo mejor. Valetta se había reído, pero no tardaron en enzarzarse en una discusión. ¡Habían tardado más de un año en volver a hablarse! Valetta quería que Mellie disfrutara de una infancia feliz y pensaba ocultarle su condición de heredera el mayor tiempo posible.

El problema era que Alexis quería a Mellie. No tenía hijos y pretendía prepararla para ser la heredera del Emporio Keane. ¡Alexis había enviado a Lincoln Cameron para hacerle el trabajo sucio! Valetta conocía sus trucos: escucharía a Lincoln y le pediría

educadamente que se fuera.

Lincoln, en la ventana, esperó a que se pusieran en marcha. Deprimido, contempló el cielo gris plomizo y supuso que iba a nevar. Era deportista, pero lo que más le gustaba era tirarse en una tumbona, junto a la piscina, después de un partido de tenis. El esquí no lo atraía lo más mínimo, excepto si era acuático y lucía el sol.

Sin embargo, mientras contemplaba el paisaje, se dijo que no sería tan malo pasar unos días en Nueva Inglaterra. Hasta tendría gracia beber cacao caliente y observar, desde el interior de la casa, cómo los copos de nieve cubrían los árboles y el suelo con un manto blanco. Se imaginaba que a Mellie le encantaba la nieve y que Vallie y ella tenían media docena de trineos.

Vallie. Ella había hecho una mueca cuando la llamó así. Seguramente odiaba su vida antes de Longacre, pero tenía un pasado y él iba a recordárselo.

También tenía un pasado que él desconocía. Una hija. Un marido, fallecido años antes, si había entendido bien. Y Alexis nunca había dicho nada. Ni una palabra de su matrimonio, su maternidad o su viudez. No entendía que hubiera permitido a su hermana soportar sola tanto dolor. Lincoln podía ser muy frío, pero él habría volado a verla, si lo hubiera sabido.

Y no habría permitido que Valetta viviera en la pobreza. Estudió la destartalada cocina y los gatos de Mellie saltaron sobre la encimera para estudiarlo a él. Soltó una risita. No podía llamarse pobreza, pero los armarios de la cocina estaban viejos, la mesa de formica arañada y la tapicería de las sillas gastada por el uso. Y la niña no era muy ordenada; había pinturas, cuadernos de dibujo y tubos de pegamento en la encimera. Aparte de eso, la casa parecía limpia. Las baldosas estaban desgastadas, pero recién enceradas. Le hizo gracia que Amarillo, el perro de Mellie, lo siguiera cuando salió de la cocina. «De acuerdo, pulgoso. Hoy seremos amigos, pero necesitas un baño», pensó.

Aunque Lincoln sabía que iba a violar todas las normas de la buena educación, su curiosidad le vencía. No sería humano resistirse a la oportunidad de explorar la casa de Valetta, obtener pistas sobre su vida. Le había alegrado que lo invitara a quedarse allí. No pretendía leer los papeles de su escritorio, por supuesto, pero sí examinar los recuerdos y tesoros que había acumulado, para entenderla mejor.

El salón también estaba desordenado. Recién pintado, pero sin rematar, contenía un sofá verde, un sillón doble y un gastado pero colorido reposapiés que no hacía juego con el sofá. Había flores

secas y polvorientas en un enorme cuenco, que sospechó provenían de un ya lejano paseo por el campo. Estantes llenos de novelas de misterio daban a la habitación un aspecto aún más desordenado. Había alfombras tiradas, sin orden ni concierto, sobre el suelo de madera. Era evidente que el talento de Valetta no era la decoración. No se le ocurrió pensar que la falta de tiempo libre pudiera ser un factor determinante.

Sobre un viejo piano que había en una esquina, Lincoln encontró lo que buscaba: un mosaico de fotos enmarcadas. Valetta, la novia, abrazando a su guapo novio; Jack poniendo musculitos ante la cámara; Valetta leyendo un libro; Val embarazada, con los bellos rizos cobrizos recogidos sobre la cabeza, y la mano de Jack sobre su vientre hinchado.

Al otro lado del piano, encontró otro grupo de fotos: Mellie recién nacida en brazos de su madre, que no sonreía; Mellie aprendiendo a andar, Valetta aprendiendo a sonreír de nuevo; la niña en la guardería, madre e hija en la playa. Se notaba la ausencia de Jack; como había dicho Mellie, no había llegado a conocerlo. Y Valetta tenía el pelo blanco.

Sin poder resistirse, Lincoln volvió a mirar las fotos de boda. Vallie estaba preciosa, resplandeciente de felicidad. Jack, a su lado, le daba la mano. Una bonita pareja con todo el futuro ante sí. Lincoln sintió una extraña mezcla de tristeza y celos; tristeza por la muerte de Jack y la pérdida de Valetta, celos del pasado que habían compartido.

Abrumado por emociones que no entendía, sintió la necesidad de respirar aire fresco. Se puso toda la ropa de abrigo de la que disponía. Rebuscó en el armario del vestíbulo y encontró unas botas negras, y gorros, bufandas y guantes de todos los colores en un cesto, junto a la puerta. Le abrió la puerta a Pulgoso Amarillo, como había decidido llamar al perro de Mellie, y salieron juntos.

Lo desconcertó el aire helado y ver el vaho de su respiración. Estuvo a punto de regresar, pero le atraía el sonido de la nieve bajo las botas que había tomado prestadas. Eligió una rama gruesa para utilizarla como bastón y aceleró el paso, para entrar en calor. Pulgoso Amarillo saltaba a su lado, encantado con el inesperado paseo. Lincoln empezó a disfrutar del silencio, de los altos pinos que lo rodeaban y del gorjeo de los pocos pájaros que no habían emigrado. Los copos de nieve se pegaban a sus pestañas y descubrió que le gustaba sentir el frío en sus mejillas.

Decidió explorar el bosque, pero sin perder de vista la carretera. Era todo un contraste con las ciudades grises y las playas de arena blanca a las que estaba acostumbrado. La soledad era inquietante.

Mientras caminaba, su mente se llenó de preguntas, aunque no

era nada dado a la introspección. Se preguntó por qué no había sacado más partido de las oportunidades que se le habían presentado en la vida. Le gustaban los retos, pero su vida se había vuelto segura, rutinaria y predecible. Quizá ya no le esperaba más emoción que la de cumplir un plazo de entrega. No sabía por qué esas ideas lo habían asaltado en aquel frío rincón del planeta; le gustaba su vida ordenada. Se preguntó si había sido ese olor a pino que asaltaba los sentidos lo que había llevado a Valetta a quedarse en Longacre tras la muerte de su marido. Tal vez creía, o sabía, que Mellie tendría allí todo lo necesario.

Se detuvo un momento, preguntándose la verdadera razón de que Alexis lo hubiera enviado allí. Quizá se había dado cuenta de que había perdido la batalla y ya no lograría arrancar a su hermana de aquellos bosques. No era más que el peón de Alexis en el juego que había entablado con su hermana. Se preguntó si Valetta era consciente de ello.

Deprimido, perdió el gusto por el paseo y volvió hacia la carretera, seguido por Pulgoso Amarillo. Un camión se detuvo junto a él poco después.

–Eh, amigo, ¿quieres que te lleve? –gritó el conductor. Tenía unos treinta años, llevaba un mono gastado y una camisa de franela de cuadros. La poblada barba negra le daba un aspecto amenazador.

–No, gracias –rechazó Lincoln–. Tengo compañía –Pulgoso Amarillo alzó la cabeza.

–No es problema. Si no me equivoco, es el perro de Mellie Faraday.

–Sí que lo es –Lincoln se replanteó la oferta.

–¡Arriba, chico! –llamó el conductor a Amarillo.

–Gracias –aceptó–. Soy Lincoln Cameron.

–¡Eso ya lo sé! –el joven sonrió y le ofreció la mano–. Soy Rico Suárez. Vivo a unos cinco kilómetros de Valetta y Mellie.

–Seguro que todo el pueblo sabe quién soy. Deben de saber hasta cómo me gusta el café –Lincoln suspiró y se abrochó el cinturón de seguridad.

–¿Solo y sin azúcar? –Rico se rio.

–Puedes dejarme en casa de los Faraday, cuando pases por delante –sugirió Lincoln.

–Eh, ¿por qué no almuerzas conmigo? –sugirió Rico amistoso–. Bueno, eso si convencemos a Jerome de que nos haga algo, son casi las doce. Si vienes, conocerás a algunos vecinos.

–Y entraré en calor.

–Sí, eso también –Rico se rio–. Pareces un buen tipo y no solemos recibir visitantes en esta época, así que eres toda una novedad. Alegra un poco el invierno, ya me entiendes. Después te

llevaré a casa de los Faraday, me pilla de camino a casa.

Lincoln se rindió de buen grado. El rugido de su estómago le indicaba que no era mala idea.

Capítulo 5

DOS horas, un bocadillo de atún, un trozo de tarta de manzana y tres cafés después, Rico dejó a Lincoln en casa de Valetta, lleno y agotado. Para ser un pueblo tan pequeño, había habido mucha gente en el restaurante. Se tumbó en el sofá para descansar un rato. Rico le había presentado a bastantes personas y Lincoln había descubierto que todos querían a Valetta y a Mellie Faraday. Curiosamente, eso lo tranquilizó.

Cuando abrió los ojos, Mellie estaba a su lado, parpadeando sobre su rostro; olía a caramelos. Valetta estaba junto a su hija, conteniendo la risa.

–¿Has tenido un día difícil? –le preguntó.

Lincoln se incorporó y sacudió la cabeza.

–¿Qué hora es? Hacía años que no me sentía tan cansado.

–Entonces supongo que la cena no está lista –dijo ella con una mueca irónica.

–¿La cena?

–Mellie estaba segura de que habrías preparado algo. Los niños siempre tienen hambre, esta por lo menos. Debe de ser algo hormonal. No importa –suspiró al ver su mirada confusa–. No tienes por qué saber esas cosas. Ya le dije que no contara con ello. Dime la verdad, Lincoln, ¿cuándo fue la última vez que encendiste una cocina? –al ver su sonrisa avergonzada, soltó una carcajada–. Eso me temía.

–Lo siento, bonita, pero tu mamá tiene razón. La cocina no es uno de mis talentos.

–¿No sabes cocinar? –Mellie lo miró atónita.

–Supongo que podría, si quisiera –replicó Lincoln, indignado.

–¡No podrías! –Valetta se rio.

–Soy un hombre muy ocupado, eso es todo –se defendió él–. En casa tengo un ama de llaves excelente –le explicó a Mellie–. A veces llego a casa a horas intempestivas, así que Rita guisa para mí.

–¿Qué son horas intempestivas?

–Horas en las que ya está durmiendo todo el mundo. Por ejemplo, las tres de la mañana.

–¿Te quedas levantado hasta las tres de la mañana? –Mellie lo miró asombrada–. ¡Yo no me quedo tanto ni en las fiestas de pijama!

–A veces es por una emergencia.

–¿Eres médico?

–Soy periodista, ¿no te acuerdas?

–¿Cómo puede haber una emergencia en un periódico a las tres

de la mañana, si todos están dormidos?

–No es difícil –dijo Lincoln con ironía.

–Mellie, cielo, olvidas que hay diferentes zonas horarias en todo el mundo –intervino Valetta.

–Exactamente –afirmó Lincoln–. Por eso Rita está en casa. A veces, si es muy tarde, me deja algo preparado para que lo caliente y ella se acuesta.

–¿Vive contigo?

–Sí, claro. Trabaja como interna, y vive en mi casa –explicó Lincoln.

–¿Rita y tú estáis casados?

–Cielos, no –Lincoln se rio–. Rita podría ser mi madre. Tiene su habitación y su baño, un mes de vacaciones y toda la comida que quiere. Además, se pasa la mitad del día viendo telenovelas en la tele con su amiga, mientras yo trabajo. Valetta, ¿es que no le has explicado a esta niña cómo es el mundo?

–Por lo visto, no cómo es el tuyo –Valetta, riéndose, fue hacia la cocina–. Pero te alegrará saber que le va muy bien aquí, en Longacre.

Treinta minutos después, estaban en la mesa de la cocina comiendo hamburguesas y patatas fritas.

–Mamá, el señor Cameron dice que ha conocido al forestal Davey esta tarde, donde Jerome.

–¿Has conocido a Davey Hartwell? –preguntó Valetta, tensándose.

–Rico nos presentó. ¿Tiene eso algo de malo? –preguntó él, percibiendo su aprensión.

–No, claro que no. Es solo que… Davey y Rico, ¿los dos el mismo día? Has estado muy ocupado –no sabía bien por qué, pero eso la desconcertaba.

–El señor Hartwell es mi forestal favorito –confesó Mellie–. Viene a nuestro colegio todas las primaveras y nos habla de los incendios y de cómo empiezan y de lo que no debemos…

Mientras Mellie hablaba, Valetta y Lincoln se miraron, molestos sin saber por qué. Lo cierto era que Valetta sentía ciertos celos por cómo Lincoln estaba metiéndose en su vida. Había aparecido en Longacre sin avisar, dormía en su sofá, bromeaba con su hija, conocía a sus amigos… Y en cambio, ¡no hacía nada para que ella le tomara cariño!

Valetta lo observó hablar con Mellie, que estaba pendiente de cada una de sus palabras. Admitió para sí que era guapísimo; que se le había acelerado el pulso al verlo el día anterior; que su piel ardía cada vez que se rozaban, aunque solo fuera al servirle café.

Anhelaba pasar la mano por su mandíbula y acariciar su barba

recia pero suave.

¡Deseó que se fuera de allí! Los recuerdos la asaltaban uno tras otro y pensaba en cuánto lo había querido. Amor no correspondido, y doloroso. Doloroso pero inevitable. Tal vez seguía atrapada en la red de sus fantasías de adolescente, preguntándose qué habría ocurrido si no hubiera huido aquella noche lluviosa; si no hubiera permitido que Alexis estropeara su amistad con Lincoln; si no hubiera conocido a Jack… ni tenido a Mellie… Tal vez él habría llegado a amarla, como ella lo amó entonces.

«Sé sincera, tontuela, ¿no te quedaste en Longacre cuando murió Jack tanto para evitar a Lincoln, como para crear un hogar para Mellie?».

«Sé sincera, tontuela, ¿no sigues un poco enamorada de este hombre?».

No hablaron mientras recogían la mesa y Mellie iba a por sus deberes. Mientras Lincoln llenaba el lavavajillas, mal, para disgusto de Valetta, y limpiaba la encimera, dejándola llena de migas, Mellie regresó con un montón de libros que puso en la mesa.

Mientras observaba las dos cabezas, una blanca y otra roja, inclinadas sobre el libro de matemáticas y escuchaba sus murmullos, Lincoln sintió una emoción que no se atrevió a definir. Escapó a la habitación de invitados que, a regañadientes, Valetta le había ofrecido y se tumbó en la cama con las manos tras la cabeza. Tenía que admitir que lo molestaba que Valetta lo rechazara a cada paso. Por desgracia, su actitud no cambiaba lo que sentía por ella. Sabía muy bien cuándo lo atraía una mujer. Le parecía increíble tener sentimientos por una mujer a la que no había visto en una década. Confuso y cansado, se acostó; estaba dormido cuando Mellie lo llamó para que fuera a tomar galletas y leche con ellas.

Lincoln fue el primero en levantarse a la mañana siguiente. Tras pelearse con la cafetera más de diez minutos, consiguió hacer café; estaba buscando los cereales cuando Valetta se reunió con él. Aunque con aprensión, aceptó la taza de café que le ofreció.

–Se suponía que anoche íbamos a hablar –le dijo.

–Lo siento, pero estaba agotado por el vuelo –vio que la preocupaba que se quedara otra noche allí.

–Te echaste la siesta, no deberías haber estado tan cansado.

–Debo de estar haciéndome viejo –se justificó.

–Claro, claro.

–En serio. La última vez que volé fue a París, creo. Sí, París. Tardé tres días en recuperarme. Casi tuve que cancelar una reunión.

–¿Lincoln Cameron cancelar una reunión? –rezongó Valetta–. Ahora sé que bromeas.

–He dicho «casi» –Lincoln sonrió–. En serio, estaba muy cansado.

Pero hoy estoy fenomenal.

–Ya lo veo. Duchado y afeitado y solo son las siete y media.

–Para mí es tarde. Suelo estar en la oficina a las cinco. Pero eso es en Los Ángeles. Me imagino que aquí os lo tomáis con más calma. No negaré que ya he visto las noticias –se rio–. Me alegro de que tengas televisión por satélite. Mi trabajo es saberlo todo. Quizá te gustaría intercambiar datos algún día, dado que estamos en el mismo negocio.

–Lo dudo –Valetta empezó a preparar el almuerzo de Mellie. No iba a permitir que la engatusara.

–He decidido ir con Mellie y contigo al pueblo –dijo Lincoln, como si pudiera leerle el pensamiento–. En plan turista.

–¿A las siete y media de la mañana? –Valetta lo miró escéptica–. Además, ¡no hay nada que ver!

–Eso es lo que tú crees –tomó un sorbo del café que había preparado y casi se atragantó–. Dios, el café está horrible.

–No quería decírtelo –Valetta sonrió y vació su taza en el fregadero–, pero ni siquiera eres capaz de hervir agua. Si limpias la cafetera, te enseñaré a hacerlo. Supongo que sabes fregar una cafetera, ¿no?

–Creo que podré hacerlo –la miró irritado.

–No puedes culparme por preguntarlo.

–Escucha, Valetta –empezó él. Pero lo que iba a decir se perdió con la entrada de Mellie, seguida de Pulgoso Amarillo. La rutina fue como la del día anterior: desayuno, tareas, mochila. No pudieron volver a hablar hasta que Valetta dejó a Mellie en el colegio.

–¿Dónde quieres que te deje a ti? –le preguntó ella–. Son casi las nueve y tengo que ir a trabajar.

–He quedado con Rico, así que el restaurante de Jerome me iría bien, aunque sería mejor que fuéramos a un concesionario de coches –dijo él, preocupado por los ruidos que hacía el motor de la furgoneta.

Valetta frunció los labios y no dijo nada. Iba a encontrarse con Rico, ya tenía quien lo llevara de vuelta a casa. Estaba haciéndose amigo de sus amigos, metiéndose en su vida y no sabía por qué.

–Lincoln, esta noche tenemos que hablar.

–Vallie, ¿por qué conduces este montón de chatarra? –preguntó él, como si no la hubiera oído.

–¿Será porque no me sobra el dinero? Linc, si estás intentando cambiar de tema, no va a funcionar.

–Valetta Keane, eres la mujer más suspicaz del mundo. Solo era una pregunta.

–Mi apellido es Faraday –escupió ella, sombría–. Y qué conduzco no es asunto tuyo. Pero, si te interesa, tuve que reemplazar la

imprenta en enero. Además, perdimos un encargo con el que contábamos. Después subió el precio de la tinta, como sabes muy bien. La lista es interminable.

–¡Vamos, Valetta! Eso no son más que excusas. Si no lo haces por ti, piensa en Mellie. Esta lata de sardinas suena como si fuera a pararse en cualquier momento, y podría ocurrir en mitad de una tormenta de nieve. ¿Qué harías entonces?

–Tengo un teléfono móvil.

–Sabes que no siempre hay cobertura en la montaña, además no me refería a eso.

–No puedo permitirme un coche nuevo –Valetta dejó escapar un suspiro–. Estoy sola, no lo olvides.

–¿Sola? –Lincoln la miró atónito–. Eres una maldita heredera, ¡no lo olvides! Podrías comprarte un Jaguar, o una docena. ¡Incluso la fábrica entera!

–¿Sabes una cosa, Cameron? –Valetta soltó una risa seca–. Pensaba que mi vida iba bien hasta que tú apareciste. Deja que te aclare algunas cosas. El dinero que pueda haber para mí en el banco de California, seguirá allí. El dinero de los Keane conlleva demasiadas ataduras. Si usara ese dinero, tendría que explicarle a Mellie cosas que no quiero que sepa. Decidí hace tiempo que no le hablaría de su vínculo con la familia Keane ni de su herencia hasta que estuviera lista. Y falta mucho aún.

–Entretanto, permites que le falten cosas por tu maldito orgullo. No lo entiendo.

Valetta no se podía creer que Lincoln hubiera dicho eso. Era igual que su hermana. Pero no permitiría que la ofuscara como Alexis.

–En primer lugar, deja de maldecir. En segundo, a Mellie no le falta de nada –dijo–. Hablas como si fuéramos pobres, y eso es precisamente lo que me asusta del dinero de los Keane. Alexis y tú asociáis éxito y riqueza. Te diré algo, Mellie tiene cuanto necesita en Longacre, así que deja de criticarme. Cuando quiera un coche nuevo, lo compraré. Iré al banco y pediré un préstamo, como todo el mundo.

–Pero tú no eres como todo el mundo.

–¡En Longacre sí!

–¿Jack estaba de acuerdo con esta… esta locura?

–¡No metas a Jack en esto! Él ya no puede decidir y, por desgracia, su póliza de seguros era muy pequeña. Íbamos a ampliarla cuando… –Valetta se encogió de hombros–. No nos dio tiempo.

–Lo siento, Valetta, pero sigo sin entenderlo. Me duele que carezcas de cosas y no aceptes ayuda. Vale –alzó las manos–, no es

que vivas en la pobreza, pero no deberías conducir un coche de diez años.

–No es problema tuyo, Linc, y te agradecería que lo dejaras. Ahora, por favor –señaló la puerta–, fuera. Tengo que ir a trabajar.

Lincoln bajó del coche intentando no hundir los pies en la nieve. El agua destrozaría el cuero italiano de sus zapatos, pero era tarde para pensar en eso.

–Maldito Longacre –masculló al sentir el frío en los pies–. ¡Este tema no está cerrado!

–Claro que lo está –replicó Valetta. Apretó los dientes y arrancó. Hablaría con él esa noche. Cuanto antes supiera qué quería, antes podría echarlo de allí.

Pero habló con él mucho antes. No llevaba más de diez minutos en su despacho cuando él apareció en el umbral con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Bonito lugar.

–¿Qué haces aquí? –Valetta se levantó de un salto–. Creí que ibas a ver a Rico.

–Ah, eso puede esperar –dijo Linc, mirando las fotos y placas que había en las paredes–. Esto es más interesante. Pequeño, pero a Alexis le gustaría.

–¡Calla! –ella corrió a cerrar la puerta del despacho.

Lincoln la agarró del brazo.

–En este pueblo nadie sabe quién eres, ¿verdad, Valetta Keane Faraday?

Valetta se sonrojó e intentó soltarse. Él lo evitó.

–Eso me parecía. Siento curiosidad, Vallie. ¿Cómo vas a explicarme a mí? ¿Quién dirás que soy?

–Lo de viejo amigo servirá –Valetta alzó la barbilla–. Además, no te esperaba, ¿recuerdas?

–Lo recuerdo. Pero olvidémonos de mí por un momento, ¿por qué tanto secreto sobre ti, Vallie? No puedes avergonzarte de tu pasado. Apenas tenías uno, te fuiste muy joven. Así que debe de ser por Alexis –vio que ella volvía a sonrojarse–. Es por Alexis. Dime, Valetta, ¿realmente era tan imposible?

–¡La peor hermana del mundo!

–Valetta, eso fue hace años.

–¿Y qué? Si ha cambiado, yo no me he enterado. Es una tarántula. Venenosa. ¿No lo entiendes? ¡Quiere a Mellie! Te ha enviado para conseguir a Mellie.

–¡Eso no es cierto! Nunca mencionó su nombre. Yo ni siquiera sabía que tenías una hija.

–¿Es que no lo ves? Está liándote. Sí, Lincoln, no me mires así. Sé cómo opera, y deberías saberlo tú, después de tantos años. Te da

una palmadita en el hombro, hace que te sientas bien, simula que eres el único que la entiende. Encantado de hacerla feliz, saltas tan alto como puedes olvidando que, a veces, retira la red de seguridad.

–Eso ni siquiera se merece una respuesta.

–¿En serio? –escupió Valetta–. Entonces, ¿por qué estás aquí?

–Alexis me pidió que te transmitiera un mensaje.

–Por favor. Como si no pudiera llamar por teléfono –Valetta no podía contener su ira–. Me cuesta creer que no veas a mi hermana tal y como es; si quieres engañarte, adelante. Pero no me pidas que haga lo mismo.

–Valetta, te doy mi palabra de que no estoy aquí por eso –insistió Linc, asombrado por su ira.

–¡No te creo! –pero Valetta había captado el tono sincero de su voz y controló su genio. Quizá se confundía. Al fin y al cabo, se basaba en los recuerdos de una chica de dieciocho años; le debía una oportunidad. Aunque fuera fantástico en su trabajo, tal vez no se le daba bien entender las motivaciones de la gente.

Él se inclinó hacia delante y perdió el hilo de sus pensamientos al sentir su aliento en la mejilla. Lincoln también debió de sentir la chispa que saltó entre ellos, porque arrugó la frente.

–Suéltame, Linc.

Ella no sabía por qué, pero la inquietaba el contacto. Diez años antes se habría arrodillado ante él, agradecida y adulada. En ese momento se sentía humillada. Él no tenía derecho a aparecer allí de repente e intentar seducirla. No iba a rendirse al encanto de Cameron. Por suerte, llamaron a la puerta.

–Señora Faraday, Joe Ronin en la línea tres.

Valetta levantó el teléfono. Lincoln salió.

–Eh, hola –le dijo al joven que había llevado el mensaje–. Eres Benjamin, ¿no? Nos conocimos en la fiesta de cumpleaños de la señora Faraday.

–Sí, señor. Así es. No creí que se acordara.

–Claro que me acuerdo –le aseguró Lincoln.

Pero en realidad lo que le interesaba era la imprenta que ocupaba el centro de la sala. Y también la gente que ocupaba las mesas llenas de sobres marrones, gomas elásticas y las consabidas tazas de café, imprescindible en cualquier sala de prensa. La sala parecía desordenada, pero los expertos ojos de Lincoln vieron método en la locura que lo rodeaba. La energía chisporroteaba en el aire.

–Ben, como la señora Faraday está ocupada, ¿te importaría presentarme a la gente? –si quería enterarse de cómo iba todo, tenía que aprovechar la oportunidad. Averiguaría más cosas si Valetta no estaba presente.

El chico miró por encima de su hombro, por si su jefa tenía algo que decir al respecto, pero Lincoln se movió para impedirle verla y le ofreció la mano.

–Soy Lincoln Cameron.

–Es el editor ganador de un Pulitzer que dirige el *L.A. Connection*, ¿verdad? –Ben aceptó su mano.

–Eso me temo –dijo Lincoln, algo avergonzado.

–Yo tenía razón –exclamó Ben, sin poder contener su entusiasmo–. Es Lincoln Cameron, el editor jefe del *L.A. Connection.*

–¿En serio? –preguntó una chica con incredulidad.

–Ben, ¿es esta otra de tus bromas?

–¡No! Miradlo todos y comprobadlo –llamó a sus compañeros con la mano–. ¿Se acuerda de mi amigo, Andrew Buchanan? Nos llaman Castor y Pollux porque siempre estamos juntos.

–¿De verdad es el famoso Cameron, editor jefe del *L.A. Connection*? –preguntó Andy.

–Si quiere echar un vistazo, se lo enseñaré todo –dijo Ben–. Aunque no hay mucho que ver.

–Siempre hay algo que aprender en un periódico, no importa su tamaño.

–Últimamente hemos tenido muy buenas críticas –dijo Andy con orgullo.

Los dos jóvenes le enseñaron la oficina y le presentaron a la gente. Una mujer ciega trabajaba ante un ordenador adaptado, que debía de haberle costado una fortuna a Valetta.

–Esta es Ellen Hartwell.

–¿Pariente de Davey Hartwell, el forestal?

–¡Su esposa! –Ellen se rio–. Pero tengo identidad propia. Me ocupo de captar anunciantes.

–Alguien tiene que pagar la tinta –dijo Lincoln.

–También escribo. Y he dado algunas clases en la universidad para adultos.

Mientras recorrían el local, Ben le dijo que había más empleados, pero ese día faltaban algunos. Jay Logan y Kirin Red estaban haciendo repartos y volverían después. Flossie MacGowan estaba enferma.

–Esta es Gertrude, nuestra maravillosa dama –explicó Andy, señalando la imprenta que había en el centro de la sala–. Y no, no hay otro sitio donde ponerla. La señora Faraday quiere buscar una oficina mayor, pero… todo es cuestión de dinero, ¿verdad?

Para Valetta Keane no tenía por qué serlo. Otro motivo para preguntarse por qué no quería utilizar su herencia, cuando tanta falta le hacía a su periódico. Lincoln pensó en preguntárselo cuando estuvieran a solas. Le preguntaría muchas cosas.

–¡Señor Cameron! –lo llamó Valetta. Lincoln comprendió que su tiempo había acabado.

–Ah, señora Faraday, estos caballeros han tenido la amabilidad de presentarme a la gente mientras hablaba por teléfono.

Ben y Andy huyeron al ver la mirada de Valetta.

–Vamos, Vallie, solo querían ser corteses.

–¡No les pago para eso! –dijo Valetta enfadada–. Les pago para que escriban noticias.

–Bueno, ya no tendrás que molestarte en enseñármelo todo –dijo Lincoln, poniéndose la chaqueta.

Ignoró su mirada gélida y fue hacia la puerta.

–¿Te gustaría almorzar conmigo? ¿Solo se puede comer en el restaurante de Jerome?

–El Café Randy está cerrado.

–Ah, sí, la dueña se rompió la pierna. Bueno, entonces estaré donde Jerome, si te entra hambre.

–Me he traído el almuerzo.

–Claro, es un ahorro –ironizó él. Se abotonó la chaqueta–. Hace mucho frío. Tendré que comprarme ropa de abrigo, si me quedo unos días. Una parka, bufanda, botas… No pensaba hacerlo, pero empieza a tentarme la idea. Quizá debería alquilar una habitación –dijo, con una media sonrisa.

–¡No, Lincoln! –ella no quería que siguiera más tiempo en el pueblo.

–Vamos, no insistas. No estaría bien que me quedara contigo indefinidamente, Vallie. No sé cómo se te ocurre sugerirlo. Habría rumores y seríamos la comidilla del pueblo, ¿no te parece?

–¡Lincoln!

–¿Tienes alguna sugerencia? También me irían bien unos guantes –murmuró él, saliendo–. Buscaré una tienda en la calle Mayor.

Capítulo 6

LINCOLN salió del periódico y fue hacia la calle Mayor, donde pronto encontró lo que buscaba. No era difícil encontrar las cosas en un lugar del tamaño de Longacre. Entró en la tienda risueño.

–Hola, ¿puedo ayudarlo? –preguntó una mujer alta y voluptuosa desde el mostrador.

Su cabello era un revoltijo de rizos naranjas y su ropa un arco iris de color y textura. Linc supuso que era la excéntrica del pueblo.

–Patricia Carmichael. Nos conocimos la otra noche –dijo ella, ofreciéndole la mano–. Pero todos me llaman Patty. Es usted Lincoln Cameron, el amigo de Valetta, de California.

–Vaya, se acabó mi imagen de hombre misterioso –Lincoln sonrió–. Supongo que no viene mucha gente por aquí en febrero.

–Tienes razón –Patty se rió–. El problema es que no hay pistas de esquí. Sin esquí no hay turistas. Sin turistas no hay ingresos en invierno. Esto está muerto, por eso llamas tanto la atención. En verano, la población se cuadriplica. Tenemos las montañas y los lagos más bonitos. Yo tengo un hostal y lleva reservado para todo el verano desde Navidades.

–En Los Ángeles tenemos el problema opuesto. Los hoteles están hasta la bandera en esta época del año, la gente va en busca del sol.

–Ojalá pudiera hacerlo yo –Patty se rió–. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Cameron?

–Verá, señora Carmichael, he traído una maleta llena de ropa, pero no había pensado en la nieve. Así que me iría bien algo de abrigo.

–Llámame Patty, y veré lo que puedo hacer. Llámame señora Carmichael y te echaré de aquí.

–De acuerdo, Patty; si tú me llamas Lincoln.

–Trato hecho –Patty condujo a Lincoln por el pasillo central–. Tampoco te iría mal un suéter, Linc.

–¿Tienes?

–Sí, pero… –miró sus anchas espaldas y se encogió de hombros–. Empecemos por el abrigo. A ver, pruébate este. Y mientras, cuéntame por qué has venido a Longacre. Es decir, si no quieres que en el pueblo se hagan ideas raras –le guiñó un ojo.

–Gracias, Patty, me acabas de ahorrar un montón de trabajo –dijo Lincoln poniéndose el pesado chaquetón forrado, que le iba perfectamente.

–Quieres decir que te he evitado llamar a una tienda de Albany –ella sonrió–. Pruébate estos guantes. No hacen juego con el chaquetón, pero dan mucho calor. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

–No estaba intentando eludir la pregunta –dijo él, flexionando la mano dentro del guante–. Son perfectos, gracias. Tienes buen ojo para las tallas.

–Escucha –Patty no se dejó engañar–, no soy ninguna cotilla, pero, si piensas quedarte más días, la gente va a hablar. Bueno, ya están hablando, pero creen que será una visita breve. Esta noche va a nevar, así que si vas a quedarte necesitarás botas. Botas sí tengo de todas las tallas –sonrió–. Lluvias primaverales, excursiones de verano, recolección en otoño, nieve en invierno… vendo botas todo el año.

Media hora después, cargado con dos gruesos suéteres, unos calzoncillos largos y otras prendas de abrigo, Lincoln terminó sus compras.

–¿Sabes dónde podría alquilar una habitación? –preguntó, entregándole a Patty su tarjeta de crédito.

–¿Qué tiene de malo la casa de Valetta?

–La casa es encantadora –corroboró Lincoln–, pero no quiero ser una carga. Ellas tienen su rutina y no quiero interferir.

–Entonces, Val y tú no sois tan amigos, ¿no? Debe de haberte enviado su hermana.

Lincoln no quería confiar en una desconocida, pero algo le decía que Patty sería una buena confidente. Incluso sospechaba que conocía la identidad real de Valetta, pero no se atrevió a decirlo. Le contó a Patty un poquito de su historia y que la hermana de Valetta… quería que volviera a casa.

–Si no quiere regresar, ¿por qué no lo aceptas?

–No conoce toda la historia. Mira, yo solo soy un emisario, pero tengo la esperanza de que reconsidere su decisión cuando lo sepa todo. También pienso en Mellie. No estoy seguro de que le guste mi presencia en su casa y no me extraña. Para ella no soy más que un desconocido que está de paso.

–De acuerdo –asintió Patty, impresionada por la consideración que demostraba hacia Mellie–. No suelo hacerlo en esta época, pero supongo que podría alquilarte una habitación.

–Me alegro –dijo Lincoln aliviado–. Tienes un inquilino.

–¿Vas a alquilar una habitación sin verla? –preguntó Patty, sorprendida.

–Debe de ser cuestión de instinto, pero creo que puedo fiarme de ti.

Comentaron los detalles unos minutos y llegaron a un acuerdo. Lincoln le dijo que trasladaría sus cosas esa misma noche, después de cenar, si no había inconveniente. Aunque no se quedaría mucho tiempo, tenía una maleta pequeña, un ordenador portátil y las tres bolsas de ropa que acababa de comprar. Después de concretar los

detalles, Lincoln fue al restaurante de Jerome Crater a calentarse con un bol de sopa. Rico se reunió con él pocos minutos después.

–Eh, amigo –dijo Rico, sentándose–. Huele bien. ¿Qué tenemos hoy?

–Siéntate, me alegro de verte. Hay sopa de cebolla.

No tuvo que dar más explicaciones, Jerome ya iba hacia la mesa con un bol humeante en las manos.

–Gracias, Jerome –dijo Lincoln cuando dejó el bol en la mesa–. Huele de maravilla.

–Está muy buena, aunque sea yo quien lo diga. Supongo que tú también quieres, ¿no? –gruñó, mirando a Rico.

–Bueno, si no es molestia –Rico soltó una risa.

–No es molestia –rezongó Jerome–, pero también la voy a servir para cenar, así que no pidas más esta noche o no tendré bastante.

–No te preocupes, no vendré –le dijo Rico–. Nancy quiere quedarse en casa y ver la televisión.

–Eso mismo pienso hacer yo –comentó Lincoln–. Necesito estar al tanto de lo que ocurre en el mundo. Y me mudaré a casa de Patty Carmichael esta tarde, así que tampoco vendré –añadió, suponiendo que era mejor que se enterasen antes de que el cotilleo distorsionara la historia.

–¿En serio? –se sorprendió Rico–. ¿Patty va a abrir a mitad del invierno? Increíble. Entonces comerás aquí mucho, porque Patty no guisa y Chuck odia hacer la compra. Vienen tres o cuatro veces por semana, por lo menos.

–Eh, eso no es justo –protestó Jerome, que llegaba con la sopa de Rico–. El invierno pasado enseñé a Patty a hacer pollo asado, y lo hizo muy bien.

–¿Ah, sí? –Rico enarcó una ceja–. Entonces también podrías enseñar a mi Nancy a guisar.

–No sería mala idea, Jerome –apuntó Lincoln–. Monta una escuela de cocina. Con un par de reformas, podrías hacerlo aquí. Esta sopa está increíble.

–Linc tiene razón –dijo Rico, pensativo–. Tendrías que cambiar un par de cosas, pero yo te ayudaría con el tema de la carpintería.

–Y, si quisieras renovar parte del equipo, yo estaría dispuesto a respaldarte –ofreció Lincoln.

–¿Respaldarme? –Jerome frunció el ceño–. ¿Te refieres a un préstamo?

–Podrías fijar las condiciones según tu conveniencia. Me fío de ti.

–Menudo hombre de negocios, que confía su dinero a un desconocido.

–Eres amigo de Valetta, con eso me basta. Además eres un

cocinero sensacional. Si alguna vez quieres abrir un restaurante en Los Ángeles, solo tienes que avisarme.

Una hora después, Rico dejó a Lincoln en casa. Pulgoso Amarillo se lanzó sobre él en cuanto entró.

–Abajo, chico –Lincoln se rio, rascándole las orejas–. Bueno, daremos un paseo, pero corto.

Pulgoso Amarillo se lanzó afuera como una bala.

Casi a las cinco, con el equipaje listo y en el maletero del coche que había alquilado, Lincoln tuvo la inspiración de preparar la cena para Valetta y Mellie. Sin preocuparse por su falta de experiencia, fue a investigar a la cocina.

Empeñado en demostrar su capacidad, Lincoln examinó todo lo que había en la despensa y optó por hacer espaguetis. Puso el agua a hervir y siguió las instrucciones del paquete. Incluso encontró un bote de salsa como acompañamiento. Cocinar no era tan difícil. Echó la salsa en otro cazo y se preguntó por qué las mujeres se quejaban tanto de tener que guisar.

Como Valetta y Mellie tardarían media hora más en llegar, decidió llamar a California.

–¡Lincoln! Ya era hora –le dijo Alexis–. Te he dejado cuatro mensajes. ¿Por qué no has llamado?

–Alexis, solo llevo un día aquí.

–Dos días –lo corrigió ella con brusquedad–. El tiempo que llevo esperando tu llamada.

–Entiendo que quieras saber qué ocurre, pero no tengo nada que contar, aún. Valetta y yo no hemos tenido oportunidad de hablar. Lo haremos hoy.

–Estoy impaciente, Lincoln. No tengo mucho tiempo. Espero que no lo hayas olvidado.

–Lo sé, Alexis, pero no esperarías que bajase del avión y le lanzara todo a Valetta de sopetón. Valetta es una mujer de carácter. Me costará persuadirla para que regrese a casa –pensó que quizá California ya no fuera su casa.

–¿Cómo está Valetta? ¿Y Mellie, cómo es? ¿Se parece a su madre?

–¡Calma, Alexis! Valetta y Mellie están bien. Mellie es una niña con carácter, como su madre. Es encantadora, tanto como… –se alegró de que Alexis no estuviera allí para verlo sonrojarse. Tendría que explicarle cosas que ni él mismo entendía.

–Lincoln, ¿estás ahí?

–Sí, estaba pensando.

Alexis siguió hablando y Lincoln empezó a preguntarse si Valetta tenía razón respecto a su hermana.

–Si el precio es correcto… tenemos que encontrar su precio…

«Su precio». Esa mujer había perdido el sentido de la proporción.

–Me asombras. ¡Estás hablando de su hija!

–Me refería a colegios privados –Alexis, captando el desagrado de Lincoln, dio marcha atrás–. Clases de equitación, de cultura, de arte. La niña lo tendría todo si Valetta vuelve a California. ¿Va a ser capaz de negarle a su hija las ventajas que ella misma tuvo?

–No se lo he preguntado, pero podría hacerlo. Ella no habla de su infancia en esos términos.

–Pues pregúntaselo, ¡y en esos términos! –la exasperación de Alexis era obvia. Lincoln apretó el teléfono y se obligó a hablar con calma.

–Alexis, me enviaste aquí con una misión. Tienes que confiar en que transmitiré tu mensaje en el momento correcto y de la manera adecuada –dijo, preguntándose cómo iba a hacerlo. Oyó el coche–. Alexis, tengo que dejarte. Valetta y Mellie acaban de llegar. Te llamaré mañana –colgó y sonrió al oír la puerta–. Bienvenidas, señoritas.

–Hola, señor Cameron –saludó Mellie con una sonrisa–. ¿Qué es lo que se está quemando?

Una hora después, sentadas en el restaurante de Jerome, las Faraday esperaban pacientemente su segunda cena. Lincoln pensaba, humillado, en cómo había corrido a la cocina, seguido por Valetta y Mellie. Dando manotazos para dispersar el humo, agarró el cazo en llamas con una toalla y lo tiró al fregadero. Abrió el agua fría y le gritó a Valetta que cerrara el gas y a Mellie que abriera la puerta trasera.

–Eh, mamá –dijo Mellie con voz queda, cuando pasó todo y se reunieron en la cocina–. ¿Esos no son los cazos que compraste hace una semana?

–Sí, de oferta –Valetta suspiró y miró lo que en otro tiempo había sido un cazo con pasta–. ¿Qué intentabas hacer exactamente, Lincoln?

–¿La cena? –ofreció él–. Albóndigas y espaguetis.

–¿Dónde están las albóndigas? –preguntó Mellie con curiosidad.

–En el cazo de la salsa.

Miraron el segundo cazo. Solo había una espesa mezcla marrón al fondo del cazo.

–Te compraré cazos nuevos, desde luego –había asegurado Lincoln a Valetta.

Jerome les sirvió estofado de pollo y brócoli. Lincoln se preguntó si podría convencerlo para que se trasladara a Los

Ángeles. Tal vez accedería a ser su chef privado. Le pagaría lo que quisiera.

–¡Lincoln!

Ensimismado en su fantasía culinaria, Lincoln no oyó a Valetta hasta que ella le golpeó los nudillos.

–Perdona. ¿Decías algo?

–Te he llamado dos veces. ¿En qué pensabas?

–No lo creerías –Lincoln sonrió con timidez.

–Intentábamos decirte que Mellie empieza mañana a entrenar con el equipo de fútbol.

–Vaya, pues yo también tengo algo que deciros. No os lo he dicho antes por el caos de la cocina, pero… He encontrado una habitación.

–¿Una habitación? –Mellie se animó–. ¿Dónde la has encontrado? ¿Dónde vas a ponerla?

–Tontina –Lincoln sonrió y le revolvió los rizos–. No la voy a poner en ningún sitio. Es un decir. Significa que he alquilado una habitación.

–Ah, sí, lo entiendo –Mellie se sonrojó.

–Patty Carmichael ha accedido a alquilarme una –explicó–. Ya he hecho las maletas. Cuando volvamos a casa, me iré para allá con mis cosas –Lincoln casi se rio al ver la mezcla de consternación y alivio en el rostro de Valetta.

–No entiendo por qué vas a quedarte más –dijo ella con sequedad.

–Mamá, ¿no quieres que el señor Cameron se quede? –preguntó Mellie, captando su tono de voz.

–Qué pregunta… claro que sí, desde luego –tartamudeó ella, sonrojándose.

–Es solo que la ha pillado por sorpresa –explicó Lincoln–. He pensado que estaría bien pasar unos días aquí. Así podría conoceros mejor a las dos. Y tú, señorita, me conocerías a mí.

–Ya me conoces. Soy Mellie, tengo casi diez años, me gusta el cole y no tengo padre. Y me encanta la tarta de chocolate –añadió, pensativa.

–¿Así de fácil?

Lincoln se rio y vio cómo miraba la tarta de chocolate que había en el mostrador. Mellie fue a pedir un trozo.

Lincoln estiró el brazo y alzó la barbilla de Valetta. Ella se estremeció.

–Vamos, Vallie. Solo me quedaré unos días más. ¡No actúes como si acabara de condenarte a muerte!

–Lincoln, no sé qué habéis planeado Alexis y tú, pero te aviso: ¡no funcionará! Quiero que te vayas cuanto antes. Te diría que te

fueras ahora, pero esperamos una tormenta de nieve.

–Gracias por pensar en mí –comentó Lincoln con sarcasmo–. Lo siento, Vallie, pero no puedo irme de Longacre hasta que hablemos, en privado y sin interrupciones, y te cuente lo que ocurre en California.

–¿Es un mensaje de Alexis?

–Desde luego. Ya te dije cuando llegué que hasta la semana pasada ni siquiera sabía dónde estabas.

–Alexis sabe bien que no quiero nada con ella. Una llamada telefónica de vez en cuando, no más.

–Vallie… –Lincoln se calló al ver a Mellie regresar con un trozo de tarta en un plato.

–¡Mira, mamá! Jerome me ha dado el más grande.

–¿Cómo vas a comerte eso tú sola? –se maravilló Lincoln.

–Podría compartirla, si quieres… –la voz de Mellie se apagó–. ¿Tú también quieres, mamá?

–No, gracias, cielo. Demasiadas calorías.

–Pues yo sí quiero, así que iré a por la otra mitad de esa tarta –Lincoln se levantó y fue al mostrador.

–Me gusta el señor Cameron, es majo –decidió Mellie, levantando el tenedor.

–Mellie, solo dices eso porque no te ha pedido parte de tu tarta.

–Eso también, pero es majo –insistió Mellie–. Me ha prometido llevarme de paseo mañana, si no nieva y tú me das permiso. Ha comprado botas en la tienda de Patty, ¿las has visto? También guantes y un chaquetón. Me alegro de que se quede. Tal vez la tía Lexis venga de visita.

–Lo dudo –Valetta casi se atragantó con el té–. A tu tía Alexis no le gusta viajar.

–¿Cómo lo sabes? Hace cien años que no la ves, igual ahora sí le gusta.

–Hablo con ella.

–Pues yo creo que deberíamos invitarla.

Valetta la miró entre divertida y horrorizada.

–La verdad, Mellie, no me imagino a tu tía Alexis con botas y montada en una furgoneta con Amarillo. Estoy segura de que no le gustan los perros. Viaja en Mercedes y además tiene chófer.

–Entonces su chófer podría traerla. Así no tendrá que usar botas. Y Amarillo se sentaría conmigo.

–¿Quién no tendrá que usar botas? –preguntó Lincoln, regresando con un enorme pedazo de tarta–. Mira, Vallie, he traído bastante para ti.

–¡Mentiroso! –rezongó Valetta, mirando con envidia el delicioso postre.

–¡En serio! –insistió Lincoln, poniendo el plato entre los dos–. ¿Quién no tendrá que usar botas? –volvió a preguntar, pinchando un trozo de tarta con el tenedor y ofreciéndoselo a Valetta.

Ella se prometió que solo sería un bocado. ¡Chocolate! Casi mejor que… El maldito Lincoln soltó una risa, como si adivinara lo que estaba pensando.

–Hablábamos de mi tía Lexis. Quiero que nos visite, pero mamá dice que no vendrá porque es demasiado vieja.

–¡No he dicho eso!

–Entonces, ¿por qué no viene? ¿No le caemos bien?

–¿Cómo no vas a caerle bien? ¡No te conoce!

–Entonces, ¿por qué me envía regalos de Navidad y de cumpleaños?

–Bueno, nena, lo pensaré –Valetta ocultó su incomodidad. Los problemas que había entre Alexis y ella no tenían por qué afectar a Mellie.

Mellie puso los ojos en blanco.

–Mamá, siempre que dices que lo pensarás, significa que no –Mellie se animó, inspirada–. Oye, si ella no viene aquí, ¿por qué no vamos a verla?

–¿A California?

–¡Sí! A lo mejor nos lleva a Disneylandia. ¿Cree que nos llevaría a Disneylandia, señor Cameron?

–Umm, Alexis Keane en una montaña rusa… Eso sí que sería digno de verse.

Valetta se mordió el labio inferior para controlar la risa.

–Bueno, de momento hijita, aún tienes que hacer los deberes, así que será mejor que volvamos a casa.

Lincoln no protestó. Debía de ser muy difícil explicar ciertas cosas a una niña de nueve años tan avispada, no le envidiaba el trabajo.

–Bueno, señoras, si me dais un minuto, iré a decirle a Jerome que ponga la cena en mi cuenta.

–¿Tu cuenta? –Valetta frunció el ceño.

–Cuando se enteró de que iba a quedarme unos días más, se ofreció a abrirme una cuenta. Dice que todo el mundo lo hace y así es más sencillo.

Desconcertada, Valetta observó a Lincoln avanzar por el pasillo, dando las buenas noches a todo el mundo. La horrorizó aún más ver a Mellie correr tras él y darle la mano. ¡Una cuenta! ¡Tenía que hablar con el señor Lincoln Cameron lo antes posible!

Por desgracia para ella, Lincoln ya no tenía ninguna prisa por volver a California. Aunque echaba de menos el sol, empezaba a gustarle Longacre y los rostros amistosos que veía al pasear por la

calle Mayor. Era un placer tomar una taza de café sin prisas y no sentirse acosado por periodistas que le pedían un aplazamiento o ayuda para una entrevista. En Longacre no recibía llamadas de mujeres, cada vez más jóvenes y a quienes apenas conocía, que tenían la esperanza de calentar su famosa cama. Se preguntó dónde estarían las mujeres con las que había tenido una relación de más de una hora. ¿Casadas?

–Iré a calentar el coche –dijo, cuando llegó la preciosa Valetta, poniéndose el abrigo.

Capítulo 7

–EL SEÑOR Cameron, Lincoln, no sabe cuánto tiempo se quedará –dijo Patty, poniendo un plato de galletas ante su marido y su huésped, sentados en el sofá.

–No quiero, gracias –Lincoln se puso la mano en el estómago–. Solo quería daros las gracias por alojarme. He cenado donde Jerome.

–Deja que lo adivine –Chuck sonrió–. Ah, sí, hoy tocaba «tarta de chocolate mortal».

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Linc, inmediatamente movió la cabeza–. ¿Es tan metódico?

–Metódico como un reloj. Y es imposible resistirse a un trozo, ¿verdad? No te sientas mal. Nadie puede hacerlo.

–No me sentiría mal, si hubiera sido uno –farfulló Lincoln–. Pero han sido más bien dos.

–Cuidado –Patty se rio–. Mañana es viernes, así que toca fritura de pescado y tarta de limón con merengue. Yo estaré allí, no lo dudes; pero será mejor que no vayas si estás vigilando tu peso.

–Jerome es un cocinero extraordinario –Chuck agarró una galleta–, pero no se puede cenar allí todos los días. Siempre le digo que debería montar un negocio y contesta que ya lo tiene. Pero yo me refiero a un restaurante de lujo en Albany.

–Opino lo mismo. Pero yo le he ofrecido montar uno en California.

–Si Jerome dejara Longacre, sería como un pez fuera del agua –intervino Patty–. Esta es su casa y nosotros su familia. Cocina para nosotros. Además, se está haciendo mayor. Aunque no use el andador, me he fijado en que cada vez usa más el bastón.

–Ahora que lo dices, yo también –musitó Chuck.

–Llegará el día en que no pueda llevar el restaurante, y la verdad es que no creo que falte mucho.

–Y yo le sugerí que montara una escuela de cocina –dijo Lincoln, mortificado por su falta de tacto.

–Bueno, no sé. Eso no sería mala idea –dijo Patty pensativa–, si contratara un ayudante. Podría seguir dirigiendo el negocio y trabajaría menos.

–Habrá que pensarlo –Chuck bostezó y se puso en pie–. No sé vosotros, pero yo me voy a la cama. Tengo que madrugar para ir a Plattsburg a ver una vaca.

–¿Una vaca? –repitió Lincoln.

–Patty y yo vivimos en el pueblo para que ella pueda ocuparse de la tienda y de este hostal, pero también tenemos una granja

lechera a unos doce kilómetros de aquí. Es pequeña, pero nuestra. Pero uno no se hace rico ordeñando vacas. Esto nos proporciona unos ingresos extra.

–La verdad es que preferiríamos vivir en la granja, pero la caldera se quemó hace dos años –Patty arrugó la frente–. Pero nos apañamos.

–Nos apañamos porque no tenemos que preocuparnos de hijos. De momento –Chuck le guiñó un ojo–. Esperamos ahorrar un poco antes de eso.

Lincoln tuvo mucho en que pensar esa noche, tras acomodarse en la bonita habitación que Patty le había asignado; la única con baño privado. Estaba inmaculada, pero demasiado decorada para su gusto; papel pintado de flores, cortinas de encaje… parecía sacada de una revista de decoración de casas de campo. Colocó su despertador de viaje y tres teléfonos móviles en la mesilla. Dos para trabajo, nacional e internacional, y uno para llamadas privadas. Se imaginó que a Patty le habría hecho mucha gracia.

A la mañana siguiente, Patty le sirvió un desayuno digno de un leñador y se marchó a abrir su tienda. Lincoln se quedó tomando café y preguntándose si podría conseguir que le llevaran *El Espectador* todos los días, mientras estaba allí. Pretendía pasar el día en el periódico de Valetta, pero no se lo dijo a Patty. Estaba seguro de que telefonearía a Valetta en cuanto pudiera, para decírselo. Antes de ponerse en marcha, decidió llamar a Alexis.

–¿Y bien? ¿Alguna noticia?

–Buenos días, señorita Keane –dijo él, molesto por su brusquedad.

–Déjate de tonterías, Cameron. Sabes bien que llevo horas levantada. Haciendo tu trabajo, por cierto.

«Y yo estoy haciendo el tuyo», pensó él.

–Lo siento, Alexis, pero no tengo nada nuevo. Estoy buscando el momento para hablar con tu hermana, pero como te dije ayer, es un tema delicado. No quiero que Mellie esté presente, y eso no es fácil.

–¡Bah! Quizá debería llamar. Esto se está retrasando más de lo que quería.

–Te dije desde el principio que debías hacerlo –sin saber por qué, no quería que ella telefoneara–, pero ya que estoy aquí… Ten paciencia, Alexis. Dime, ¿has pensado alguna vez en venir al Este?

–¿A Nueva York? –casi gimió ella–. ¡No seas ridículo! No me gusta la nieve.

Mientras caminaba por la calle Mayor, con los pies calientes en sus botas nuevas y pisando la nieve recién caída, Lincoln saludaba a

todo el mundo. ¡No había visto tantas furgonetas en su vida! Ni un Porsche a la vista. Se preguntó qué diablos hacía allí. Podía haber transmitido el mensaje de Alexis en cualquier momento, aunque fuera sin delicadeza. Pero estaba retrasando el momento.

Distraído, casi se pasó el edificio del periódico. La fachada parecía más adecuada para una tienda de antigüedades que para un periódico moderno.

–Buenos días a todos –saludó al entrar.

–Buenos días, señor Cameron –contestó Andrew Buchanan–. Me alegro de verlo. ¿Puedo ayudarlo? La señora Faraday acaba de salir.

–No es problema, Andy –contestó él, encantado. Se quitó el chaquetón, lo colgó y miró a su alrededor–. No creo que le importe que espere.

Andrew lo miró dubitativo, igual que el resto del personal, pero Ben Zuckerman acudió en su rescate.

–Nos parece muy bien, señor Cameron. De hecho, si quisiera, podría contarnos cómo es dirigir un periódico grande como el *L.A. Connection*.

–No me gustaría parecer entrometido –dijo Lincoln con voz titubeante, mientras bendecía mentalmente a Benjamin.

–¿Lo dice en serio, señor Cameron? –preguntó Ben, incrédulo–. Rechazarlo sería como decirle a Randolph Hearst que no sabía nada de imprentas. Por favor, siéntese y le traeré un café. ¿Podría hablarnos de su experiencia cuando empezó. Eso sería fantástico, ¿verdad, gente?

Cuando Valetta entró una hora después, se encontró con una animada conversación entre el ganador del premio Pulitzer y sus empleados.

–Señora Faraday –exclamó Ben al verla entrar–. El señor Cameron ha estado contándonos cosas interesantes. ¿Sabía que la primera entrevista que hizo fue a un senador?

Lincoln se puso en pie y esbozó una sonrisa.

Valetta no tenía aspecto de querer saber nada excepto cómo estrangular a Lincoln Cameron, pero forzó una sonrisa.

–Bien, todo el mundo de vuelta al trabajo. Señor Cameron, ¿podría entrar a mi despacho?

–Señor Cameron –lo llamó Julie Berry–. No se olvidará de enseñarme a revisar ese artículo sobre delfines, ¿verdad?

–¡Claro que no, Julie!

–Y a mí me prometió enseñarme a buscar fuentes fiables en la web –canturreó Ellen Hartwell.

–Estoy seguro de que la señora Faraday me permitirá que haga esas pequeñas cosas.

Nadie pareció notar la tormenta que se desataba en los ojos

grises de Valetta. Nadie menos Lincoln, que la siguió a su despacho. Rígida, cerró la puerta.

–¿Delfines? –siseó–. ¿Delfines? Está muy equivocado, señor Cameron. No permitiré ni siquiera esa pequeña cosa. ¡Ni pequeñas ni grandes!

–Disculpa, Valetta, no pretendía entusiasmarme.

–¡Claro que lo pretendías! Estoy tan enfadada que no puedo ni hablar! ¿Por qué estás aquí, Linc? No creo que hayas venido a comer estofado Mulligan.

–Valetta, admito que soy el emisario de tu hermana, pero con una misión bienintencionada. Tienes que admitir que me lo estás poniendo muy difícil.

–¡Eso no es cierto! No te pedí que vinieras. Y no olvides que mi hermana y yo estamos distanciadas. Tu visita es una intromisión.

–Valetta, ¡solo lo hago por tu bien!

–¡Tonterías!

Lincoln casi soltó una carcajada al oírla.

–Lincoln, hace diez años que no te veo. Ya no soy la adolescente que conocías. No soy ninguna niña. No te imaginas cómo han sido estos últimos diez años para mí. Mellie es lo mejor que me ha ocurrido en la vida. Lo demás no tiene importancia.

–Vallie, no estoy tratándote como a una niña.

–Claro que sí, Lincoln. Siempre que utilizas ese ridículo apodo infantil, me transportas una década hacia atrás. Actúas de forma paternalista.

–¡Eso no es verdad!

–¿Qué le llamas a volar más de cuatro mil kilómetros para dar un mensaje a una mujer a quien no has visto en más de una década? ¿A instalarte en mi casa como si fuera tuya, hacerte amigo de mi hija, aparecer en mi centro de trabajo y seducir a mis empleados con tu labia? Y además intentar liarme a mí, ¡algo que no conseguirás, por cierto!

Lincoln pensó un momento. Tal vez ella tenía parte de razón.

–Alexis me suplicó que viniera –protestó.

–Oh, por Dios santo, Lincoln, ya es mayorcita para entregar sus propios mensajes, ¿no crees?

–No creía que fueras a escucharla.

–Lincoln, es mi hermana, la habría escuchado –Valetta le lanzó una mirada de lástima–. Quizá no mucho tiempo –añadió–, pero sí unos minutos.

–Se lo diré.

–No te molestes. Deja que Alexis lo comprenda por sí misma. Dirige el emporio periodístico más grande del mundo, debería saber sumar dos y dos, ¿no te parece?

Durante un instante, Lincoln la vio como una chica de dieciocho años; tal vez por la década que había pasado echándola de menos, por el vacío que había dejado en su vida y que él no había llenado. Después volvió a ser una mujer adulta que tenía una hija.

Había sobrevivido a la tragedia y a cosas que él desconocía; sus claros ojos grises reflejaban la fuerza de una mujer de los pies a la cabeza.

Sin previo aviso, sintió una oleada de deseo. Ella debió de percibirlo, porque dio un paso atrás. Pero él colocó las manos sobre sus hombros y la atrajo. Ella movió la cabeza, pero Lincoln no hizo caso.

La sujetó contra él. Su pensamiento se centró en la suave curva de sus labios, en cuánto deseaba tocarlos, descubrir si eran tan suaves como parecían. Lincoln inclinó la cabeza, pero vio el destello de pánico en los ojos grises. Dejó caer las manos como si se hubiera quemado. Mortificado, se apartó; Valetta ya se había refugiado tras su escritorio.

–Lincoln, vete. Por favor –suplicó ella.

Lincoln no sabía si le pedía que se fuera del despacho o de Longacre. Pero no tenía saliva para preguntarlo. Asintió con la cabeza y salió de allí a toda prisa, sin siquiera despedirse de los empleados.

–Vaya, qué prisa tenía –comentó Ben sorprendido, entrando en el despacho con un montón de carpetas–. Aquí tienes, jefa. Las pruebas que pediste.

–Gracias –contestó ella, ausente. Ben captó la expresión de su rostro.

–Oh, oh, ¿habéis discutido?

–No tiene importancia. Nos conocemos desde hace mucho tiempo –Valetta sonrió incómoda y empezó a ordenar los papeles de su mesa.

–¿Ah, sí? ¿Cuánto? –preguntó Ben con una sonrisa. Que Valetta no contestara picó aún más su curiosidad–. Bueno, pues aunque sea el mejor editor del mundo, sus modales dejan mucho que desear. Dijo que iba a darnos unas pistas antes de marcharse.

–Se le habrá olvidado, Ben –Valetta intentó quitarle importancia al tema–. Discutimos sobre un complicado asunto familiar. Lincoln no es un hombre grosero. Al contrario, es famoso por su diplomacia.

–Tal vez –Ben no sonó convencido–. Como paso por delante de casa de Patty para volver a la mía, iré a preguntarle si puede encontrar otro momento. Todos estábamos deseando escuchar esas pistas.

Tal y como había dicho, Ben pasó por casa de los Carmichael después del trabajo acompañado, como siempre, por Andy. Patty

abrió la puerta.

—¡Castor y Pollux! ¿Qué queréis, chicos? Vamos a cenar donde Jerome. ¿Buscáis al señor Cameron?

Ambos asintieron, sin decir palabra.

—Está arriba, cambiándose para cenar. ¿Queréis que lo llame? —Patty arqueó una ceja.

—Sí, por favor —contestaron al unísono.

—Bueno, entrad, chicos. Limpiaos los pies.

Ben y Andy sacudieron la nieve de sus botas y entraron a la sala a esperar a Lincoln. Llegó unos minutos después y sonrió al verlos sentados como gorriones al borde del sofá. Parecían nerviosos.

—¿Caballeros?

—Señor Cameron —Ben y Andy dieron un bote, sorprendidos. Lincoln se sentó frente a ellos.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

Aunque en Longacre tenían fama de parlanchines, parecían haberse quedado sin lengua de repente.

—Señor Cameron —empezó Andy—, esta mañana dijo que compartiría con nosotros algunas ideas para mejorar la calidad del periódico.

—Sí que lo hice. Lo recuerdo.

—Bien —Andy suspiró con alivio—, porque la señora Faraday está tan ocupada intentando aumentar las ventas que ha dejado la parte creativa en nuestras manos. Revisa todo antes de que vaya a imprenta, claro, pero apenas hace críticas. Precisamente hace unos días, estuvimos comentando que *El Espectador* está un poco aburrido últimamente. Por eso hemos venido. Nos preguntábamos… la verdad… nos gustaría…

—¡Andy, dilo de una vez! —lo interrumpió Ben, impaciente—. Señor Cameron, nos gustaría saber si tendría la generosidad de darnos algunas clases sobre periodismo. A todos nos encantaría. Como lo mencionó esta mañana… le hemos tomado la palabra.

—Cuando dices «todos», ¿incluyes a la señora Faraday? —preguntó Lincoln, mirándolos con curiosidad.

Ben y Andy intercambiaron una mirada. Sabían que había tensión entre Lincoln y Valetta, pero habían decidido hacer caso omiso de eso.

—Umm…, no —admitió Ben—. Pero la empresa es igualitaria y la señora Faraday nunca se opondría a un consenso mayoritario, y lo tenemos. No es habitual que un hombre de su calibre pase por Longacre, y como seguramente piensa irse pronto…

—… y tal vez no regrese nunca…

—Usted se ofreció —concluyó Ben con coraje.

Lincoln se planteó qué hacer. Si Valetta volvía a verlo en la

redacción, le daría un ataque. No le había prohibido entrar, pero era obvio que no le gustaba que fuera. Por otra parte, él se había ofrecido. Fue Ben quien dio con la solución.

–No pretendemos que lo haga en horas de trabajo, claro. Se nos ocurrió que podríamos reunirnos por la tarde, cuando no esté ocupado. Andy y yo vivimos encima de la pista de bolos.

–Eso será bastante ruidoso, ¿no? –dijo Lincoln.

–Entre semana cierran a las nueve. Y el alquiler es bajo – Ben sonrió.

–¿Y si pido permiso a Patty y a Chuck para reunirnos aquí? Sería un grupo pequeño, no creo que molestemos.

Los rostros de Ben y Andy se iluminaron. Lincoln se preguntó si habían esperado que cooperara. En cualquier caso, lo haría; era una buena excusa para quedarse en Longacre.

–Se lo preguntaré en la cena, les daré tiempo para pensarlo y os llamaré. ¿Os parece bien?

–¡Más que bien! –contestaron al unísono. Aliviados, Andy y Ben casi corrieron a la puerta.

–Demasiado tarde, acaban de marcharse –dijo Lincoln, cuando Patty volvió para ofrecerles café–. Acaban de hacerme una oferta interesante. En realidad, no me han ofrecido nada, pero han conseguido comprometerme. Son muy listos, esos dos –Lincoln le explicó lo que le habían pedido.

–Si queréis reuniros aquí –le dijo Patty con ojos chispeantes–, me parece bien, y no creo que Chuck se oponga. Pero ¿qué ocurrirá cuando Valetta se entere? ¡En este pueblo es imposible tener secretos!

–No pensaba ocultarlo –afirmó Lincoln–. Si nos permites reunirnos aquí, ¿qué puede hacer?

–¿Quemarnos a fuego lento? –sugirió Patty.

–Mira, si esto te puede suponer un problema …

–Ja, señor Cameron, no será a mí a quien le suponga un problema.

Capítulo 8

A LA mañana siguiente, fiel a su palabra, Lincoln fue a buscar a Mellie para llevarla de paseo. No había visto a Valetta desde la discusión en su despacho, pero no lo sorprendió verla junto a su hija, dispuesta a acompañarlos. Escrutó su rostro, intentando adivinar sus pensamientos, sin éxito. Por lo visto, no quería estropearle el día a Mellie y eso le pareció una buena señal; una especie de pipa de la paz.

Mellie estaba tan entusiasmada que no podía contener los nervios.

–¿Podría venir Amarillo con nosotros? –suplicó, mirando a su adorado perro, sentado en el porche–. Le gusta andar y perseguir pájaros. Y es obediente.

–Eso decididlo tu madre y tú. Para mí no es problema –dijo Lincoln, divertido por cómo el perro esperaba pacientemente en el porche, agitando el rabo a toda velocidad.

–Fenomenal. Mamá dijo que lo decidieras tú. Vamos, Amarillo –gritó la niña.

–Gracias –dijo Valetta, cuando Amarillo subió al coche–. Ella contaba con ablandarte.

–La verdad es que he pensado que podía defendernos. Avisarnos si hay osos o algo así.

–Si los hay, el aviso llegará demasiado tarde.

–¿En serio? –preguntó él.

–No te preocupes, no iremos tan lejos –dijo ella con una sonrisa–. Además, es raro que un oso pardo ataque algo más que un bocadillo. Tú estás pensando en los osos de las montañas Rocosas…

–Mira, lo que no sé sobre los osos…

–¡Podría llenar un libro! –cacareó Mellie.

–Solo digo que no sé mucho –Lincoln metió las mochilas en el maletero y se sentó al volante–. Bien, señoritas, ¿dónde vamos? Os aviso que hace años que no hago una marcha; espero que no hayáis planeado una de cinco horas en medio de la nieve.

–Mamá ya pensó en eso –Mellie soltó una risita–. Pero también dijo que parecías bastante en forma.

–¿Eso dijo? –Lincoln esbozó una sonrisita.

–Sí, pero como nunca se sabe, dijo que sería mejor ir a un parque estatal con sendas fáciles.

–¿Sendas fáciles? –repitió Lincoln.

–Te aviso que las sendas para principiantes de los Adirondacks son todo un reto –le advirtió Valetta.

Media hora después llegaron al Parque Estatal Windsor Lock y se

pusieron las bufandas y los guantes. Un forestal se acercó justo cuando Lincoln estaba ajustando las correas de la mochila de Valetta a su espalda, mucho más ancha.

–¡Forestal Davey! –gritó Mellie, al verlo.

–Mellie Faraday, has crecido desde la última vez que te vi –el forestal sonrió cuando Mellie se lanzó a sus brazos.

–Eh, señor Hartwell, ¡me viste hace dos días! –le recordó Mellie con una risita.

–Entonces, debe de ser que bebes mucha leche. Valetta –saludó, llevándose la mano al sombrero.

–Hola, Davey. Supongo que recuerdas a Lincoln Cameron, nuestro huésped de California; bueno, ahora huésped de Patty. Le ha alquilado una habitación.

–Sí, Lincoln y yo hemos tomado café juntos. Y Chuck ya me ha dicho que era su huésped.

–¿Por qué será que eso no me sorprende? –Lincoln emitió un gruñido cómico.

–Así es el campo –se disculpó Davey–. Hay pocos secretos en un pueblo pequeño.

Lincoln sonrió al forestal. Davey Hartwell tenía los ojos azules y cejas negras. Era muy guapo, pero el lado derecho de su rostro era un mapa de cicatrices, de la sien a la mandíbula. Lincoln pensó que debía de haber sufrido un accidente muy grave. Le pareció extraño que nadie lo mencionara, ni prestase atención.

–Gracias por avisarme de que haríais una marcha, Valetta. Ellen dice que la cena será sobre las siete.

–¿Hablamos de la misma Ellen Hartwell que conocí en la redacción del periódico? –preguntó Lincoln.

–Mi esposa –afirmó Davey con orgullo.

–Eso dijo ella. Un hombre afortunado.

–Fuimos a la boda –exclamó Mellie–. Todo el pueblo fue, y yo llevé las flores y un vestido blanco largo como el de Ellen, y una guirnalda de flores en el pelo. Estaba muy guapa, ¡lo dijo todo el mundo!

–Casi tan guapa como Ellen –interpuso Valetta, riéndose por la descarada vanidad de su hija.

–Oh, no. ¡Ellen parecía una reina! –afirmó Mellie muy seria–. Llevaba el pelo suelto por la espalda, como Julieta en *Romeo y Julieta*. Y llevaba un ramo de flores rosas y flores en el pelo, y mamá fue su dama de honor, y Patty…

–¡Mellie! Estás aburriendo al señor Cameron –dijo Davey–. La boda fue la primavera pasada, pero la gente aún la recuerda. Sobre todo esta nena.

–Fue portada de *El Espectador* –dijo Valetta–. Algo especial. Pero,

claro, Ellen es muy especial.

–Tenía que serlo, para conseguir llevarme al altar –dijo Davey, sonrojándose un poco.

–Cierto. Lincoln, su novia tuvo que arrastrar a este cavernícola hasta el altar –bromeó Valetta–. Y después de tanto pataleo, ¡solo habla de su esposa!

–Me encantará ver a la señora Hartwell otra vez –dijo Lincoln–. Apenas intercambiamos unas palabras.

–Me alegro, porque Ellen estaba rellenando un pollo cuando salí de casa. Os ha invitado a cenar.

–Perdona, olvidé decírtelo –se excusó Valetta.

–Y yo podré jugar con los cachorritos de Pansy –dijo Mellie–. ¿Dónde está Amarillo?

El perro se acercó al oír su nombre y Davey se despidió de ellos.

–Bueno, que lo paséis bien. Seguid la senda y…

–¡No hagáis fuego! –terminó Mellie por él.

–Me alegra que mis visitas al colegio sirvan para algo, Mellie –dijo Davey–. Disfrutad del paseo –Davey subió a su todoterreno y se alejó.

Se pusieron las raquetas de nieve y caminaron campo a través durante dos horas; alrededor de una hora y media más de lo que Valetta consideraba apropiado para Lincoln. Aunque él estaba en buena forma física, y quería seguir andando, no tenía ni idea de las agujetas que iba a tener al día siguiente.

A Lincoln lo hipnotizó la belleza de las montañas nevadas, pero no estaba acostumbrado a las ramas cargadas de nieve; más de una vez le cayó en la boca, y tuvo que soportar las risas de Val y Mellie. Él se vengó en la ladera de una colina. Arrastró a Valetta con él y cayeron rodando, mientras Mellie se partía de risa al ver a dos adultos revolcándose en la nieve.

–Deja que te ayude –Lincoln le ofreció la mano.

–Puedo sola –dijo Valetta, poniéndose en pie.

–No, no puedes –Lincoln, con una sonrisa maliciosa, la empujó e hizo que cayera.

Mellie, que estaba en lo alto de la colina con Pulgoso Amarillo se reía con ganas viéndolos pelear, aunque no oía ni una palabra.

–La verdad, Linc –dijo Valetta, intentando sentarse–, creo que me has empujado a propósito.

–¿Yo? –protestó Lincoln, volviendo a tirarla–. Nunca haría algo tan malvado.

–Tú… tú –escupió y rio Valetta al mismo tiempo–. ¡Deja que me levante, gamberro!

–¿Gamberro? –Lincoln no podía parar de reír. De repente, se dejó caer a su lado–. Ay, Valetta, eres tan… tan guapa –musitó,

como si acabara de descubrirlo.

–Tú también eres guapo, Lincoln Cameron –le quitó la nieve del pelo–. Aunque parezcas un pirata.

–Gracias –dijo Lincoln, acariciándole su mejilla–. Ese es el mejor… ¡Ay! Oh, Dios, ¿qué ha sido eso?

Lincoln sintió que le metían nieve por el cuello y una niña y un perro saltaban sobre él.

–¡Socorro! –gritó–. ¡Me ataca una… una niña… y su perro pulgoso y mojado!

Las quejas de Lincoln provocaron más carcajadas, que el eco amplificó.

Veinte minutos después, Lincoln iba detrás de ellas, arrastrando las piernas, mientras buscaban un sitio donde comer. Se preguntó cómo lo hacían; estaba a punto de caerse de cansancio; en cambio la niña y el perro correteaban como si nada. ¡Y Valetta! Si volvía a mirarlo de reojo con esa sonrisa irónica…

Valetta estaba pendiente de Mellie y, aunque también estaba cansada, vigilaba a Lincoln. Sabía que era el aire frío lo que agotaba y podía con los mejores montañeros. Los peores accidentes se producían por la debilidad que, tras una larga marcha, golpeaba los pulmones como un ladrillo, si no se tenía cuidado.

Los llevó a una meseta con vistas al valle, donde había una roca caliente por el sol. Lincoln se acercó al borde del precipicio para ver las vistas. El valle nevado se extendía ante sus ojos; una escena digna de una postal. Nunca había visto algo tan bonito.

–Has estado aquí antes –afirmó.

–Muchas veces –corroboró Valetta, sacando un termo de la mochila.

–¿Con Mellie?

–Muchas veces.

–¿Con Jack?

–Sí, también con Jack.

Lincoln no dijo nada, pero sintió la ausencia del hombre, en cierto sentido estaba ocupando su puesto. Lo incomodó pensar algo así; no solía tener ese tipo de ideas. Miró a la niña para distraerse.

–Mellie, tu madre está sirviendo cacao. ¿Quieres el tuyo, o me lo tomo yo?

Pasaron allí media hora, charlando y bromeando.

–Mi familia se trasladó a Arizona cuando yo tenía tu edad –le explicó a Mellie, cuando le preguntó por qué no sabía esquiar–. Fue porque mi padre tenía problemas para respirar, pero no sirvió de nada. Se murió al año siguiente.

Valetta no perdía detalle. Apenas sabía nada del pasado de Lincoln.

–¿Dónde está tu mamá? –preguntó la niña.

–Mi madre también se murió. Cuando yo estaba en la universidad, en un accidente de coche.

–Entonces eres huérfano –dijo Mellie, muy triste.

–Nunca lo había pensado así –dijo Lincoln–, pero supongo que tienes razón, sí soy huérfano.

–Lincoln, ¿dónde pasas las Navidades?

Valetta tragó aire e iba a pedirle a Mellie que dejara de hacer preguntas; Lincoln movió la cabeza.

–No importa, Valetta, deja que pregunte, no me importa. La verdad, Mellie, es que no me gustan mucho las Navidades.

–¿No te gustan? –se asombró Mellie–. ¿No te gusta recibir regalos?

–Mis empleados me regalan bufandas y cosas así –Lincoln sonrió al ver la desazón en el rostro de Mellie–. Cariño, puedo comprarme todo lo que quiera, así que no me importa mucho.

–¿Y el Día de Acción de Gracias?

–No tengo que esperar a ese día. Mi cocinera hace pavo siempre que se lo pido.

–¿Celebras alguna fiesta? –insistió Mellie.

–Supongo que no –Lincoln se encogió de hombros–. Pero voy de vacaciones cuando quiero, aunque no sea fiesta.

–Pero eso no es lo mismo –dijo la niña.

–Supongo que no, pero así son las cosas. No es algo que me moleste, así que no te pongas triste, señorita. La verdad es que ni siquiera me acuerdo de las fiestas, menos cuando falta gente en la redacción.

El camino de vuelta fue mucho más silencioso. Lincoln dejó a las chicas en casa.

–Creo que iré a casa de Patty a echarme la siesta. Si vuelvo a las seis, ¿nos dará tiempo de llegar a casa de los Hartwell? No creo que encontrase su casa solo.

–Tenemos una habitación de invitados… –sugirió Valetta, notando lo cansado que estaba.

Lincoln fue a ponerse la ropa seca que había llevado consigo y poco después estaba dormido. Madre e hija se cambiaron y bajaron a la cocina para hacerle una tarta a Ellen. Mellie decidió que quería hablar, sobre el señor Cameron. Valetta no quería hablar de él, pero Mellie estaba empeñada y por lo visto se había encariñado del desconocido, al que defendía como a un caballero errante.

–Es muy triste que no tenga ni madre ni padre, ¿no crees?

–Supongo –accedió Valetta, dándole a Mellie dos huevos para que los batiera.

–Mamá, ¿hace mucho que conoces al señor Cameron?

–Umm, lleva trabajando para mi hermana, tu tía Alexis, unos veinte años, más o menos.

–¿Qué hace?

–Mellie, cielo, sabes lo que hace –Valetta controló un suspiro–. Es editor jefe del periódico más grande del país.

–Pero yo creía que la tía Alexis era la editora.

Valetta se puso en alerta. La conversación estaba tomando un rumbo que temía hacía años. A su manera, Mellie estaba preguntando por su familia. Valetta no había esperado que ocurriera tan pronto, pero la llegada de Linc parecía haber acelerado el proceso. No quería mentirle a Mellie, solo concederle unos años más de infancia, antes de que el peso de la herencia de los Keane cayera sobre ella. Y Valetta sabía bien que sería un peso. Solo tenía que pensar en lo que le había hecho a su hermana.

–Alexis tiene el título de editora –explicó con cautela–, pero ella no se ocupa del día a día del periódico. Está demasiado atareada con otras cosas; paga a un editor para que haga eso, y su editor es el señor Cameron. Él es quien decide lo que se publica o no. Eso puede ser peligroso; si las noticias están mal, se mete en problemas. Pero la verdad es que no recuerdo que eso le haya pasado a Lincoln más de una vez.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó la avispada niña–. ¿Lees su periódico?

–Leo muchas cosas en el ordenador –Valetta se sonrojó levemente–. Es mi trabajo estar al día.

–Entonces, ¿tienes el mismo trabajo que Lincoln? –preguntó Mellie, impresionada.

–Nunca lo había pensado así –Valetta soltó una risita–, pero sí, supongo que sí.

–Entonces, si viniera a vivir a Longacre, podría trabajar para ti.

A Valetta se le paró el corazón. Su hija no sabía el dardo que acababa de lanzarle. Rechazó la idea de inmediato; en su corazón no había sitio para Lincoln Cameron y ella, desde luego, no tenía cabida en el de él. Había dejado muy claro que solo era el mensajero. Estaba de paso y Valetta no iba a complicarse la vida soñando cosas imposibles. Pero Mellie no era así.

–Creo que el señor Cameron sería el padre perfecto –la niña suspiró, cascando los huevos.

–¡Mellie! –Valetta se rio, sorprendida.

–¡Es verdad! Y creo que necesita una niña que cuidar. Es muy triste que no tenga familia, ni una hermana, ni un hermano. ¡Todo el mundo debería tener a alguien!

–¿Y qué pasa conmigo?

–Tú eres mi mamá. También necesito un papá, que me ayude a

hacer cosas que tú no sabes. Seguro que el señor Cameron sabe muchas matemáticas. Podría ayudarme con eso. A ti no se te dan muy bien las mates; la última vez fallamos tres respuestas. No te lo dije para no ponerte triste, pero es verdad.

Valetta miró a su hija como si le hubiera crecido una segunda cabeza. Agradeció los minutos de silencio que siguieron, mientras acababan de mezclar los ingredientes. Cuando metieron la tarta en el horno, Mellie dejó claro que no daba el tema por acabado.

–¿Por qué no te casas con el señor Cameron? –preguntó Mellie, mientras limpiaba el bol con la lengua–. Así yo tendría un papá. Le gustas, lo sé.

–¿Cómo ibas a saber tú eso, tontuela?

–Porque te mira todo el tiempo. Y a ti también te iría bien un marido, mamá. El señor Cameron es muy fuerte y podría traer todas las bolsas de la compra de una vez, y cortar la hierba en verano, arreglar la chimenea y quitar la nieve en invierno, así no te dolería la espalda. Y alguna vez podría bañar a Amarillo, para que no pareciera tan… pulgoso.

Valetta, con los ojos llenos de lágrimas, abrazó a su hija y la besó en la cabeza.

–Mellie, la gente no se casa por esas cosas. Rico puede hacer todo eso si lo contrato.

–Pero a Rico tienes que pagarle. Si te casaras con el señor Cameron, no tendrías que pagar. Mamá, ¿es que no te gusta el señor Cameron?

–Claro que me gusta.

–¿Te parece demasiado viejo? Sé que tiene canas, como Jerome, pero tampoco muchas.

–¡No, Mellie! –Valetta soltó una carcajada–. No tantas como Jerome.

–Sé que es más joven que Jerome, pero si esperas demasiado se hará viejo, y entonces no querrás casarte con él.

–Cielo, casarse no tiene nada que ver con la edad –a Valetta la sorprendió la preocupación que teñía la voz de su hija–. La gente se enamora por muchas razones y la edad no importa.

«Yo podría casarme contigo», pensó Lincoln, agarrando el marco de la puerta, desde el otro lado. Se le aceleró el corazón al comprender que era verdad. Esa podía ser su familia, su hija hablando con su esposa.

–¡Quiero un padre! –oyó decir a Mellie–. Casi todos tienen en el colegio, y yo también quiero uno.

–¿Has estado hablando de esto en el colegio? –Valetta escrutó el rostro de su hija, pero Lincoln no lo vio, desde el otro lado de la puerta.

–Solo un poco, pero Hannah y yo nos lo contamos todo. Ella tampoco tiene padre.

–Sí, ya lo sé.

–Hicimos un pacto secreto –reveló Mellie–. Las dos creemos que el señor Cameron es perfecto para ti. También lo dice la madre de Hannah, y eso que también necesita un marido. Dijo que, si tú no lo querías, a ella le gustaría, pero que tú estabas antes.

–¿Eso dijo Christie? –Valetta soltó un gemido horrorizado y Lincoln tuvo que morderse el labio inferior para no soltar una carcajada–. ¡Ay, Dios mío! ¿Es que todo el pueblo está hablando de mi vida amorosa?

–¿Qué pasa, mamá? ¿Christie no es tu amiga?

–¡Mellie Faraday, con nueve años deberías saber que no se habla de esas cosas con todo el pueblo!

–¡No ha sido todo el pueblo! –clamó Mellie indignada. Antes de que pudiera seguir defendiéndose, Lincoln entró en la cocina. Casi se rio al ver cómo se callaban de repente y que Valetta, roja, se preguntaba si habría oído algo.

–Buenas tardes, señoritas. Gracias por dejarme dormir. Eh, Mellie, ¿te apetece otra marcha?

–¡Ahora está oscuro! –Mellie se rio.

–Pues es verdad –Lincoln miró por la ventana y simuló sorpresa–. Esa tarta huele de miedo. Me comería una vaca, tengo hambre. ¿Estáis listas para ir a casa de los Hartwell, o interrumpo algo? Me pareció oír voces –le apetecía poner a Valetta nerviosa, se ponía aún más guapa.

–Solo estábamos hablando –empezó Mellie.

Aterrorizada por lo que podría decir su hija, Valetta dejó caer el bol donde habían mezclado la tarta.

–Ay, qué patosa. Mellie, ayúdame a limpiar esto.

–Yo lo haré –Lincoln se agachó y la ayudó a limpiar la masa que había salpicado el suelo.

–Gracias –murmuró Valetta, abrumada por su súbita cercanía.

–Es un placer –Linc sonrió–. Espera, Vallie, tienes masa en la mejilla.

–No es posible –balbuceó ella.

–Espera –insistió Linc, ignorando su protesta.

Le alzó la barbilla y le quitó la masa. El contacto de sus dedos en la piel hizo que a ella se le desbocara el corazón. El embriagador olor almizclado de su cuerpo…, su dulce aliento acariciándole la cara… Fue más potente que un beso. Él la miró a los ojos; ella supo que era consciente de lo que estaba sintiendo.

–Para, Lincoln –gimió, impotente en sus brazos.

Lincoln la miró con audacia, dejó caer las manos y se puso en

pie.

–Arriba, Vallie –sonriente, le ofreció la mano para ayudarla a levantarse–. No pongas esa cara de susto. Al fin y al cabo, solo era masa de tarta.

Capítulo 9

VALETTA se pasó todo el camino hacia casa de los Hartwell preguntándose qué había oído Lincoln. Su comportamiento en la cocina había sido desconcertante, y parecía estar de muy buen humor. El hombre que ella había conocido no solía demostrar sus emociones, pero estaba riéndose de los chistes de Mellie como si fueran los mejores del mundo. Eso le parecía muy sospechoso. Sabía que Lincoln Cameron era muy capaz de camelar a cualquiera.

Davey Hartwell les dio la bienvenida. Y también lo hizo su enorme y lanuda perra pastora, Pansy, madre de tres cachorros de dos semanas.

Entraron a la sala de estar. Olía a comida casera y en la chimenea ardían dos enormes troncos, bañando la habitación con un halo dorado.

–Esto está muy bien –admiró Lincoln, quitándose el chaquetón y mirando la cabaña de madera.

–La construyó Davey –dijo Ellen con orgullo, ofreciéndole la mano–. ¿Cómo está, señor Cameron?

Lincoln apretó su mano con firmeza. Ella alzó la cabeza como si lo mirara, con tanta certeza que le resultó difícil creer que fuera ciega. Si no la hubiera visto en *El Espectador*, no lo habría adivinado.

–Encantado de verla de nuevo, señora Hartwell –dijo, llevándose su mano a los labios, galante.

La suave risa de Ellen acarició el corazón de Lincoln. Era imposible creer que hubiera tenido que arrastrar a Davey hasta el altar para que se casara con ella. Debía de haber estado exagerando. Era deliciosa.

–¡Qué galantería! Cuidado, Davey –ella se rio–. El señor Cameron es un rompecorazones. ¿Puedo llamarte Lincoln? Me gustaría que me llamaras Ellen.

–Claro, y gracias, Ellen. Será un placer para mí.

–Gracias a ti, Lincoln –Ellen sonrió, radiante–. Pero no intentes halagarme demasiado. Valetta me advirtió que eras un conquistador.

–¿Eso dije? –Valetta soltó una risa y aceptó el vaso de jerez que Davey le ofrecía–. Es posible, pero el verdadero talento de Lincoln es otro. Si le das de comer, tal vez te cuente la historia de su vida.

–Lincoln siempre tiene hambre –intervino Mellie. Agachada junto a la cesta en la que estaban los perritos, casi se habían olvidado de ella.

–¡Mellie Faraday!

–Pero, mami, ¡si lo ha dicho él en el coche!

–No te preocupes, Cameron, Ellen ha cocinado bastante para un ejército –dijo Davey, dándole una copa de whisky escocés.

–¡Y mamá y yo hemos hecho tarta de chocolate!

–Entonces, tendré que dejar un hueco –dijo Davey, dando una copa de vino a su esposa–. Ellen, creo que Mellie quería decir que Lincoln es un hombre grande y necesita mucho para llenarse.

–Y parece un pirata –añadió Mellie, con un perrito en brazos–. ¡Siempre! Es por la barba. Siempre parece que necesita afeitarse, hasta por la mañana. Creo que ha sido *re-in-encar-nado.*

–Quieres decir reencarnado. No sé qué te pasa hoy, Mellie, ¡dices cada cosa! –exclamó su madre, moviendo la cabeza.

–Déjala, Valetta. Tiene razón –Lincoln se frotó la barbilla–. Todo el mundo me dice lo mismo. A las cinco de la tarde parece que hace días que no me afeito. Solo espero que el pirata en el que piensa Mellie, sea un guapo bucanero de película. ¿Parezco una estrella de cine, Mellie? –bromeó.

–¡Pareces un pirata! –insistió ella.

Las mujeres charlaron unos minutos, mientras Lincoln y Davey se sentaron en silencio.

Tener invitados era algo nuevo para Davey. Había quedado desfigurado en la infancia, en un accidente de coche, y las cicatrices de su cara lo habían convertido en un vagabundo solitario. Se hizo forestal para ocultar su rostro a la gente. Pero Ellen Chandler había aparecido en su vida por un extraño giro del destino. Era la pupila de su padre y, cuando él murió, tuvo que asumir la responsabilidad de su bienestar, a su pesar. Le dolía recordar lo bruto que había sido con ella. Pero la paciencia de Ellen no tenía límites. Aunque era ciega y tenía sus propios problemas, había luchado por su amor, enseñándole a amar la vida más que a sus cicatrices. Cada noche que la tenía en sus brazos, daba gracias al cielo por habérsela enviado.

Lincoln, por su parte, no tenía amigos. Conocidos, sí, pero no amigos. Davey lo intuyó. Reconoció los síntomas en cuanto lo vio, aunque Lincoln, con su sofisticación de la Costa Oeste, lo ocultaba mejor que él. La rigidez de Lincoln, su forma de juguetear con el vaso, indicaban que se sentía como un pato fuera del agua. Estaba más acostumbrado a la sociabilidad impersonal del sur de California que a la intimidad de una cabaña de madera en medio del bosque. También lo notaba en las frecuentes miradas que lanzaba a Valetta.

Davey tenía razón, pero también se equivocaba.

Lincoln estaba incómodo, pero al mismo tiempo estaba disfrutando de cada segundo. Beber su whisky, ver a Mellie jugar con los cachorros, oír los suaves murmullos de las mujeres le hacía

darse cuenta de que estaba en una encrucijada en su vida. Al ver la acogedora sala con sus cortinas rojas, las llamas en la chimenea, la hospitalidad que lo rodeaba…

En comparación, su vida estaba vacía. Vio la devoción que Davey sentía por su esposa… la forma en que Ellen buscaba su mano. Lo que más lo emocionó de la velada fue contemplar ese amor tan obvio e intenso. Empezó a hacerse una idea de lo que significaba la manida frase «amor verdadero».

Aunque a Davey le gustaba contar anécdotas graciosas sobre los errores culinarios de Ellen, era obvio que Ellen Chandler Hartwell sabía cocinar, a pesar de su ceguera. El pollo asado, relleno de limón, estaba excelente; la calabaza y las patatas estaban en su punto justo. La compañía era tan buena como la comida y Lincoln no recordaba haberlo pasado tan bien en mucho tiempo. Pero mucho de su placer se debía a la atracción que sentía por Valetta. A sus ojos grises, a la gracia elegante de su figura, a su ropa mal conjuntada, a sus inquietantes miradas de reojo.

Agotada por la excursión de la mañana, Mellie se durmió en la alfombra, con Pansy y sus cachorros. Bajaron la voz para no despertarla mientras tomaban el café. Ellen contó anécdotas de Longacre e hizo reír a Lincoln con la historia de cómo cortejó a Davey. Charlaron hasta bien entrada la noche, pero cuando Ellen bostezó decidieron ponerse en marcha.

Mellie durmió todo el camino, tumbada en el asiento trasero. Lincoln la subió a su dormitorio en brazos. Era una habitación bonita y femenina, llena de cojines y muñecas, juegos de mesa, recuerdos y un ordenador rodeado de libros. Lincoln la dejó sobre la cama y salió para que Valetta le pusiera el pijama. Diez minutos después, cuando Valetta fue a echar los cerrojos, se sorprendió al ver a Lincoln sentado en el sofá. Parecía preocupado y se agachó ante él.

–Lincoln, ¿qué va mal?

–Nada. Todo.

No serviría de nada disimular. La velada había provocado en él sensaciones desconocidas que se sentía incapaz de analizar o entender. Y la boca de ella era una tentación irresistible.

–Valetta, ¿qué está ocurriendo?

Sonriente, Valetta pasó el pulgar por su oscuro y rugoso mentón y tomó su rostro entre las manos.

–Pobre Lincoln. Mellie tiene razón –bromeó–. Tienes sangre de pirata.

–¡Menudo pirata! Sentado en un sofá, en la cima de una montaña nevada, sin un barco a la vista.

–No. No hay barco. No hay vía de escape. Solo estamos tú, yo y

Amarillo.

–Valetta, ¿por qué te marchaste de casa en realidad? No pudo ser solo por Alexis. Fue muy drástico que te fueras así, en mitad de la noche.

Aquello había pasado hacía tanto tiempo que a ella casi le parecía que le había ocurrido a otra persona. En cierto modo así era. Entonces tenía dieciocho años, casi una niña. Pero ya tenía treinta, era una mujer adulta, viuda y madre. Apenas pensaba en su pasado excepto cuando algo concreto se lo recordaba.

Intuyó que por fin iba a saber por qué Lincoln estaba allí. Y también que no quería saberlo; que la enfrentaría a un imperativo moral que tal vez no podría rechazar.

–Tienes razón, no fue solo por Alexis –dijo, levantándose–, aunque ella fue la razón principal. Era mi hermana e intentaba ser mi madre al mismo tiempo. No podía ser las dos cosas y ninguna de ellas se le daba bien. Supongo que por eso se embrolló todo.

–¿Qué es lo que fue mal?

–Ah, eso es fácil. Ella no quería ser hermana ni madre. La conoces. ¡Solo quería ser periodista! Tuvo la mala suerte de que nuestros padres murieran de repente y encontrarse a cargo de una niña. Yo tenía once años, pocos más de los que tiene Mellie. Lloré muchísimo cuando murieron mis padres. Alexis fue muy buena, los primeros años. Intentó consolarme y cumplir con su obligación. Pero eso fue parte del problema, los niños no deberían ser una obligación –reflexionó Valetta–. Y lo perciben cuando lo son. No fui una niña difícil, pero crecí. Ahora me río, pero ella odiaba tener a su cargo a una adolescente con espinillas, hormonas desatadas y mal genio. Para Alexis era una pesadilla. No tenía ni idea de qué hacer. Intentó enviarme a un internado a los dieciséis años, y me negué en redondo. ¡Y contrató a una niñera!

–Lo recuerdo vagamente –dijo Lincoln–. Se llamaba Samantha, ¿no?

–¿Te acuerdas de Sammie? Pobre mujer, ¡la odiaba! Alexis solía dejarle notas rosas en la cocina, diciéndole qué debía desayunar y qué ponerme para ir al instituto. Las notas amarillas marcaban mi horario: clases de baile, de cerámica, de violín. La visitas al médico en notas azules. Al dentista en verdes. No tenía amigos… Alexis llenaba cada una de las horas de mi día; la mitad del tiempo tenía demasiado que hacer y el resto estaba agotada. Entretanto, ella se escondía en esa torre de marfil que llamáis *L.A. Connection*. No la culpo. No quería tener hijos, así que no tenía por qué quererme a mí.

–Vamos, Valetta, eras su hermana.

Ella se encogió de hombros.

–No todo era malo –le guiñó un ojo–. A veces te invitaba a cenar. Yo me pasaba el día ensimismada, y a las siete estaba en la puerta esperando a que llegaras. ¡Mi hermano mayor! Así te veía.

–Y yo intentaba serlo.

–Yo fingía que lo eras. Aunque nunca te lo dije, te adoraba, Lincoln. Cuando venías de visita era maravilloso. ¡Tú! El famoso reportero del periódico más famoso del mundo cenaba en nuestra mesa, en familia; nos hacía reír y nos entretenía con sus historias. Era como estar en el cielo.

–No recuerdo que Alexis se riera.

–Me hacías reír a mí. En todos esos años, fuiste nuestro único invitado. ¿No te parece raro?

–Las dotes sociales de Alexis no son muy buenas. Es una ejecutiva fantástica, pero no amistosa. Incluso mantiene a distancia a empleados que llevan años con ella. ¿Sabes por qué acabaron aquellas cenas, Vallie? Fue de repente, poco antes de que te marcharas.

–Claro. Te acercaste demasiado, así que dejó de invitarte.

–¡No fue así!

–¡Claro que sí! Piénsalo, Linc, piénsalo.

Lincoln paseó por la sala, recordando.

–No te vuelvas loco buscando una razón, tú no hiciste nada. Alexis encontró mi diario. Recuerda, yo estaba desarrollándome… Los chicos canalizan esa energía en deportes y juegos, muchas chicas escriben diarios. Hasta Mellie tiene uno. Es una especie de iniciación, igual que el primer pintalabios. Alexis no sabía eso. Y yo pagué muy cara su ignorancia.

Lincoln se sentía fatal, pero quería saberlo todo; para Valetta era un alivio desahogarse por fin.

–Que Dios me perdone –se rio–, pero empezaban a interesarme los chicos. Ya sabes, esas criaturas a las que las niñas les gusta manejar. A esa edad, se convierten en seres muy interesantes. Y cuando tú, el único miembro de la especie masculina con quien tenía una relación personal, empezaste a parecerme distinto… Menos hermano, si me entiendes –bromeó–. Me sentí confusa y no tenía a nadie que me explicara esas cosas de la vida… –Valetta sonrió con ironía–. Todas las noches, confiaba mi corazón a las páginas de mi diario. Y solo escribía sobre ti. Tus sonrisas, tus chistes, todo, real o imaginario, quedaba inmortalizado en esas páginas. Las divagaciones de una adolescente sufriendo por su primer amor.

–Oh, Vallie, ¡cuánto lo siento!

–¿Por qué? –Valetta hizo una mueca cómica–. Era un capricho adolescente de lo más normal. ¿Por qué no iba a enamorarme de ti?

Eras como una estrella de cine, alto, moreno y guapo –soltó un suspiro dramático–. Alguien a quien nunca podría tener. No te ofendas, Lincoln, pero, como cualquier adolescente, no quería tenerte, quería mirarte y soñar contigo y tener fantasías. Habría tenido un ataque de nervios si te hubieras insinuado. Pero sabía que nunca ocurriría; nunca me miraste de esa manera.

–¡Amén! –dijo Lincoln con severidad simulada–. No había visto tantas espinillas en mi vida.

–¿Lo ves? –Valetta sonrió–. Encajabas perfectamente en los parámetros de una fantasía adolescente. Era inocente… y Alexis se puso como loca. No tenía ni idea de cómo manejar la situación y te desterró.

–¿Fue por eso?

–Alexis creyó que estaba enamorándome de verdad. Por eso fue nuestra última pelea. ¡Por ti!

–¡No!

–Sí, ¡por ti! La única familia que tuve desde la muerte de nuestros padres, la cara sonriente que veía al otro lado de la mesa en las cenas de los viernes. Alexis encontró mi diario y, lo que es peor, lo leyó. Después todo se acabó. Dijo cosas terribles, me humilló, me hizo la vida imposible. Cualquiera habría pensado que le había robado el novio, al oírla. Y una noche concreta, fue demasiado lejos.

–¡Debo de haber sido más bruto que Alexis, para no darme cuenta! –Lincoln movió la cabeza, incrédulo.

–Ella no te dijo nada. Si se enfrentaba a ti, perdería a su mejor editor y no iba a correr ese riesgo. Además, sabía que no era culpa tuya. La verdad es que lo que más me molestó fue la invasión de mi intimidad. Después de encontrar mi diario, hizo que los sirvientes revisaran mi habitación de arriba abajo. No sé qué buscaba, pero fue la gota que hizo rebosar el vaso. Unos días después, ella estaba en la cama con catarro… era la noche libre de los sirvientes y aproveché la oportunidad. Salí por la ventana de mi dormitorio. Sabía que tenía una tía que vivía en Nueva York, así que compré un billete de tren.

–Lo siento mucho –Lincoln la miró compungido–. Si lo hubiera sabido, la habría detenido, te lo juro.

–No, Linc, no lo habrías hecho –Valetta lo miró con franqueza–. No habrías podido. No tenías derecho a interferir ni poder para cambiar nada. Solo eras un amigo de la familia –Valetta sonrió con tristeza–. Aunque Alexis y yo teníamos poco de familia, ¿verdad? Encontré a mi familia cuando mi tía Phyla me acogió. Por fin tuve una madre, aunque no duró mucho. Debería haberla buscado años antes, pero las cosas pasan como pasan.

–¿Y Jack Faraday?

–Era un buen hombre –Valetta sonrió–. Te habría gustado. Todo el mundo lo quería.

–Te creo, pero ojalá hubiera sabido algo de ti. ¿Por qué no escribiste? Ni una palabra en diez años.

–¿En medio de un ataque de amor adolescente? ¡Imposible! Ni siquiera le mencioné tu nombre a mi tía. Y esa maravillosa mujer me abrazó sin descanso, me dijo lo mucho que valía y yo la creí. Los dos años que pasamos juntas me salvaron la vida.

Lincoln dio un paso hacia ella, pero Valetta lo detuvo haciendo un gesto con la mano.

–Por favor, me gustaría acabar.

Lincoln se revolvió el cabello, atribulado, y Valetta casi sintió lástima de él.

–Phyla y yo éramos inseparables. Yo florecí gracias a ella. El día que le diagnosticaron un cáncer fue el peor de nuestras vidas, y ella se lo tomó mejor que yo. Me tocaba a mí salvarla y no pude. Fue fulminante y gracias a Dios, el final llegó pronto. No la dejé ni un momento… no quería. Jack Faraday era su médico, y me enamoré. Cuando la tía Phyla deseó vernos casados antes de morir, no nos costó complacerla, nos queríamos con locura.

–Vallie…

–La vida es así. Dejas algo atrás, aparece otra cosa y luego se va. ¡Como deberías hacer tú! –exclamó al ver el reloj–. ¡Son casi las tres! Vete, Lincoln. Vuelve a California. Eso será lo mejor.

–No puedo. Aún no te he dicho por qué he venido.

–No importa. No quiero oírlo –dijo ella con firmeza, dándole su abrigo.

–Puede que no quieras –aceptó él, saliendo–, pero no he cruzado el país para contarte historias, u oírlas. Los dos estamos cansados, hemos hablado mucho hoy… –Lincoln agachó la cabeza y la besó en la frente. Lo sorprendió que alzara el rostro.

Ella cerró las manos sobre sus brazos y tragó aire.

–¿Valetta?

Lincoln la tomó en sus brazos y la amoldó a su cuerpo. Sus alientos se mezclaron.

–¿Puedo besarte, Valetta? ¿Puedo besarte?

Aunque hacía años que ningún hombre la tocaba, Valetta solo titubeó un instante. Entreabrió los labios. La boca de Lincoln le pareció dura, casi brutal, pero sus sentidos se despertaron y deseó más.

Lincoln acarició la punta de su lengua e inició un lento baile para asegurarse de que era bienvenido. ¡Y lo era! Pensó que se moriría de deseo y se estremeció cuando la lengua de ella lo buscó

con timidez. Débil y confuso, estuvo a punto de reírse. Debería ser la mujer la que se sintiera así, pero le daba igual.

Embriagada, Valetta saboreó el leve regusto a café y el dulce sabor de la pasión de Linc. Había olvidado el simple placer del beso de un hombre. Pero la mayor sorpresa fue que Lincoln la deseara. Había actuado por impulso y se alegraba de haberlo hecho.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que volvieran a verse y descubrieran si lo que estaba ocurriendo significaba algo. Si el inesperado destello de pasión que reflejaban sus ojos era real.

En otra vida, las cosas podrían haber sido así.

Pero no en esa.

Capítulo 10

EN LONGACRE, casi todo el mundo se levantaba tarde los domingos. Lincoln bajó a desayunar después del mediodía y vio una nota de Patty en la cocina.

Tuve que salir temprano. Por favor, sírvete. Chuck te echará una mano.

Patty

–Estoy seguro de que lo de «Chuck te echará una mano» no iba en serio –dijo Chuck desde detrás del periódico–. Mis dotes culinarias son inexistentes. Pero el café está hecho, el pan en la panera y hay huevos en la nevera, si tienes energía para guisar.

–Dios, necesito una ducha, pero el café olía tan bien que no pude resistirme. ¿Te pongo otra taza?

–No, gracias, estoy bien, mucho mejor que tú, por lo que veo –comentó Chuck.

–Puede que me acostara tarde, pero ayer empecé el día con una marcha infernal –Lincoln se rascó la barbilla.

–¿Lo dices por la compañía?

–Claro que no. ¡Por mis pobres pies! Esa Mellie Faraday es increíble. Creía que, si uno tenía las piernas cortas, se movía más despacio; santo cielo, debimos de andar cien kilómetros y no se quejó ni una vez.

Lincoln tomó un sorbo de café.

–Y encima conducir en la oscuridad por una carretera de montaña cubierta de hielo para cenar con los Hartwell. Buena comida, desde luego, pero tú también estarías agotado.

–¿Alguna vez has pescado en invierno? –preguntó Chuck, sin conmoverse–. Davey y yo vamos a ir. Si te interesa, te esperaremos.

–¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

–Estaba seguro de que querrías venir, por eso te esperamos –Chuck sonrió–. No te preocupes, te prestaré una caña.

–Vale –Lincoln se rindió con una risa–. Dame veinte minutos, necesito esa ducha.

Una hora después, los tres hombres llegaron a una laguna tan bien escondida que solo un forestal o alguien de la localidad la habría encontrado. Llevaban las cañas, cebo, un par de termos de café, «la bebida» y algo para picar.

Lincoln seguía a Davey y a Chuck con dificultad, como el chico de ciudad que era.

–Tengo la esperanza de pescar algún lucio –oyó decir a Chuck–.

Pero le he prometido a Patty que llevaría percas blancas para cenar.

–¿Ese pescado… se come? –gritó Lincoln, golpeando una mano con la otra para entrar en calor–. Es decir, quizá esto no tenga mucho sentido, ¿no os parece? No es langosta –gruñó.

Davey Hartwell se volvió hacia él con una mueca.

–Un poco de sal y pimienta, mucha mantequilla y te sabrá a gloria –prometió Davey.

Lincoln rezongó para sí, agotado, pero unos minutos después, cuando vio el precioso lago helado, se quedó sin habla. Medía más de medio kilómetro de ancho y estaba rodeado de pinos y árboles de hoja caduca. Chuck le dijo que en primavera, cuando rebrotaban los árboles, el lago se volvía verde esmeralda. Lentamente, caminaron hacia el centro del lago.

Tiritando, Lincoln los siguió a regañadientes. Nunca había pescado en hielo y no le hacía gracia la idea de estar en el centro de un lago profundo y menos la de hacer un agujero. Cuanto más bromeaban Chuck y Davey, más nervioso se ponía.

–No te preocupes, Cameron. Vine el jueves pasado a medir el grosor de la capa de hielo. Medía cuarenta centímetros y como ha nevado ahora será aún más. Llevamos varias noches bajo cero, así que no habrá fisuras –le prometió Davey.

–En serio, Lincoln, traemos a las chicas aquí, así que tenemos mucho cuidado. Pero –Chuck sonrió–, si eso te tranquiliza, ¿tienes algún mensaje por si te ocurre algo? Anoche regresaste tan tarde que…

–Uno y uno no siempre suman dos –advirtió Lincoln.

–¡Pero suelen hacerlo, amigo!

–Déjale en paz, Chuck –lo regañó Davey–. Que yo sepa, nunca has sido un genio de las matemáticas.

–Eso es verdad –admitió Chuck–. Adelante, Lincoln. Acabemos este agujero y te daremos una caña. Es un poco tarde, pero puede que aún consigamos algo para la cena. En verano vengo a nadar y a pescar casi todos los fines de semana, y hay muchos peces.

–Sobre todo sesteas –Davey se rio.

Lincoln los escuchó, divertido por sus bromas. Estaba claro que sabían lo que hacían. Cuando le dieron la caña, empezaron a dejar caer nombres técnicos y él se preguntó de qué demonios estaban hablando.

–Despacio… despacio –le advirtieron mientras estaba allí medio helado al borde de un agujero en el hielo, a un millón de kilómetros de la civilización. Pero luego le pasaron una petaca con «la bebida», fuera lo que fuera, y Lincoln empezó a calentarse. No era café, pero quitaba el frío. ¡Al diablo los peces!

–Habrá que conseguirle unas botas decentes a Cameron para la

próxima vez –Chuck se rió.

Pasaron allí tres horas, hasta que se acabó «la bebida», el café y la comida. ¡No habían pescado ni un pez! Davey, que apenas había bebido, condujo de vuelta. Lincoln no tardó en quedarse dormido, por el efecto de «la bebida».

Cuando Lincoln llegó a la oficina de Valetta el lunes, había conseguido aplacar la resaca a base de aspirinas. No le hizo ninguna gracia cuando Ellen le dijo que Valetta había ido a pasar unos días a Utica, por negocios ¡sin decirle nada a él!

Ellen, incómoda, le dijo que quizá a Valetta se le había olvidado mencionarlo, porque lo había organizado hacía mucho tiempo. Le preguntó si podía ayudarlo en algo.

Lincoln rechazó la oferta. Para no preocuparla, ocultó su desilusión y le dijo que solo había ido a recordarles a Ben y a Andy que todo estaba listo para la clase de periodismo de esa noche.

Ella le dijo que irían todos, sobre las siete. Pero como Mellie estaba pasando la semana con Davey y con ella, tendrían que llevarla, si no era molestia. Era muy bien educada y ni siquiera notarían su presencia. Le había prometido a Ellen que se quedaría sentada en un rincón haciendo los deberes.

–No será problema –aceptó Lincoln, aunque habría preferido negarse. Mellie le hablaría a su madre de las clases en cuanto regresara, el viernes. ¡O quizá se lo contara por teléfono esa misma noche!

Lincoln solo tenía una vaga idea de cómo dar una clase, así que fue a la tienda de Patty y compró papel, bolígrafos y rotuladores. Incluso una pizarra y tiza.

Estaba tan nervioso que a Patty le costó controlar la risa mientras lo ayudaba a montar una clase provisional en el salón. Chuck parecía tan entusiasmado como Lincoln; por lo visto, el huésped le infundía un soplo de vida nueva. Aunque a Chuck le encantaba la granja, a veces se preguntaba si no lo aburría un poco. Era un ávido lector y le interesaban muchos temas; Lincoln suponía un reto para su intelecto.

Cuando Lincoln abrió la puerta de la sala esa tarde, todo el personal de *El Espectador* entró en tropel. Andy y Ben se sentaron lo más cerca posible de la pizarra, y Julie Berry a su lado. Flossie McGowan, casi recuperada de su gripe, llegó con un paquete de pañuelos de papel. Kirin Red mordisqueaba un bocadillo de jamón y hablaba con Patty, mientras Jay Logan buscaba dónde colgar su abrigo.

Fiel a su palabra, Ellen Hartwell llevó consigo a Mellie Faraday,

que se sentó en medio del círculo, y extendió sus deberes por la alfombra. Davey, como tenía que ir a recoger a su esposa después, había decidido asistir a la clase, «si no era problema».

Mellie había mencionado la clase a su mejor amiga, Hannah, que se lo había dicho a su madre, Christie. Así que Christie también apareció, porque estaba escribiendo un libro en secreto…

Alguien le había mencionado lo de la clase a Jerome Crater esa tarde, así que no se sorprendieron cuando llamó a la puerta, poco después de las siete.

–He echado a todos pronto –gruñó–. Me enteré de que el joven Cameron iba a dar una conferencia… me pareció interesante. Más barato que ir al cine –se justificó, acomodándose en la mecedora.

Rico Suárez y su mujer fueron los últimos en aparecer. Nancy quería tomar helado de pistacho; estaba embarazada de siete meses y tenía antojos. Al no ver luz en el restaurante de Jerome, habían leído la nota de la puerta y corrido a casa de los Carmichael. Se quedarían «si a Lincoln no le importaba».

Lincoln les dijo que era una clase de periodismo, pero le contestaron que podía ser interesante.

Lincoln empezó hablando del *L.A. Connection* y su historia, desde que se inauguró en 1927. Pasó a describir la evolución del sencillo periódico original hasta que llegó a ser uno de alcance mundial. La similitud con *El Espectador* era innegable.

Después analizó la separación entre las diferentes secciones del periódico, que optimizaba su productividad. Explicó cómo se reunía la información y cómo se delegaban las responsabilidades. Nadie le preguntó sobre Alexis Keane y él no se ofreció a hablar sobre la dueña del periódico.

La clase fue todo un éxito y duró una hora más de lo previsto. Alrededor de las diez, Lincoln tuvo que pedirles a todos que se marcharan. Chuck dijo que, si querían, y el señor Cameron no tenía nada mejor que hacer, estaban invitados a regresar al día siguiente. Lincoln aceptó.

Se pasó la mañana del martes preparando la discusión de la tarde. Cuando llegaron sus alumnos, puntuales, estaba preparado. Nancy, la esposa de Rico, llevó una tarta casera, y Patty insistió en hacer café para todos. El entusiasmo del grupo recompensó a Lincoln con creces. Casi sin darse cuenta, estableció un horario para el resto del mes.

Ya en su habitación, se horrorizó por haber hecho esa tontería. Se había comprometido cuatro semanas, pero tenía que regresar a Los Ángeles ese fin de semana. Alexis nunca lo entendería, ¡nunca! No sabía qué pensaría Valetta.

Y aún tenía que hablar con Valetta. Alexis estaba enferma y no

podía esperar mientras él jugaba a ser profesor. Cada día era precioso.

El pueblo entero lo había seducido. Deberían poner un cartel a la entrada:

«Bienvenido a Longacre… ¡te atrapamos!».

Capítulo 11

–VUELVE a casa en el próximo avión, Lincoln Cameron, ¡en el próximo! –le ordenó Alexis a la mañana siguiente–. Pediré a mi secretaria que haga la reserva. Un vuelo directo de Albany a Los Ángeles.

Lincoln tomó aire.

–Escucha, Alexis, no puedo irme así. Valetta ni siquiera está aquí. Está en una reunión de negocios, en Utica. Ya sabes cómo son esas cosas.

–¿Cuándo regresa?

–No lo sé –mintió él–. Depende… de varias cosas. El lunes, como pronto. Y estoy ocupado… ayudando a cuidar de Mellie… –se dijo que en cierto sentido era verdad–. Así que, ya ves, no puedo volver –Lincoln casi oyó la mente de Alexis dando vueltas, intentando analizar si mentía y hasta qué punto.

–¿Le hablaste sobre regresar a casa?

–En cierto sentido –Lincoln inspiró–. Bueno, si te soy sincero, no exactamente.

El silencio de Alexis fue más crítico que cualquier palabra.

–Alexis, te advertí que no sería sencillo. Valetta tiene su vida aquí, santo cielo. Una vida, una hija, amigos de verdad, no conocidos como tenemos nosotros… –le costó decir eso último, pero se obligó a hacerlo–. No será fácil que deje esto. De hecho, la gente del pueblo la quiere tanto que no la dejarán marchar sin presentar batalla. Protegen a los suyos y ella lo es. Y también Mellie, puede que incluso más; Mellie es parte de su futuro. Esto no es Los Ángeles, la marcha de una persona tiene mucho impacto.

–¿Y qué me dices de mí? Yo también tengo obligaciones. Por ejemplo, el futuro de mi periódico –su voz sonó fría–. ¿Te acuerdas de eso? ¿Qué me dices de todas las personas que dependen de los Keane para ganarse la vida? Y eso por no hablar de ti.

–Lo sé –Lincoln suspiró–. Créeme, he pensado mucho en eso. Supongo que sabes que estoy en continuo contacto con mis editores. Nos escribimos dos veces al día y mi secretaria me llama casi cada hora para darme informes. El periódico está controlado. No hay crisis que yo no pueda solucionar, incluso desde aquí. Pero ya lo sabes. No tienes de qué preocuparte, en ese sentido.

–¿Hay algo que deba preocuparme, Cameron?

–Mira, Alexis, dame unos días más –pidió Lincoln, sin saber qué contestar–. Aún no he hablado con Valetta. Puede que nos sorprenda y decida volver a California.

–¿Sorprendernos? Debes insistir en que regrese. Díselo en cuanto

vuelva. ¡Ya debería estar en casa!

Lincoln pensó que Valetta estaba en casa. Eso resumía el problema.

–…ya se ha divertido bastante…

«¿Divertirse?».

–…pero tiene responsabilidades que no puede seguir ignorando. La verdad, Cameron, por muchos medicamentos que me receten, mi salud empeora.

–Hablaré con ella, Alexis. Te lo prometo.

–Lincoln, suenas raro… diferente. ¿Estás bien?

–Es la conexión, Alexis. Tú también suenas distinta –Lincoln colgó; le sonaba lejana y desconocida.

Se preguntó si era porque se había convertido en un desconocido para sí mismo. Dejando de lado la deprimente conversación, hacía tiempo que no se sentía tan lleno de energía. Sentía curiosidad por cosas que no tenían nada que ver con periódicos, noticias y fechas de entrega. La noche anterior se había ofrecido voluntario a llevar a Jerome al médico. Y esa tarde iba a ayudar a Mellie con las matemáticas porque tenía un examen el viernes. Y el sábado, a las cuatro de la mañana, iba a ir de caza con Chuck y Davey. Chuck le había confesado que seguramente no cazarían nada, pero era una oportunidad para hacer una escapada. Adoraban a sus mujeres, por supuesto, pero era divertido ir de marcha, beber café y contar historias entre hombres.

Lincoln estaba deseando probar la experiencia. Movió la cabeza; estaba desconocido.

El viernes por la tarde, Valetta sonrió al abrir la puerta y encontrarse a Lincoln con dos enormes bolsas marrones en los brazos.

–¿Eso es comida china? –olisqueó con deleite.

–¿Cómo lo sabes? – él sonrió–. Acabo de volver de Albany. Mellie y tú no habéis cenado aún, ¿no?

–No, no hemos cenado. Dame las bolsas y quítate las botas. Huele de maravilla.

–Esta mañana llevé a Jerome a Albany, a una revisión médica –explicó Linc, desatándose las botas.

–¡Eso ha sido muy amable, Lincoln!

–Cualquiera lo habría hecho.

–Puede, pero ¿por qué tú? Suele llevarlo Rico, si yo no estoy disponible.

–A Rico le preocupaba dejar a Nancy sola, así que me ofrecí voluntario. Lo pasamos muy bien. Lo llevé a comer a un buen

restaurante y creo que disfrutó, aunque no dejó de quejarse ni un momento.

Lincoln no tuvo tiempo de acabar su historia. Mellie bajó las escaleras corriendo y gritando.

–¡Lincoln!, ¡Lincoln! Has vuelto. Y huelo comida china, como prometiste.

–Acertaste, princesa.

«Como prometiste», «princesa». Valetta miró de uno a otro, sorprendida por ese avance en su amistad.

–¿Has traído doble ración de sopa de wonton?

–Sí, y rollitos de huevo, costillas, arroz frito y gambas en salsa de langosta.

–¿Y galletas de la fortuna?

–Suficientes para un ejército, bomboncito.

«¿Bomboncito?». Valetta estaba harta.

–Mellie, lleva las bolsas a la cocina y pon la mesa. Esperaré a que Lincoln se quite las botas.

Cuando Mellie se fue, se volvió hacia Linc y se cruzó de brazos.

–¿Y bien?

–¿Bien, qué? –preguntó Linc con aire inocente.

–¿Qué pasa aquí, «bomboncito»? Te preocupa el embarazo de Nancy, llevas a Jerome al médico, vuelves con comida china…

–Vallie, el sarcasmo no te queda nada bien.

–¡Ni a ti el subterfugio! Pensé que te habrías ido.

–¿Por eso te marchaste? Fue una reunión de negocios bastante inesperada, en mi opinión.

–Nadie te la ha pedido. No esperaba volver a casa y encontrarte trayendo comida china para mi hija…

–Y para ti.

–¿Qué está ocurriendo? –Valetta se enfrentó a él con las manos en las caderas–. ¿Por qué sigues aquí? ¿No tienes un trabajo al que volver?

–Claro que tengo un trabajo, y va siendo hora de que vuelva –Lincoln se rascó la barba y sonrió con cautela–. Pero eso no me obliga a ser descortés. ¿O preferirías que no hubiera ayudado a Jerome, y de paso a Rico y a Nancy? Ya que estaba en Albany, no me costaba nada traer comida. Mellie me dijo que adoraba la comida china, cuando le daba clase…

–Cuando hacías, ¿qué?

–Calla, Valetta. La niña podría oírte y le estropearías la cena. Va mal en matemáticas, ¿sabes?

–No te equivoques, señor Cameron –le clavó un dedo en el pecho–. Vamos a tener una larga conversación. Esta noche. ¿Está claro?

–Sí, señora –contestó Lincoln, encaminándose hacia la cocina–. Creo que he comprado demasiada comida. No sabía qué os gustaba.

–¿Así que has comprado uno de cada? –preguntó Valetta, al ver el montón de envases blancos que había sobre la mesa.

–Casi –él sonrió, sentándose–. No te preocupes, me acabaré lo que sobre.

–Eres muy generoso, Lincoln –admitió ella, observando cómo Mellie ponía las galletas de la fortuna en un montón–. Tranquila, señorita. Tendrás que tomar algo de sopa antes de comerte esas galletas.

–Solo las estaba juntando –protestó Mellie.

–Claro, claro. Deja que te ponga sopa. Huele muy bien, ¿verdad?

Pocos minutos después acabaron la sopa y llenaron los platos con otras delicias. Mientras Mellie se servía arroz frito, Valetta recordó algo que le había dicho antes.

–Mellie me ha dicho que has montado una especie de grupo en casa de los Carmichael –comentó.

–¡Ah, eso! –Lincoln le quitó importancia–. Ben y Andy me acorralaron, pidiéndome consejos sobre la industria editorial. Por mi fama –sonrió avergonzado–. Nos reunimos y resultó divertido. ¿Aprendiste algo, Mellie? –preguntó con ligereza.

Mellie, con la boca llena, asintió con entusiasmo.

–Me ha dicho que fue muy interesante –informó su madre–. Siento habérmelo perdido.

–Puedes ir el lunes, mamá –intervino Mellie, sirviéndose una costilla–. ¿Verdad, señor Cameron?

–¿El lunes? –repitió Valetta, mirando a Lincoln–. Tenía la impresión de que solo sería una vez.

–¡Oh, no, mamá! El señor Lincoln dice que lo hará el resto del mes –afirmó Mellie–. Tiene una pizarra y tiza y todo, como un profe de verdad.

–¿En serio? –Valetta dejó el tenedor en la mesa y Lincoln supo que era una mala señal.

–No es nada formal. Mientras esté aquí… Les advertí que no sabía cuánto tiempo iba a quedarme… –Lincoln se calló al ver que Valetta alzaba una ceja.

–Vaya, Linc, me encantaría oír más.

–Pero, mamá, hemos alquilado una película.

–El señor Cameron y yo hablaremos después de que te vayas a la cama –afirmó Valetta.

Al oír su tono de voz, Lincoln deseó marcharse, pero Mellie se negó en rotundo. Tuvo que sentarse en la sala con ellas, mientras buscaba respuestas adecuadas a las preguntas que llegarían cuando acabase la película sobre un extraño ogro verde.

A las nueve de la noche, Mellie se quedó adormilada en brazos de Valetta y le pidió a Lincoln que la llevase a la cama en brazos.

–Buenas noches, Lincoln –dijo ella, estampando un beso en su mejilla.

–Vaya, Mellie –bromeó él, frotándose la barbilla–. Tú sí que sabes dar las buenas noches. ¡Voy a tener que ir al dentista por si me has roto un diente!

–¿Me llevarás a patinar sobre hielo mañana? –suplicó la niña, mientras Valetta buscaba un pijama.

–Eso depende de tu madre –dijo él, viendo un destello de advertencia en los ojos de Valetta–. Ya veremos. Puede que ella tenga otros planes.

–¡Buenas noches, Lincoln! –gritó ella mientras él volvía a la sala.

Lincoln estaba tan absorto viendo las noticias que no oyó a Valetta bajar la escalera. Eso le dio la oportunidad de estudiarlo un momento. Era guapo, sin duda. Además, parecía más relajado que a su llegada. El pelo le caía sobre la frente con libertad y sintió el deseo de acariciarlo. Rechazó la idea.

–Lincoln –dijo con voz áspera.

–Perdona –Lincoln dio un bote– No sé por qué estoy tan cansado. Deben de ser los rollitos de huevo –miró a Valetta sentarse en el otro extremo del sofá–. ¿Qué tal tu viaje a Utica?

–Demasiada nieve.

–Pero ¿misión cumplida?

–Negocios –comentó ella–. Ya sabes cómo son.

–Cierto. Bueno –se puso en pie–. Debería marcharme. Debes de estar cansada y yo tengo que levantarme temprano mañana.

–¿Vuelves a California? –preguntó, entre esperanzada y temerosa.

–¿Es eso lo que quieres?

Valetta pensó un momento y negó con la cabeza.

–Mejor, porque voy de caza con Chuck y Davey.

–Haces amigos con mucha facilidad. Pero me gustaría que te quedaras un momento para charlar. Así me dirás por qué has venido a Longacre; sé que la conversación se ha retrasado por mi culpa. ¿No crees que ya es hora de contarme tu secreto? Más bien, el secreto de Alexis. Vamos, Cameron –insistió, al verlo titubear–. Dilo rápido. No me morderá.

Lincoln tomó aire. Ya no podía retrasar más el momento de la verdad.

–Tu hermana… tiene… está muy enferma. Alexis tiene cáncer de mama.

–Pero… ¿cómo? –Valetta palideció–. Es decir… ¿Cuándo? Oh, Dios mío. ¡Pobre Alexis! –dijo con los ojos llenos de lágrimas, y

movió la cabeza–. ¿Va a…?

–No, no, lo han descubierto muy pronto, en su chequeo anual, gracias a Dios –contestó Lincoln, adivinando lo que iba a preguntar–. Se pondrá bien, Vallie, no te mentiría sobre algo así. Es solo que la quimioterapia, las medicinas, las visitas al médico… Está muy cansada, aunque lo lleva bien.

–No es de las que sienten lástima por sí mismas.

–Cierto, quejarse no es su estilo.

–Me imagino que recibe el mejor tratamiento posible.

–Por supuesto. Va al Centro de Mujeres de Berverly Hills. Pero quiere que vuelvas a casa y asumas la dirección del periódico y los negocios familiares.

–¿Qué? –gimió Valetta. Atónita, se tapó la cara con las manos y eso descompuso a Lincoln.

–Vallie, por favor, no me rechaces. Quiero ayudarte. Quiero ayudaros a las dos.

El dolor que sentía Valetta por su hermana le hacía difícil pensar, pero sintió lástima por Lincoln, el portador de tan malas noticias. Alexis debería haberla llamado, en vez de pedirle que llevara ese triste mensaje. Valetta no entendía por qué había accedido. Mientras él le sujetaba las manos, escrutó sus bellos ojos marrones, intentando descubrir la razón, pero no pudo leerlos. Valetta intentó no dejarse llevar por el pánico.

–¿Ayudarme? ¿No deberías estar en California ayudando a Alexis? Puede que seas su único amigo.

–Alexis quiere que la ayude llevándote a casa. Es lo único que quiere de mí. La conozco desde hace veinte años, y esto es lo más personal que me ha pedido. Si te digo la verdad, nunca he querido más de tu hermana.

«Era a ti a quien quería. Ahora lo sé», pensó, sin atreverse a decirlo. Aún estaba haciéndose a la idea.

–¿Y tú qué opinas?

–Oh, creo que ella…

–No, me refiero a hacerme cargo del periódico.

–Es una cuestión familiar –Lincoln se encogió de hombros.

–Pero nunca he tenido nada que ver con él y ahora, esto… Te corresponde a ti. Debería ofrecértelo a ti.

Se quedaron en silencio un momento, absortos en sus pensamientos.

–No sé qué decir. No sé qué hacer.

–Bueno, llevo aquí el suficiente tiempo para saber que la decisión no será fácil.

–Oh, Lincoln, ¡nunca volveré a California! Si pudieras transmitirle ese mensaje, me ayudarías mucho.

–Si decides no volver a casa, tendrás que decírselo a Alexis tú misma, cara a cara.

–¡Menuda ayuda eres! –protestó ella–. Me traes su terrible mensaje, ¿pero no le llevas el mío?

–El tuyo es diferente.

–No lo entiendes, Lincoln. ¡Esta es mi casa!

–Lo siento, Vallie. Créeme, le he dicho exactamente eso a Alexis.

–¿Qué dijo?

–No quiere escucharlo. Pero nadie va a obligarte a hacer algo que no quieras hacer.

–¡Pero lo intentará! –gimió Valetta, recordando desagradables escenas–. ¿No lo ves? Utilizarte como mensajero es solo el principio.

–Vamos, Valetta, yo no tengo tanto poder y ella tampoco. Eres una mujer adulta, educada y lista, pero tienes que entender que Alexis sigue viéndote como una niña. Vive anclada en el pasado. Hace años que no te ve y, en cuanto a Mellie, bueno, no representa más que una foto y algún regalo ocasional.

–¿Estás diciendo que nada de esto tiene importancia para ella?

–¡Eso es exactamente lo que digo! –Lincoln suspiró–. A veces pienso que vive en otro planeta. ¿Por qué crees que nunca ha venido? Si lo hiciera tendría que enfrentarse a todo esto. Tu huida fue mucho más traumática para ella de lo que está dispuesta a admitir. Tenías a Phyla y Alexis no iba a luchar contra su propia tía. Si no me equivoco, Phyla tenía acciones en el periódico, ¿verdad? Alexis no iba a complicarse en ese sentido.

–Se las dejó a Mellie en su testamento.

–Ahí tienes. Y piensa también en esto. Que vivieras con Phyla le facilitaba la vida a Alexis. Lo he pensado mucho y creo que, cuando Alexis iba a reclamarte, cuando Phyla murió, ¡sorpresa!, apareció Jack Faraday. Vallie, no se atrevió a enfrentarse a Jack, tu marido. ¡El doctor Jack Faraday! Por lo que he oído de él, no habría sido fácil.

–No, y yo nunca lo habría abandonado, aunque hubiera deseado volver a California.

–Un hombre afortunado. Estoy aún más seguro de que, cuando él murió, pensó en tentarte para que volvieras. Pero estabas muy afectada, y embarazada.

–Y ese no era su fuerte –murmuró Valetta.

–No era su fuerte –repitió Lincoln–. Para cuando te recuperaste, había pasado demasiado tiempo. Justo como dijiste el otro día, Val. De repente, ya es tarde. Estoy seguro de que se arrepiente de haber esperado. Pero ahora te necesita o, al menos, eso cree.

Valetta se apretó los ojos, confusa y cansada. Todo lo que había dicho Lincoln sonaba lógico, pero se preguntó si jugaba a un doble

juego. Llevaba allí muchos días sin darle la triste noticia. Suponía que, si Alexis no conseguía su propósito, él tendría mucho que perder.

–Eh, Vallie, no estés tan triste –lo oyó decir. Su voz sonó tranquilizadora y cariñosa, pero no sabía si fiarse de él. Vio compasión en sus ojos y algo más que no supo analizar. Quería estar segura de él–. Estas cosas no son más que peleas familiares, al fin y al cabo, pero siempre acaban arreglándose.

–Ojalá fuera así, Lincoln. Mi hermana y yo apenas nos hemos dicho una palabra amable en diez años. Mala señal, ¿no crees?

–Siempre hay esperanza.

–¿Esperanza de qué? –preguntó ella impaciente–. Una reconciliación sería un milagro.

Lincoln notó en su voz que estaba cansada y de mal humor. Se puso en pie.

–Espero que nosotros podamos ser amigos.

–¿Amigos? –Valetta soltó una risa aguda.

–Valetta, podrías tomarme más en serio –Lincoln se tensó, frustrado–. Estoy haciendo lo que puedo por ayudarte. Por ayudaros a las dos.

–Tal vez. Tienes razón, lo siento. Has sido más que generoso con mi familia. Pero esta noticia es devastadora. Necesito tiempo para pensar y ahora mismo estoy demasiado cansada.

–Me voy. Sé cuándo sobro –sonrió–. Supongo que, en cierto sentido, llevo ventaja en el juego.

–¿Ventaja? ¿En qué juego?

Lincoln no contestó. Era mejor que lo descubriera ella misma. Las hermanas Keane sabían jugar duro, pero él también.

Capítulo 12

VALETTA tuvo mucho que pensar ese fin de semana. Tenía que decidir si ponerse en contacto con Alexis o, más bien, cómo hacerlo; sabía que no podía ignorar la situación de su hermana. La tarde del sábado, mientras Mellie hacía los deberes, marcó el número privado de Alexis, aunque no sabía qué decir.

–¿Alexis? –murmuró.

–¿Valetta? ¿Valetta, eres tú?

Valetta dio un respingo al oír la voz de su hermana. Sonaba más ronca de lo que recordaba y supuso que podía ser efecto de su enfermedad.

–Hola, Alexis. Ha pasado mucho tiempo.

Valetta escuchó la respiración de Alexis. Su hermana solía practicar el arte del silencio como arma. Inspiró y, para darse ánimos, recordó lo que le había dicho Lincoln sobre el punto de vista de Alexis. No quería discutir y decidió limitarse a los hechos.

–Lincoln me ha dicho que estás enferma.

–Sí, bueno, se ha tomado su tiempo. Lleva ahí casi dos semanas. ¿O fuiste tú la que tardó en llamar?

–¿Importa eso, dado que estoy llamando? –Valetta intentó mantener un tono de voz suave.

–Podría –contestó Alexis, concisa.

–Bueno, suenas como siempre y te he pillado en la redacción, así que me imagino que te vas defendiendo, ¿no? –dijo Valetta con paciencia. Al fin y al cabo, Alexis estaba gravemente enferma.

–Supongo que sí –admitió Alexis.

–Según Lincoln, sigues un tratamiento excelente.

–Por supuesto. Aquí tenemos hospitales, y buenos. Nueva York no es el centro del mundo médico.

–No, claro que no. Nunca dije… No pretendía insinuar eso –balbuceó Valetta–. ¿Puedo ayudarte de alguna manera? Lincoln fue poco claro.

–¿Lincoln, poco claro? Qué raro. Hablamos en detalle de lo que tenía que decirte.

Valetta se alegró de que el rubor no se transmitiera por teléfono. Pero no quería que su mentirijilla tuviera consecuencias negativas para Lincoln.

–Sí mencionó que querías que te visitara.

–Vaya, eso lo hizo bien –escupió Alexis.

Su tono de voz hizo que a Valetta se le ocurriera una idea terrible, que le provocó un escalofrío.

–Alexis, ¿el futuro de Lincoln depende de… mi visita? –

preguntó, temerosa.

–¡Por Dios, Valetta! No permito que mi vida privada afecte a mis negocios. Y Lincoln Cameron es un negocio. Nació con tinta en las venas. Su corazón pertenece al periódico. Solo hemos hablado de una sociedad, el único matrimonio que le interesa, desde mi punto de vista.

–Debe de haber olvidado mencionarlo –susurró Valetta, pero Alexis no pareció oírla.

–Podía haber enviado a otra persona. Elegí a Lincoln por ti. Lo que hagas con él será decisión tuya.

–¿Lo que haga con él? –repitió Valetta, tan nerviosa que no podía pensar–. Me he perdido, Alexis.

–Vamos, vamos, Valetta. Cameron es un hombre atractivo y muy disponible. Un vividor, si quieres, pero se está haciendo mayor para esas tonterías. Es hora de que se asiente y cree una familia. Sería un buen ejemplo para la plantilla. Si volvieras a California con él, no tendría ninguna objeción.

–¿Quieres decir como pareja? –jadeó Valetta, preguntándose si había oído bien.

–Como su esposa.

Valetta se quedó anonadada por la indignante sugerencia. Considerando cuánto se había enfadado Alexis cuando se enamoriscó de Lincoln, no tenía sentido. Conocía a su hermana, pero no la había creído capaz de utilizar la vida de un hombre como moneda de cambio.

–Dime, Alexis, ¿le has dicho eso a Lincoln?

–¡Por supuesto que no! –respondió con desdén–. ¿Qué tendría él que decir al respecto? Va a cumplir cuarenta años, ¿sabes? Si hubiera querido casarse, ya lo habría hecho. Como dije antes, está casado con el periódico. Este acuerdo es entre tú y yo. Creí que lo entenderías, cuando te lo envié.

–¿Tú me lo enviaste?

–¿Por qué repites todo lo que digo? –Alexis emitió un profundo suspiro.

–¿Por qué me siento como si fuera tu marioneta?

–¡Eso es ridículo! Tendrás opciones, me ocuparé de eso. ¿Podríamos no perder más tiempo hablando de Lincoln Cameron? Tenemos cosas más importantes que discutir.

–De acuerdo –Valetta aceptó la evasión de Alexis con desgana–. ¿Quieres hablarme de tu enfermedad?

–No hay nada que hablar. Tengo cáncer de mama –dijo Alexis con brusquedad–. Mi estado de salud no era el mensaje que quería que Lincoln te transmitiera. Quiero que vuelvas a casa.

Con tristeza, Valetta pensó lo distinto que sería todo si se lo

pidiera. Si por una vez dijera: «Valetta, ¿podrías volver, por favor? Te necesito».

–Alexis, estoy segura de que sabes que no puedo marcharme de Nueva York sin más. Tengo una vida aquí. Y no solo yo. Mellie también tiene su colegio, sus amigos, su equipo de fútbol.

–Mellie solo es una niña. Su carrera futbolística… –dijo Alexis con ironía– puede continuar aquí. Y, si una vez te marchaste sin más, puedes volver a hacerlo. Tus raíces aquí son profundas. Eres una heredera, ¿o lo has olvidado? Tenemos muchas propiedades, además del periódico. El rancho ganadero, la mina de cobre, el vivero de orquídeas…

–No lo he olvidado.

–Me alegro. Durante la última década yo he hecho todo el trabajo y tú has recibido los beneficios.

–¡No es verdad! No he tocado un céntimo del dinero de los Keane desde que me fui.

–No, pero ha ido creciendo y ganando intereses. Incluso si tú no lo quieres, puede que Mellie sí lo haga en el futuro. Aunque no lo sabías, es la heredera de mi parte. He testado a su favor.

–Ni siquiera sabe quiénes son los Keane.

–Conociéndote, supongo que no. En parte envié a Lincoln por eso. Para recordártelo. Sé que solo tiene ocho años…

–¡Nueve!

–Nueve, bien. A su edad no importa, pero, créeme, Valetta, algún día Mellie se enterará de todo y, ¿qué dirás entonces? ¿Y si un día va a una clase de periodismo y su profesor menciona mi nombre? ¿Crees que Mellie no sumará uno y uno? ¿Qué le dirás?: «Perdona, Mellie, debí decírtelo, es verdad, esa de la que hablan es tu tía Alexis».

–¿Adónde vas a ir a parar, Alexis? –Valetta estaba temblando–. ¿Qué quieres?

–¡Quiero que vuelvas a casa! Quiero que te ocupes de los negocios de los Keane.

Valetta se tapó la boca. Sabía que intentaba manipularla. Necesitaba calmarse.

–Tengo que pensar –susurró–. Tengo que pensar.

–¡Sí, lo sé! Y después debes venir a casa. Puede que no me esté muriendo, pero estoy enferma y, la verdad, Valetta, cansada. Por eso quiero entregarte las riendas a ti.

–¡No estoy preparada para eso!

–No seas ridícula. Puedes pagar toda la ayuda que necesites. Lincoln te apoyaría. Me lo dijo él mismo.

–¿Te lo dijo? ¿De qué estás hablando, Alexis?

–Ven a Los Ángeles y te lo contaré. Te diré muchas cosas. ¡Pero

no tardes, Valetta! Y Lincoln ya debería haber vuelto. Dile que yo…

–¿Qué quieres que le diga? –la extrañó oír a su hermana titubear.

–Dile solo que se dé prisa –cortó la comunicación.

A Valetta le tembló la mano al colgar el teléfono. Como siempre, Alexis había superado sus peores expectativas. Cuando hablaban, Valetta colgaba pensando que tenía suficiente para toda una vida. Pero esa vez parecía que tendría que ir a California, al menos una temporada. Pero abandonar Longacre para siempre… No se sentía capaz. Era feliz allí. Alexis nunca había entendido que la felicidad era mejor que el dinero. Y eran toneladas de dinero.

Debía hablar con Lincoln, él sabría qué hacer.

Alexis había insinuado que él tenía esperanzas de formar una sociedad, aunque era difícil imaginársela renunciando a controlar el periódico. Lincoln no lo había comentado, aunque la noche anterior había tenido la oportunidad perfecta. Tenía que ser justa con él, quizá solo se trataba de una apreciación de Alexis. Se preguntó si Lincoln sería sincero con ella y si sería capaz de darse cuenta si no lo era.

El lunes siguiente, cuando oyó a sus empleados comentar la clase de periodismo de Lincoln, Valetta cambió los planes del día. Salió pronto de trabajar, recogió a Mellie del colegio, la llevó a casa a cenar y regresaron al pueblo. Cuando cruzó el umbral de los Carmichael, la anonadó ver allí a casi todo el pueblo. ¡Parecía una reunión del Ayuntamiento!

Lincoln captó su mal humor; ¡casi echaba humo por las orejas! No era justo. La clase no había sido idea suya, pero ya que había decidido cooperar, ella debería alegrarse. Todo el mundo estaba encantado.

Al día siguiente, mientras almorzaban en el restaurante de Jerome, le preguntó a Valetta qué había de malo en proporcionar diversión a un pueblo que estaría casi aislado por la nieve dos meses más.

–Tiene mucho de malo, ¿no lo ves? ¡Esta gente cree que te importa! –susurró ella.

–¡Y así es! –protestó Lincoln.

–No como tú les importas a ellos. Quieren que te quedes. Lo vi en sus ojos ayer. Estaban interesados y entusiasmados, pendientes de ti. Pero ¿qué ocurrirá el mes que viene, Linc? Te habrás ido, eso –dijo, dando un golpe en la mesa con el salero.

–Vamos, Val, no dramatices. Saben que estoy de visita. Lo dejé claro desde el principio.

–Lincoln, no tienen ni idea de por qué estás aquí, pero por cómo te has introducido en sus vidas, estoy segura de que piensan que es más que una visita. Conozco a esta gente. Y les gustas. Lo que es más, creen que ellos te gustan a ti.

–¡Y me gustan!

–Seguro. También te gusta el café con leche.

–Mi querida Valetta –dijo Lincoln–, hablas como si fuera un bruto sin sentimientos. Ni es verdad, ni es justo. Aunque no sea dado a los compromisos personales, eso no me convierte en un irresponsable. He trabajado para Alexis casi veinte años, se diría que tengo un cierto sentido del deber.

–No lo dudo, Lincoln, pero viajas ligero. Cuando dejes el hostal Carmichael y vuelvas a la Costa Oeste, Longacre será un grato recuerdo pasajero. Pero Longacre te recordará a ti. Tienen esperanzas y sueños. Prepararán sus lápices y cuadernos y de pronto pensarán: «Oh, no, hoy no hay clase. El señor Cameron volvió a California».

–Valetta, tienes un ramalazo Shakespeariano.

–¿Y Mellie? ¡Te adora! No sabe nada de gente como tú, gente que va de paso. La única persona que la dejó fue su padre, y solo porque murió.

–Cuidado, Vallie, estás empezando a enfadarme.

–¿Eso es una amenaza, Lincoln? –Valetta frunció el ceño–. Porque, si lo es, no sé por qué crees que podría darme miedo enfadarte. Tendría que temer perder algo, y no me has ofrecido nada.

–¿Nada, Valetta? –Lincoln dejó a un lado el bocadillo, había perdido el apetito.

–¿Te refieres a un par de besos robados? Por favor, Linc, fue como flirtear en el asiento trasero de un coche.

No era verdad, pero Valetta prefería morirse a confesar el efecto que habían tenido sus besos.

–¡Sí que eres una mujer fría!

–No he dicho que no los disfrutara –rectificó Valetta–, pero seamos sinceros, no hubo mucha inversión emocional en ellos.

–Ya, ¿y cómo lo sabes?

Valetta se encogió de hombros e ignoró su mirada colérica.

–Llevas aquí poco más de dos semanas. ¿Vas a contarme alguna historia de amor a primera vista? Da igual, eso no importa. Compartimos unos besos, fantástico. El tema es otro. Hablamos de raíces, al menos yo. ¿Por qué crees que me quedé aquí tras la muerte de Jack? Sabes que en California habría vivido como una reina. Me quedé porque quería ofrecerle a Mellie un hogar que significara más que la horrible mansión en la que crecí. Quería que

conociera a sus compañeros de colegio, no que fuera a un horrible lugar con más de cuatro mil alumnos, como al que me envió Alexis. Hablamos, por cierto.

–¿Alexis y tú? ¿En serio? –la información lo pilló por sorpresa–. Vaya, vaya, ¿cómo fue?

–Horrible, justo como esperaba que fuera.

–Parece que Alexis se encuentre mejor –dijo Lincoln con una media sonrisa.

–Sonaba fatal.

–Tiene cáncer –le recordó Lincoln.

–Además, fue muy misteriosa –Valetta retorció su servilleta y renunció a comer–. Me dijo que me explicaría todo tipo de cosas, cuando volviera a casa –escrutó el rostro de Lincoln. Acababa de perder otra oportunidad de contarle sus planes–. También me dijo que te dijese que vuelvas a casa.

–¿Y tú vendrías a casa conmigo? –preguntó él, con voz neutra. Sorprendida, Valetta intentó leer sus ojos, sin éxito–. Diablos, olvida que he dicho eso –gruñó–. No era más que una pregunta vana.

Pero Lincoln Cameron no hacía preguntas vanas… De pronto, la situación superó a Valetta. Lincoln tendría que aclararse por su cuenta. Ella ya tenía bastante con lo suyo.

–Estoy pensando en ir unos días. Patty ha dicho que cuidaría de Mellie, pero últimamente la he dejado mucho con mis amigos y no sé qué hacer. No les importa y a ella le gusta, pero a mí no. Pero no quiero a Mellie conmigo si Alexis y yo tenemos un enfrentamiento.

–Si la llevas a Los Ángeles, yo la cuidaré. Volaré con vosotras, si quieres. Podría llevarla a Disneylandia.

–El gran sacrificio, ¿eh? –Valetta se rio.

–Preferiría el museo Getty, sin duda, pero dudo que ella estuviera de acuerdo –Lincoln sonrió.

–Seguro que no. Gracias, pero no necesito tu ayuda con Mellie –dijo ella con brusquedad–. Además, sería mejor que viera a Alexis sola. Ahora debo volver al trabajo. Jerome –llamó–, nos vamos.

–¿Vendréis a cenar? –preguntó Jerome.

–Hoy no. Mellie tiene muchos deberes. Señor Crater –lo señaló con un dedo–, no olvides que mañana iremos a recoger tus gafas nuevas.

–Valetta…

–¡Mañana! ¡A las diez! –dijo–. Sin excusas. Así la próxima vez que hagas chile no echarás tanto picante como la última vez. ¡Medio pueblo tuvo indigestión!

–¡A la gente le gustó así! –protestó Jerome.

–A dos personas, Chuck y Davey. Por eso vendiste tanta cerveza esa noche. Igual lo planeaste.

–Eso nunca lo sabrás –Jerome le guiñó un ojo. Valetta lo besó en la mejilla y recogió su bolso.

–¡Mañana a las diez! –repitió, saliendo.

–No hemos terminado de hablar –dijo Lincoln, mientras Valetta se ponía la bufanda roja al cuello. Ese día llevaba un gorro de color lavanda que, tal vez por casualidad, iba bien con sus mallas moradas. Fuera cual fuera el color, todos le quedaban bien.

–Pues tendrá que esperar al fin de semana. Y para el sábado, ya sabré cuándo quiero ir a ver a Alexis.

Linc, cuando lo dejó plantado en medio de la acera y se fue, pensó, irritado, que tenía demasiado carácter. Pero se equivocaba con respecto a él. Del todo. Lincoln era muy capaz de comprometerse. Pero esa no era la razón por la que estaba allí. Tenía una misión que cumplir y él nunca perdía de vista su objetivo. Gracias a eso había llegado a ser lo que era.

Impaciente, subió al coche preguntándose qué hacer el resto del día. Faltaban dos días para su clase, así que no necesitaba prepararla aún. Hacía buen día, así que sacó un mapa de la guantera y decidió ir al Canal Erie, que siempre había querido recorrer.

Minutos después se encontraba en la autopista 87 Sur. El empleado de una gasolinera le dijo que si seguía conduciendo hacia el sur llegaría a Waterford, el punto en el que se juntaban los ríos Hudson y Mohawk. Allí estaba la entrada oriental al Canal Erie. Como estaban en invierno, no había cruceros turísticos, pero le dijo que quizá le permitieran montar en uno de los barcos cargueros.

Antes de lo que esperaba, dejó la autopista y tomó una carretera comarcal, sin otra obligación que la de contemplar el paisaje. Por primera vez en años, viajaba sin rumbo y sin obligaciones que cumplir. Su mal humor se esfumó. La carretera recorría montañas, mesetas y valles, pasando junto a ciudades que más bien eran pueblos y pueblos que él llamaría aldeas. Era un paraje digno de una postal. Supo que el colegio había terminado por el día cuando, poco después de las tres, las colinas se vieron salpicadas de niños, trineos y perros. Lo sorprendió echar de menos a Mellie, e incluso a Pulgoso Amarillo.

Lincoln encontró Waterford sin dificultades. Bajó del todoterreno y paseó por la orilla del canal. Vio varios barcos remolcadores atados al muelle. Después de algunos intentos, convenció al capitán del Cheyenne para que lo dejase navegar con ellos al día siguiente. El capitán le advirtió que no irían a ningún sitio en especial, pero Lincoln prometió que no le importaba. Solo quería navegar por el canal. El capitán accedió con gusto, sobre todo cuando se enteró de quién era Lincoln y dónde trabajaba. La

posibilidad de obtener publicidad gratuita era muy atractiva.

Poco después del crepúsculo, Lincoln se encaminó a la calle principal, donde encontró una pequeña fonda y alquiló una habitación. La ducha caliente fue un lujo y el edredón de plumas lo tentó, pero, como era habitual, el hambre lo llevó a buscar algún sitio donde cenar. La dueña le dijo que a esas horas solo encontraría un sitio abierto: un restaurante renombrado por su pescado fresco del río Mohawk, incluso en esa época del año. Diez minutos después, Lincoln estaba ante un viejo almacén de ladrillo, reconvertido en restaurante y tienda de regalos. El plato especial del día era abadejo con patatas a la sal y más tarde le juró al dueño que hacía meses que no comía un pescado tan rico. Al dueño lo complació tanto el cumplido que pidió a la camarera que les llevara una botella de coñac para poner la guinda a la cena.

Los hombres charlaron tranquilamente hasta pasadas las once. Lincoln recibió mucha información sobre Waterford y la zona circundante. Era una comunidad tan cerrada que no lo sorprendió que el dueño lo supiera todo sobre Jerome Crater y sus dotes culinarias. Lincoln lo invitó a visitar Longacre. Se despidieron con un apretón de manos y Lincoln le prometió volver pronto, con uno o dos acompañantes. Estaba seguro de que a Valetta le gustaría el lugar.

Había pensado en llevar a Valetta allí, aunque sabía bien que no podría hacerlo. No iba a quedarse el tiempo suficiente. Se lo había dejado claro esa mañana, cuando ella lo acusó de no comprometerse.

¡Por no mencionar la mala opinión que Valetta tenía de sus besos!

Aunque se dijo que era por el coñac, su rostro enrojeció cinco tonos al pensarlo. En toda su vida adulta, nadie había criticado su destreza en el aspecto romántico. Peor aún, los besos que había compartido con Vallie lo habían afectado mucho. Y había creído que a ella también.

Recordó su mirada cuando le pidió permiso para besarla. Y cómo ella había aceptado con timidez, pero lo había besado con ganas. Pensándolo bien, su entusiasmo había sido innegable.

Eso hizo que Linc se detuviera. Cabía la posibilidad de que ella no hubiera sido totalmente sincera… Tal vez el abrazo la había afectado más de lo que deseaba admitir. Se preguntó si solo pensaba en la gente del pueblo cuando criticó su falta de compromiso o si también quería protegerse ella misma.

Tiritando de frío, Lincoln volvió a la fonda y se acurrucó bajo el edredón a analizar esa nueva perspectiva. Pero estaba tan cansado que se durmió pocos minutos después.

El capitán Ron le había avisado de que el Cheyenne salía de puerto muy temprano, así que salió de la fonda antes de que se levantara nadie. Caminó hasta el muelle y el capitán Ron lo invitó a bajar al camarote a tomar un café. Cuando notó que el barco se movía, corrió a cubierta para verlo salir.

Poco después navegaban por el río Mohawk, deteniéndose a recoger un cargamento de ladrillos y luego a descargar maquinaria.

Así se desarrolló casi todo el día. Recogían cargamentos y entregaban suministros en pueblos ribereños, charlando con los lugareños que acudían a saludarlos. Lincoln pasó la mayor parte del tiempo apoyado en la barandilla, hipnotizado por el flujo y reflujo del río. Siempre le había gustado el agua y pensó que, en otras circunstancias, esa habría sido una forma honesta de ganarse la vida. Pero tenía demasiadas responsabilidades.

Más tarde, mientras observaba los trozos de hielo que flotaban junto al remolcador, empezó a preguntarse cuáles eran sus responsabilidades.

Y dónde estaba su hogar.

La esbelta figura de Valetta llenó su mente. Si no era por ella, ¿por qué estaba allí, agarrado a la barandilla de un barco de carga? ¿Por qué pensaba en posibles trabajos en un lugar tan lejano de la civilización, tal y como él la conocía? No podía ser porque se había sentido vagamente intranquilo todo el invierno. No podía ser porque le pesaran más las piernas al acercarse a los cuarenta años. No, ¡no podía ser porque se estuviera enamorando! La ridícula idea le hizo sonreír.

Capítulo 13

LINCOLN llegó a casa de los Carmichael el jueves, una hora antes de su clase. Tras una ducha rápida y un cambio de ropa, estuvo listo para sus visitantes. No se atrevía a llamarlos alumnos, después de la conversación que había tenido con Valetta. Pero esa tarde los vio bajo una nueva perspectiva. Empezó a preguntarse qué pensaban.

Lo alegró que Valetta no apareciera, pero solo hasta que vio a Patty acostar a Mellie y se enteró de que Valetta había volado a Los Ángeles esa mañana. Patty no le explicó por qué, y no preguntó. Sin embargo, lo irritaba que se hubiera marchado sin decir palabra. Sin duda era un claro mensaje de que no se metiera en sus asuntos. Era obvio que no confiaba en que pudiera ayudarla.

«No habría podido ayudar».

Valetta sabía que a Lincoln no le gustaría que se hubiera ido así, pero no deseaba su compañía. Aunque habían intercambiado las tarjetas de felicitación de rigor, Alexis y ella no se habían visto en diez años y tenía la sensación de que Alexis nunca le había dicho lo distanciadas que estaban en realidad.

Además, no podía olvidar que Lincoln no había aprovechado las oportunidades que había tenido para hablarle de sus planes de futuro… esa sociedad que había mencionado Alexis. Si se sentía decepcionada, solo podía culparse a sí misma. Unos cuantos besos no constituían voto de matrimonio.

Borró a Lincoln Cameron de su mente y salió del aeropuerto a buscar un taxi. La brisa cálida le pareció deliciosa tras el largo y frío invierno que había dejado atrás, en el Este. Si Alexis jugaba bien sus cartas, Valetta podría plantearse volver allí. La Costa Este tenía muchas cosas, pero no palmeras.

Por otro lado, el tráfico era horroroso. Pero el taxista era filosófico y Valetta disfrutó del viaje, que le permitía aclimatarse y prepararse para ver a Alexis, también disfrutar del Pacífico y del aire salado. Había olvidado lo bonita que era California y cuánto la había echado de menos. Al fin y al cabo, era su primer hogar, aunque hubiera adoptado Nueva York como segundo. De repente, deseó que Mellie estuviera allí; habrían alquilado un coche y…

–Acaba de llegar, ¿eh? –la voz del taxista interrumpió sus pensamientos.

–Sí, de Nueva York.

–Lo he notado por cómo mira por la ventanilla y por su acento.

¿Es la primera vez?

–Hacía años que no venía –admitió.

–¿Va a quedarse mucho tiempo?

–Esa es la pregunta del millón –murmuró ella.

Al taxista casi se le saltaron los ojos cuando Valetta le dio la dirección exacta. Era una casa que todo el mundo conocía, casi un monumento para los turistas, que se maravillaban de que alguien tuviera la suerte de vivir en ese palacio. Y era un palacio asentado en las nubes y rodeado por una verja de hierro forjado que garantizaba la intimidad. El vigilante que estaba de guardia ni parpadeó con la llegada de Valetta; la reconoció de inmediato. La había perseguido por toda la casa más de cien veces cuando era poco más que un bebé. Su esposa le había curado más de una rodilla arañada y calmado sus lágrimas con galletas de chocolate caseras.

–¿Señorita Valetta? –le guiñó un ojo.

–Oh, Henry, ¿de verdad eres tú? –gritó Valetta, bajando del taxi y reconociendo su sonrisa.

–Es maravilloso verla de nuevo –le dio un abrazo–. Toda una mujer, y bien guapa. Espere a que le diga a mi mujer que está en casa, ¡le dará algo!

–Gracias, Henry. Dile que me gustaría ir a visitarla, si no le molesta.

–Señorita Valetta, sabe que estará deseando verla. Seguramente empezará a hornear galletas en cuanto se entere de que ha vuelto.

Henry abrió las verjas e indicó al taxista que subiera hasta la casa de piedra, situada en la cima de una colina. Sus famosas torres gemelas siempre salían a relucir en cualquier conversación sobre grandes casas del siglo XIX. Anchos escalones de piedra llevaban a la entrada del castillo. La fachada delantera contaba con multitud de ventanas paneladas, y el balcón de la segunda planta ofrecía una maravillosa vista del océano. Era la joya entre todas las casas que coronaban los acantilados del Pacífico.

Alertados por Henry, el ama de llaves y el mayordomo esperaban en la escalera cuando llegó el taxi. Ambos estaban emocionados.

–¡Señorita Valetta! –gritó el ama de llaves, abrazándola–. ¡Madre de Dios, cuánto me alegro de verla!

–¡Rosie! Yo también me alegro de verte.

–Ay, señorita –sollozó Rosalina–. Mi niña ya es mayor, una mujer. Pero ¿dónde está su niña? –la mujer miró hacia el taxi.

–Lo siento, Rosalina, esta vez no –se disculpó Valetta–. Mi hija no podía perder colegio.

–Señorita Valetta –el mayordomo sonrió–. ¡Bienvenida a casa!

–¡Johnson! –Valetta lo abrazó–. ¿Es que no cambias nunca? Estás igual que el día que me fui.

–Gracias, señorita. ¡Yo no puedo decir lo mismo! – él sonrió–. Se ha convertido en una mujer preciosa.

–Ha crecido tanto que casi no la reconozco –lloriqueó Rosalina–. Y la nena, ¿es que no vamos a verla nunca?

–La nena, se enfadaría muchísimo si te oyera llamarla eso –Valetta se rio–. Quizá la próxima vez, Rosie –dijo, pero el ama de llaves no pareció convencida.

Cruzar el umbral fue como entrar en el país de las maravillas. El vestíbulo era más grande que la mayoría de las casas normales; un espléndido despliegue de mármol, paneles de caoba y molduras de escayola. Había flores frescas por todas partes y olía a cera. Valetta reconoció el Picasso de la pared, pero había una escultura nueva en un rincón que debía de ser un Rodin. Recordó que Lincoln vivía en ese mundo y se imaginó lo provinciano que debía de haberle parecido todo en Longacre.

–Está justo como la dejó –dijo Rosalina con orgullo, abriendo la puerta de su dormitorio–. Sin rastro de polvo y con sábanas limpias. Siempre supe que volvería, así que me ocupo de arreglarla. No hay mucho que hacer, en cualquier caso. También he preparado una para la señorita Mellie, junto a la suya, con muchos almohadones rosas. La señorita Alexis me dijo que quizá Mellie vendría algún día y debíamos estar preparados. Compré montones de cosas rosas –Rosalina se rio–. Le gusta el rosa, ¿no?

–Lo adora, Rosie, y le diré lo que has hecho por ella. Tienes razón, se está haciendo mayor y debería ver todo esto. Tal vez este verano.

–¿Lo dice en serio, señorita Val?

–Lo pensaré –Valetta sonrió–. Pero, de momento, voy a echarme la siesta. Por cierto, Alexis no sabe que estoy aquí.

–¿Quiere que llame al periódico?

–No, por favor. No quiero interrumpir su jornada. Díselo cuando llegue a casa. Necesito dormir.

Llamó a Mellie para decirle que había llegado sana y salva y se acostó. Seguía dormida cuando Alexis volvió a casa. Alexis ni parpadeó cuando Rosalina le comunicó su llegada, pero Rosalina notó que se alegraba. No podía ser de otra manera.

Alexis cenó en el comedor pequeño, como era su costumbre. La quimioterapia le había quitado el apetito, pero Rosalina se esforzaba por tentarla con platos deliciosos y solía tener éxito.

Después de cenar se daba un baño caliente. Tenía la teoría de que, si seguía rígidamente su rutina, el cáncer avanzaría más despacio. La teoría no tenía fundamento, pero parecía estar

funcionando. Los últimos análisis no habían mostrado evidencia de nuevas células malignas. Alexis se acostó como hacía cada noche, a veces con un libro, a veces con documentos de la oficina o un informe de su abogado. No concedía tiempo al placer y rara vez sucumbía a la frivolidad de la televisión. Las fantasías no formaban parte de su mundo. Ni siquiera leía ficción, a no ser que se tratara de algo pertinente para el periódico.

Valetta se despertó muy tarde, sin saber bien dónde estaba. Pero pronto comprendió que el increíble dormitorio era real, no parte de un sueño. Decidió darse un baño. Rosalina no había mentido: había sales y aceites de baño, champús, esponjosas toallas y un grueso albornoz listos para su uso.

Mientras se relajaba en el agua, Valetta casi oyó la voz de su madre y los pasos de su padre en el pasillo. Un día todo iba bien y al siguiente su mundo había estallado. Se le nublaron los ojos y sacudió la cabeza. Salió de la bañera y se puso el albornoz. Deprimirse no serviría de nada.

Bajó de puntillas a la cocina, para no despertar al personal. Si Rosalina se enteraba de que estaba en pie, insistiría en hacerle la cena y no podría impedírselo. Valetta abrió la nevera y llenó una bandeja con queso de cabra, un trozo de brie, galletas y fresas. Un vaso de zumo de naranja completaría su comida.

–Trae la bandeja a mi habitación –oyó que ordenaba un voz ronca cuando subía las escaleras.

Sobresaltada, Valetta dio un salto. Descubrió a Alexis entre las sombras, envuelta en un kimono de seda azul.

–Alexis, ¿eres tú? Sí, claro. Eh… me alegro de verte… hace mucho… ¡Dios, Alexis, me has dado un susto de muerte!

Tragó saliva y subió la escalera hasta que se encontró cara a cara con su hermana.

–Hola, Alexis.

Alexis asintió y clavó los ojos en el sedoso pelo blanco de Valetta, tan distinto de los espesos rizos rojos que ella había conocido. Casi movió la mano, pero consiguió contener el impulso. No dijo ni una palabra. Se dio la vuelta y se alejó pasillo abajo.

Valetta suspiró y siguió a su hermana.

El dormitorio de Alexis apenas había cambiado desde que Valetta lo vio por última vez. Seguía siendo una sinfonía de diseño y elegancia. La alfombra blanca era nueva, y también las cortinas de seda azul. Valetta colocó la bandeja en una delicada mesa auxiliar. Observó a Alexis ir hacia su imponente cama con dosel, digna de una reina. Llevó la mano hacia una fresa y titubeó. La alfombra era muy blanca.

–¿Por qué sonríes? –preguntó Alexis, metiéndose en la cama.

–Por nada –Valetta, risueña, miró la fresa.

–Dímelo.

Valetta señaló la gruesa alfombra con la cabeza.

–Las fresas… tan rojas…

–Valetta, tenemos criados para esas cosas.

–Umm, claro –aceptó amigablemente, eligiendo una galleta y dándole vueltas a ese «tenemos».

–Ha pasado mucho tiempo, hermana.

–Sí, bueno… Tienes buen aspecto, Alexis, más delgada pero no… pensé que estarías… oh, no sé…

–¿Al borde de la muerte? –apuntó Alexis.

–Algo así – Valetta dejó escapar una risa histérica.

–Olvida el Botox, lo bueno es la quimio. Hace maravillas con la piel, la renueva. Si los médicos lo dijeran, las ventas se dispararían –dijo Alexis con amargura–. Tú también tienes buen aspecto. ¿A qué se debe esta inesperada visita?

–Alexis, ¡enviaste a tu lugarteniente a buscarme!

–Envié a Lincoln Cameron para que te trajera a casa; ha fracasado, dado que no veo a tu hija.

–Nunca dije que volvería a casa de forma permanente. No confundas tu deseo con la realidad.

–¿Dónde está Mellie? ¿Y Cameron?

–¿Cuál te interesa más? –preguntó Valetta.

–Mellie, por supuesto. Hay un vínculo de sangre.

–Pero Lincoln es como parte de la familia, ¿no?

–Tal vez, pero no carnal. Es distinto.

–Da igual, dejé a los dos en Nueva York, sanos y salvos. Creo que Lincoln sigue afectado por la nieve, pero fue a montar en trineo con Mellie y sobrevivió. Apuesto a que echa esto de menos –Alexis la miró desconcertada–. El océano –explicó–. Los barcos… el aire salado… es lo único que yo echo de menos.

–Si volvieras…

–Alexis, ahora no, por favor, acabo de llegar –dijo Valetta, intentando controlar su genio–. No discutamos tan pronto.

–¿Tan segura estás de que lo haremos?

–Alexis, déjalo –dijo Valetta con voz firme–. Sé que estás muy ocupada, pero ¿podrías tomarte el día libre mañana? Estaría bien pasar tiempo juntas.

–Creo que podré reorganizar el horario –afirmó Alexis–. Al fin y al cabo, soy la jefa.

A pesar de sus buenas intenciones, Valetta durmió hasta pasado el mediodía. Encontró a su hermana en uno de sus muchos

invernaderos, arreglando plantas.

–Lo siento mucho –se disculpó–. Gracias por no irte a trabajar aunque no me haya despertado.

Hipnotizada, observó a Alexis podar una pequeña planta, que parecía un bonsái. A ella se le daba mal la jardinería. Cuando quería plantar flores o bulbos, contrataba a Rico Suárez. Pero Alexis siempre había tenido un don para eso, como demostraba el invernadero, lleno de orquídeas, rosas, gardenias y lilas.

–Alexis, deberías montar un vivero.

–Justo lo que necesito, más trabajo –rezongó ella.

–Se te da muy bien.

–Es un pasatiempo –dijo Alexis, quitándole importancia–. ¿Cuál es el tuyo?

–Yo, ¿pasatiempos? –Valetta se rio–. Para cuando Mellie se acuesta, me queda la energía justa para vaciar el lavavajillas, ducharme y meterme en la cama con una novela de misterio. Mi marido tenía una enorme colección que doné a la biblioteca pública. Ahora, ironías del destino, pido prestados esos mismos libros. Y, si los devuelvo tarde, ¡tengo que pagar una multa! Eso se llama justicia poética.

–¿Por qué no los compras?

–¿Comprarlos? ¡Una madre soltera no puede permitirse comprar libros!

–Valetta, eres una mujer muy rica –le espetó Alexis, visiblemente molesta.

–Puede que lo sea sobre el papel, pero no en casa.

–Casa –repitió Alexis. La palabra quedó flotando en el aire.

–Alexis, ¿has pensado alguna vez en venir al Este?

–¿Con toda esa nieve? ¡Nunca!

–¡Vamos! –Valetta se rio–. Hasta Lincoln se está acostumbrando al frío. No es Siberia. Y Nueva Inglaterra es preciosa en primavera. Te encantarían las flores silvestres, hay mil variedades. Y los veranos son cálidos, aunque refresca cuando se pone el sol. Además, a Mellie le gustaría mucho.

–¿Le gustaría verme?

–Hace muchas preguntas sobre ti.

–Le pedí a Rosalina que nos sirviera té en el conservatorio. Siempre me ha encantado esa habitación –Alexis cambió de tema y Valetta decidió aceptarlo.

Fueron allí y Alexis se sentó en un sillón de mimbre tan mullido que Valetta pensó que no podría levantarse sin ayuda. A la luz del día parecía extremadamente frágil. Sugirió hablar sobre su enfermedad, pero Alexis se negó y le pidió que sirviera el té.

–¿Leche y una cucharadita de azúcar?

–Tienes buena memoria –Alexis sonrió.

–No es ninguna hazaña. Solo tengo una hermana –contestó Valetta, levantando la tetera de porcelana. Notó que Alexis miraba su pelo blanco, que siempre sorprendía a los desconocidos. La última vez que Alexis la había visto era pelirroja, así que no la sorprendió escuchar la pregunta habitual.

–¿Nunca has pensado en teñirte el pelo?

–¿Y convertirme en esclava de mi peluquera? –replicó, como siempre–. No tengo ni el tiempo, ni el dinero. Además, en cierto modo es un recuerdo.

Nunca habían hablado de la muerte de Jack, y Valetta no dio alas al tema. Se había enterado, bastante después, de que Alexis había llamado cuando Jack murió y había querido volar a su lado. Pero los amigos de Valetta la habían desanimado. Le habían explicado que estaba ingresada en el hospital, en el último trimestre de un embarazo difícil y que los médicos estaban preocupados por ella y por el bebé… necesitaba tranquilidad. Había sido una de las pocas veces en su vida que Alexis había aceptado un consejo, y Valetta la echó de menos en esos momentos. Se habían distanciado y no sabía cómo salvar la brecha. Todos sus intentos de reconciliación habían fracasado. Sus palabras caían en el vacío.

–Alexis, ¿has pensado alguna vez que la vida es mucho más que ese periódico? Quizás deberías replantearte tus prioridades, en vez de pedirme que ocupe tu lugar. Si crees que yo puedo asumir la dirección del *L.A. Connection*, cualquiera puede hacerlo –Valetta se atrevió a hacer la pregunta que le devoraba las entrañas–. Si estás tan enferma, ¿por qué no se lo vendes a Lincoln? Estoy segura de que le encantaría ser su dueño.

Pero Alexis hizo oídos sordos.

–¿Por qué te resistes a aceptar el *L.A. Connection*? Estoy segura de que has aprendido mucho dirigiendo *El Espectador*?

–Porque no tengo grandes ambiciones –decepcionada, Valetta optó por hablar claro–. *El Espectador* va muy bien para lo que es, pero no es más que un diario local sin pretensiones. Algunas semanas publico más anuncios que noticias.

–Eso no es verdad.

–¿Cómo ibas a saberlo tú? –Valetta ladeó la cabeza y miró a Alexis con curiosidad.

–Estoy suscrita –admitió Alexis, incómoda.

–¿Bromeas? Nunca me lo habría imaginado.

–¿No lo sabías?

–No, una agencia se encarga de las suscripciones. Pero te lo agradezco, necesitamos clientes. Eso es lo que nos da de comer a Mellie y a mí. Pero creo que no me entiendes, Alexis: me gusta mi

vida tal y como es. He venido a cederte mis acciones en el periódico, no a sustituirte.

–Has venido a desmantelar el emporio de los Keane –dijo Alexis, hundiéndose en el sillón cama.

–Alexis, hablas como si se tratara del Imperio Otomano. El *L.A. Connection* no es tan antiguo. Lo creó el abuelo, ¿recuerdas? Papá se hizo cargo cuando él murió, igual que hiciste tú cuando murió papá. ¿Quién sabe qué habría hecho con él si hubiera vivido más tiempo y qué habría sido de tu vida si no hubieras ocupado su lugar? ¿O es que siempre quisiste todo esto? –Valetta movió la mano, abarcando todo lo que la rodeaba–. ¿Nunca deseaste otra cosa?

–¿Qué importa eso? –inquirió Alexis, irritada–. Lo pasado, pasado está.

–A ti te importa, y mucho, por lo que parece. Ahora que estás enferma, Alexis, ¿no pierde importancia el periódico?

–¡No! Quizá tiene más. Hace que me preocupe más por su futuro.

–Eso parece –corroboró Valetta con voz suave–. Alexis, no quiero herirte, ni negarte mi ayuda, pero dudo que pueda hacerte feliz tome la decisión que tome. Excepto, quizá, la de volver a California.

–Y eso no lo harás.

–No lo haré. Intenta entenderme, mi vida está en Nueva York, es el camino que elegí. No puedo marcharme sin más. Mellie y yo tenemos compromisos con gente a quien queremos y nos quiere –Valetta sonrió–. Tengo un amigo, un anciano, que no iría al médico si no regreso la semana que viene. No conduce, pero, aunque lo hiciera, necesita que le dé la mano cuando le ponen una inyección. Y Ellen Hartwell nos espera para cenar la semana que viene, y Mellie tiene una fiesta de pijamas el sábado y le prometí que haríamos magdalenas de chocolate… La lista es interminable, Alexis.

–Pero yo te necesito.

–No como crees. Volvería por ti, Alexis, por ti, pero no por un periódico.

Alexis no parecía convencida, quizás nunca lo estuviera, pero pareció perder las ganas de luchar.

–Lo siento, Alexis –dijo Valetta, tocándole la mano–, pero eso es lo que he venido a decirte. Y también que eres bienvenida en mi casa. Siempre habrá un sitio para ti. No es tan elegante como esta –Valetta hizo una mueca–, pero sí cómoda. Y Mellie se merece el viaje.

–Estoy cansada –dijo Alexis, negándose a rendirse–. Tengo que ir

a tumbarme. ¿Cenarás conmigo?

–Por supuesto –accedió Valetta, dolida, aunque en el fondo no había esperado una respuesta–. Te contaré anécdotas de Mellie. Quizá eso te haga cambiar de opinión.

Alexis, habiendo perdido el interés, salió lentamente de la galería, dejando a Valetta sola con sus pensamientos. Y no eran buena compañía. Empezaba a arrepentirse de haberle sugerido a Alexis que vendiera el periódico a Lincoln. Si lo hacía y Lincoln aceptaba, ¿dónde quedaría ella? Estaba empezando a fantasear con la idea de que Lincoln se estableciera en Longacre. Sabía que era casi imposible, pero tenía la esperanza de persuadirlo para que se planteara la posibilidad. De convencerlo de lo importante que era para el pueblo, y para ella.

De hecho, estaba dispuesta a discutir con él tantas veces como fuera necesario para llevarlo a su terreno.

Capítulo 14

–¡AHÍ está mi mamá! –le gritó Mellie a Lincoln en el aeropuerto, el domingo siguiente. Valetta estaba tan feliz por regresar que hubo abrazos hasta para Lincoln. Durante todo el camino de vuelta a casa, Mellie parloteó sobre todo lo que había ocurrido en su ausencia. Además, quería saber qué le había traído Valetta de California. Y también si le gustaban los macarrones al horno, porque Lincoln los había hecho siguiendo la receta de un libro, sin quemar nada, y solo tenían que calentarlos.

Mellie habló sin descanso hasta ponerla al día de todo, mientras Valetta y Lincoln intercambiaban miradas divertidas. En un momento dado, Lincoln incluso apretó suavemente su mano, para indicarle cuánto lo alegraba su regreso.

Los macarrones al horno estaban muy buenos; por lo visto, Lincoln era capaz de seguir una receta al pie de la letra. Mellie estaba sobreexcitada, pero Lincoln, al contrario, parecía más relajado que nunca. Cuando Mellie apareció poco después de cenar con su mochila y anunció que estaba lista, Valetta comprendió por qué Lincoln no había probado el vino en la cena. Iba a llevar a Mellie a casa de Hannah a dormir.

–¡Olvidaste que era su cumpleaños! –acusó Mellie a su madre. Valetta se llevó la mano a la boca.

–¡Ay, tienes razón, Mellie! ¡Lo olvidé! Lo siento. Pero mañana es lunes. ¿No hay colegio?

–Es el día del profesor, creo, no hay. ¿También te has olvidado de eso?

–Sí, me olvidé. Aún debo de tener la cabeza en California. ¿Y el regalo de Hannah? ¿Qué vamos a hacer?

–No te preocupes, mamá, Lincoln se ocupó de eso –dijo Mellie, enseñándole una caja envuelta con papel de regalo–. Fue al centro comercial y buscó y buscó hasta encontrar lo que quería Hannah.

–Quedé de miedo comprando una boa de plumas de color rosa –dijo Lincoln, haciendo una mueca–, pero Hannah dijo que eso era lo que necesitaba. Creo que la dependienta no me creyó cuando le dije que mi color favorito no era el rosa.

Mellie soltó una risita y Valetta tuvo que sonreír. Estaba viendo a un Lincoln desconocido para ella.

–Así que –dijo él, levantándose–, por esta vez, señora Faraday, puede relajarse y no pensar en conducir, o fregar los platos, o deshacer la maleta. Llevaré a Mellie a casa de Hannah y volveré a limpiar. Pon los pies en alto y mira la tele y disfruta de esa copa de vino hasta que vuelva.

–La verdad es que preferiría ir con vosotros. El vino me ha dado sueño y el paseo me despejará. Además, he echado de menos a mi nenita. Así podré pasar un rato más con ella.

–¡Mamá, no soy una nenita! –protestó Mellie.

El viaje a casa de Hannah fue otro revoltijo de risas e historias desde el asiento de atrás. Mellie también hizo mil preguntas sobre California y su tía Alexis y se asombró de que su madre no hubiera ido a Disneylandia, aprovechando la ocasión. Pero lo olvidó todo cuando llegaron a casa de Hannah y media docena de niñas salieron a recibirla, a gritos.

–Pobre Christie –gimió Lincoln cuando se marcharon–. ¡Todas esas niñas! ¡Y ese ruido!

–Creo que podrá soportarlo –Valetta sonrió, adormilada. Al notar que el coche se paraba, abrió los ojos–. ¿Pasa algo? ¿Por qué hemos parado?

–Para que pueda hacer esto –antes de que pudiera detenerlo, Lincoln se inclinó hacia ella y plantó un beso hambriento en sus labios. Ella los entreabrió y él investigó su boca con la lengua, encontrándose con el sabor de su respuesta y de su deseo–. Llevo deseando hacerlo desde que te recogimos en Albany –musitó.

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y, metiendo el brazo dentro de su abrigo, rodeó su cintura para atraerla hacia él y besarla en el cuello.

–Eres tan suave –murmuró–. Tan, tan suave…

Valetta enredó los dedos en su espeso cabello, algo que llevaba años deseando hacer, y atrajo su rostro. Su barba rasposa le pareció sensual, excitante. Jadeante, apretó la boca contra la suya y sintió algo parecido a una descarga eléctrica. De repente, él interrumpió el beso y arrancó el motor.

–Si no paramos ahora mismo –confesó–, no seré responsable de… bueno, de nada –se rio.

Valetta no dijo palabra el resto del camino; su cabeza era un torbellino formado por todas las atractivas y pecaminosas fantasías que había tenido con respecto a Lincoln Cameron. Pensó que el beso debía de ser una forma de incitarla a pedir más… Aunque no lo fuera, su plan de pedirle que se quedara en Longacre más tiempo, ya no le parecía tan descabellado. Esos besos tenían que significar algo.

Cuando llegaron a casa, Lincoln no permitió que Valetta lo ayudara a recoger la mesa y ella agradeció poder disfrutar de unos momentos a solas para recomponerse. Linc le dio una copa de vino y le ordenó que fuera a sentarse.

–No has probado el vino –dijo, cuando se sentó a su lado, diez minutos después–. Es bueno, lo compré cuando buscaba el regalo

para Hannah. En este pueblo hace falta una tienda que tenga buenos vinos.

–Es una idea –Valetta sonrió–, pero habría que enseñarle a la gente a valorarlo. Tendrías que dar un cursillo de cata de vino. ¡La clase se llenaría!

–Sí, tendría que montar una vinoteca o hacer que me enviaran las existencias de mi bodega.

–¡Podrías abrir una tienda con lo que tienes allí!

–Cielo, en este momento no estoy pensando en Longacre –dijo Lincoln, dejando la copa y acercándose a ella–, sino en su hija predilecta –la besó en la nariz–. Estoy loco por ti, Vallie.

El cansancio de Valetta se esfumó al sentir sus manos en los hombros. Se arqueó hacia él.

–Admito que yo pensaba en algo similar –dijo, y apoyó las palmas de las manos en su pecho.

–Eso me gusta, me gusta –susurró él, al sentir cómo sus manos recorrían el contorno de su cuerpo. Con timidez, pero también con deseo. Trazó un sendero de besos en su mandíbula y la miró con seriedad–. ¿No te opondrías si intentara hacerte el amor?

–No mucho –murmuró Valetta, rindiéndose a la gloriosa sensación que le provocaban sus caricias.

–Me alegro, porque no he pensado en otra cosa desde que te marchaste.

–¿Lo dices en serio, Lincoln? –Valetta alzó la cabeza–. No necesitas halagos para convencerme de…

–¿Convencerte? Si tengo que convencerte, prefiero renunciar ahora mismo.

–¡Oh, no, Lincoln! –Valetta tomó su rostro entre las manos y lo miró a los ojos.

Lincoln suspiró con alivio y depositó un beso ligero y juguetón en sus labios, mientras le desabrochaba el primer botón de la blusa. Después entreabrió sus labios con la lengua y se libró de otro botón.

Ella cerró los ojos, disfrutando del juego. No se quejó cuando él devoró su boca y sintió que abría un botón más. No tenía quejas. Poco después, Lincoln le quitaba la blusa y tragaba aire al ver el sencillo sujetador de algodón que contenía sus senos.

–¡Espera!

–¿Qué? –Lincoln estaba ensimismado con el pezón marrón claro que coronaba el pecho que estaba liberando en ese momento.

–Yo… yo…

–¿Voy demasiado rápido? –preguntó Lincoln, sabiendo que, si hubiera habido más luz, habría visto las mejillas de Valetta rojas como la grana. Agarró su mano y le besó los dedos uno a uno.

–No… no… –avergonzada, Valetta intentó apartar la mano de su

boca.

–¡Me alegro! –bajó la cabeza hacia su pecho y lamió sus pezones erectos, primero uno, luego, otro, hasta que la sintió relajarse en sus brazos–. ¿Confías en mí?

–Ummm –Valetta suspiró, incapaz de hablar por el placer que le estaba provocando. Pensó que él hablaba demasiado. Le encantaba su forma de mordisquearle el lóbulo de la oreja. Su cuerpo ardía por las caricias de un hombre… de ese hombre. Solo podía ser Linc, o habría ocurrido mucho antes, incluso en ese pequeño pueblo.

Lincoln desabrochó el sujetador y se deshizo de él. Mientras le desabotonaba los vaqueros, acarició su vientre. Por fin iba a ser suya. Introdujo la mano bajo la cinturilla de sus braguitas y sintió un estremecimiento de respuesta. Acarició su clítoris y los suaves rizos que lo cubrían. Sus dedos la encontraron húmeda y lista para él, pero Lincoln se obligó a ir más despacio. No era ningún niño, pero era la mujer más adorable que había conocido en su vida.

Se quitó la ropa rápidamente cuando comprobó que no podía esperar más. Tembloroso como un colegial, también terminó de desnudarla a ella y se tumbó a su lado. Se colocó sobre su cuerpo y sintió la presión de sus pezones erectos. Tomó su mano y la guio hacia él.

–¿Ves lo que haces conmigo, Valetta? Tócame. Oh, diablos, no –se rio–. Eso ha sido un error.

–Déjame tocarte, Linc –ordenó ella tomando las riendas de la situación y acariciando la mata de vello que cubría su torso–. Eres tan bello que solo mirarte casi sería suficiente.

–Espero que no –masculló él intentando no moverse, aunque anhelaba hacerlo.

Valetta besó su ombligo y sintió cómo se estremecía. Se situó sobre sus caderas y lo besó en la boca con pasión, hasta que él le dio la vuelta y se colocó encima de nuevo.

–No puedo… –jadeó– no puedo esperar… Abre las piernas para mí, cariño.

Valetta hizo lo que le pedía y rodeando su cintura con las piernas sintió cómo levantaba sus caderas y buscaba la vía de entrada entre sus muslos. Impaciente, lo aceptó en su interior deseosa. Su sexualidad adormecida se había despertado y, dejándose llevar por una ola de pasión, Valetta culminó su placer. Él la siguió poco después, con un grito y un estremecimiento que pareció vaciarlo por completo.

Valetta fue la primera en despertarse, en brazos de Lincoln y con sus piernas rodeándole los muslos. Era la primera vez que dormía con un hombre desde Jack y la extrañó sentir la calidez que la rodeaba. Durante un instante, olvidó lo que había ocurrido. Le

gustó cómo se tensaron los brazos de él cuando se movió un poco, aunque tenía los ojos cerrados y respiraba pausadamente. Relajándose, se permitió algunas libertades. Por ejemplo, la de apoyar la mejilla en su hombro y acariciar sus musculosos antebrazos, disfrutando del cosquilleo de su vello. Por primera vez en años, se sintió segura y en paz. Cerró los ojos y se acurrucó contra él. Le encantó que él le devolviera el abrazo, y solo sufrió una leve decepción cuando oyó sus palabras.

–¿Tienes hambre? –susurró él. Ella sonrió y pensó que allí acababa el romanticismo.

–Siempre tienes hambre –protestó, abrazándolo.

–¿Por qué tengo la sensación de que no vas a levantarte a hacerme unos huevos fritos? –murmuró contra su sien.

–No lo sé –contestó ella, mientras su mano empezaba a explorarlo–. Es decir, lo haría, si fuera necesario –besó uno de sus pezones–, pero tengo la sensación de que no es eso lo que más te apetece en este momento. ¿Me equivoco? –preguntó con voz dulce, sintiendo cómo él crecía bajo su mano.

–Vallie –gruñó Lincoln–, si sigues haciendo eso…

–¿Sí?

–¡Sí!

Cuando se plantearon preparar café, era más de medianoche, pero los dos estaban de acuerdo en que la espera había merecido la pena. Saciada y algo temblorosa, Valetta fue a la ducha, esperando que el vapor le hiciera recuperar el sentido.

–No te preocupes, no podría –él sonrió al ver su mueca cuando abrió la cortina de la ducha–. ¿Tres veces en una noche? Eh, no soy tan joven como era antes, señorita. Pero puedo enjabonarte la espalda.

–Bien. Hazlo y después tal vez sea capaz de preparar unos huevos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, con el piar de un pájaro en la ventana, Valetta se sentía de maravilla. Abrió los ojos y al ver a Lincoln apoyado en un codo, contemplándola, supo por qué.

–¿Cuánto tiempo llevas despierto? –preguntó, adormilada.

–Un rato –admitió Lincoln, besándola–. Verte dormir ha sido una buena manera de pasar el tiempo. Pero ahora tengo una idea mejor en mente.

Treinta minutos después, recién salido de la ducha, Lincoln fue a la cocina. Sonriendo al ver la evidencia de su tentempié de medianoche, Lincoln vació y fregó la cafetera. Al mirar por la

ventana comprobó que la jardinería no era una de las habilidades de Valetta. De hecho, «jardín» era un término generoso para lo que veía. Tiestos de barro amontonados de cualquier manera, un rastrillo oxidado en una esquina, dos palas tiradas en el suelo; era un desastre. Pensó que tal vez debería pasar un rato allí fuera esa tarde, haciendo ejercicio y arreglándolo un poco. Se olía la primavera en el ambiente. Lincoln detuvo el rumbo de sus pensamientos, incrédulo.

–Debes de estar pensando algo muy profundo –dijo Valetta, sentándose en una silla.

–En absoluto –Lincoln sonrió–. Estaba mirando tu jardín. Necesita algo de trabajo.

–Sí, bueno –alzó los hombros con ligereza–. ¿Quién tiene tiempo? Además, los resultados nunca justifican mi esfuerzo –suspiró–. ¿Está listo ese café que me habías prometido?

–Café, un beso –dijo él, dándole ambas cosas–, y tostadas.

–Qué doméstico estás esta mañana –tomó una tostada del plato–. Ni siquiera están quemadas.

–No sé por qué me consideras incapaz de cocinar.

–Puede que tenga algo que ver con esos cazos que quemaste el mes pasado –gruñó ella.

–No me digas.

–¡Lincoln, estoy bromeando! El famoso señor Cameron no acaba de encajar en la cocina de una casa de campo. Aunque reconozco que el café está buenísimo. Parece que por fin has dominado la técnica –sonrió–. La verdad es que no te conozco demasiado. Hay partes de tu vida de las que nunca hablas.

–Oh, oh –Lincoln hizo una mueca–. ¿Vamos a tener una de esas conversaciones «del día después»?

–¿He dado esa impresión? –preguntó Valetta a la defensiva, y roja como la grana.

–Un poco –se burló Lincoln–. Pero, si tienes preguntas que hacer, dispara. Acabo de aprovecharme de tu delicioso cuerpo –hizo una mueca traviesa–, así que supongo que te mereces algunas respuestas.

–Si sigues así, me quejaré de mucho más que de tu forma de cocinar –replicó Valetta–. Pero sí hay algunas cosas de las que me gustaría que habláramos. Nada serio –lo tranquilizó, al ver un chispazo de inquietud en su mirada–, solo algunas cosas aparte de qué has hecho estos últimos diez años.

–¿Por ejemplo?

–Algo que pensé cuando estaba en California –Valetta tomó aire y siguió adelante–. Me gustaría que te plantearas quedarte en Longacre algún tiempo más. Espera –alzó una mano rápidamente–,

escúchame. Solo te pido que lo pienses. Esto no tiene nada que ver conmigo. La semana que pasé en Los Ángeles me hizo pensar en varias cosas, por ejemplo, lo que compartes con Alexis. Sé que está enferma, Linc, pero es más que eso. Siempre fue una mujer sin alegría, agria y, por desgracia, en mi última visita descubrí que no ha cambiado. Dado que trabajas para ella y pasáis mucho tiempo juntos, creo que eso te afecta –lo miró fijamente–. Aquí pareces muy feliz, y has hecho que mucha gente se alegre de tu visita.

–Eres muy amable al decir eso.

–No intento ser amable. Y no soy la única que quiere que te quedes más tiempo. Lo que ocurrió entre nosotros ayer ocupa un segundo plano. Ya habíamos hablado de esto antes. No estoy diciendo que no quiera algo entre nosotros. Después de ayer, creo que lo hay. Pero no te pido que te quedes por ese nuevo aspecto de nuestra relación.

–¿Te refieres al sexo? –la pinchó Lincoln.

–Sí –Valetta se ruborizó–… al sexo.

–El fantástico sexo –enfatizó Linc.

–El fantástico sexo –concedió Valetta con una sonrisa–. Pero no fue solo sexo, ¿verdad, Linc?

–No –admitió él–. Y no diré que no me gusta estar aquí. Incluso podrías tener razón en cuanto a lo que siento estando en California trabajando para Alexis. La verdad es que llevaba varios meses inquieto. Esa es una de las razones por las que accedí a venir aquí.

–¿Una?

–Tú fuiste la razón principal, preciosa. Sentía curiosidad por verte. En cuanto Alexis me pidió que viniera, me enganchó. Pero tengo compromisos que están por encima de Alexis.

Valetta aguantó la respiración, esperando que dijera que Alexis le había ofrecido crear una sociedad.

–Como he dicho, últimamente he estado inquieto. Pero eso no es razón para trasladarme a cinco mil kilómetros de distancia. Si lo hiciera, sería más por ti que por otra cosa. ¿Cómo no iba a serlo, Vallie? Estoy loco por ti. Y no es frecuente que disfrute de noches maravillosas, como la que compartimos ayer.

–Gracias por decir eso –Valetta sintió cierta decepción por que no hubiera confiado en ella, pero agradeció sus palabras–. Conozco tus obligaciones. La diferencia es que yo adoro mi vida aquí y disfruto con mis obligaciones. Hace años que no nos vemos y no sé mucho de ti, pero sí lo suficiente para decir eso. Dime la verdad, Lincoln, ¿eres feliz en Los Ángeles?

Linc no quería contestar; la conversación estaba empezando a ponerlo muy nervioso. Dijera lo que dijera Valetta, era una conversación del día después. Sentía que cuerdas de seda

empezaban a enredarlo y frases como «ahora qué, obligación, relación, compromiso» flotaban en el aire, a punto de ser dichas. Y llevaba toda una vida evitando decirlas u oírlas.

–Tengo que regresar –dijo, tras pensarlo–. Necesito tiempo para pensar en todo esto.

Valetta luchó contra el miedo que asoló su corazón. Si Lincoln volvía a California, no regresaría allí.

–¿No puedo ayudarte? –preguntó, consciente de que él no aceptaría la oferta.

–Valetta, no podría abandonar Los Ángeles de repente, igual que tú no puedes abandonar Longacre. La verdad es que parte de mí desea quedarse pero, aun así, tengo responsabilidades. Hay gente que depende de mí y espera mi regreso. Tengo que ir a Bélgica y voy a cubrir la Conferencia Mundial de Salud en Mozambique, en agosto… –Lincoln se calló.

«Llevo amándote toda una vida, pero pensar en eso me da pánico», se dijo.

–Vallie, sé que entre nosotros hay algo grande, pero nunca he… Esto es nuevo para mí. Necesito tiempo. Por favor, confía en mí. ¿Puedes darme algo de tiempo… un mes?

–Supongo que sí –Valetta parpadeó y esbozó una sonrisa–. Te quiero lo bastante como para hacerlo.

–¿Me quieres? –preguntó él con ternura.

–Sabes que sí –tomó su rostro entre las manos–. No me habría acostado contigo si no fuera así.

–Es lo que pensaba –Lincoln la besó con gentileza–. Y supongo que sabes que nunca te lo habría pedido si no me importaras muchísimo.

–Menuda pareja somos –Valetta sonrió con tristeza–. Declaramos nuestros sentimientos más profundos sentados ante una taza de café frío.

–Puedo solucionar uno de esos problemas ahora –Lincoln se inclinó hacia ella–. Lo del café caliente, ya lo solucionaré después.

Capítulo 15

–ENTONCES, Mellie, ¿qué opinas?

–¿De qué? –preguntó Mellie, ausente, mordiendo el lápiz y mirando su libro de texto.

–Da igual –Valetta sabía que no la estaba escuchando–. Pensaba en voz alta.

–¡Tengo muchos deberes! La señorita Gerard solo piensa en ponernos montones de deberes y exámenes. Si Lincoln estuviera aquí me ayudaría con las matemáticas, estoy segura.

–Yo te ayudaré, cielo.

–Perdona, mamá, pero las mates no son lo tuyo.

Ofendida, Valetta se ofreció a preparar cacao. Era sábado por la mañana y tenía un millón de cosas que hacer, pero le faltaban las ganas. Se preguntó dónde estaba Lincoln. Había pasado más de un mes. Estaban a finales de mayo y él había dicho que regresaría en primavera.

Lo había prometido.

–Han salido esas flores moradas –dijo, mirando por la ventana. Suspiró con fuerza y Mellie la miró.

–Echas de menos a Lincoln –afirmó.

–¿Por qué dices eso?

–Porque lo digo. Además, llevas toda la semana diciendo que tenías mil cosas que hacer este fin de semana y que no hiciera planes ni te pidiera que me llevases a ningún sitio; pero ahora no estás haciendo nada, más que hablar de esas flores; ¡y todo el mundo sabe que odias las flores!

–¡No las odio! Al contrario, esas cosas moradas me gustan –protestó Valetta–. Pero no se me dan bien.

–No son cosas, mamá, son flores y se llaman azafrán de primavera. Ni siquiera recuerdas su nombre, ¡eso es porque las odias!

–No, es solo que no son una de mis prioridades.

–¡Echas de menos a Lincoln!

–Muchísimo –Valetta se sentó frente a su hija y soltó un suspiro.

–¿Por qué no vas a California y lo traes a casa?

–Porque esta no es su casa.

–Sí lo es. Lo sé porque aquí estaba feliz. Y en California no.

–¿De dónde has sacado eso, sabelotodo?

–Porque me lo dijo él –Mellie la miró con desdén.

–¿Sí? ¿Cuándo?

–Cuando fuiste a ver a la tía Alexis. Linc me ayudaba con los deberes. Una noche, mientras Patty hacía la cena, me dijo que su

forma de cocinar le recordaba a cuando era un niño y sus padres estaban vivos y su mamá hacía la cena y él los deberes, mientras esperaban que su padre volviera del trabajo. Y Patty le preguntó por qué no se quedaba a vivir en Longacre, si eso le hacía feliz. Y Linc dijo que le encantaría, pero que a la tía Alexis no le gustaría. Patty le preguntó qué importaba lo que pensara la tía Alexis. Él dijo que le debía mucho y ella preguntó qué. Lincoln dijo que daba igual.

–¡Eh, Mellie Faraday! ¿Sabían que estabas espiándoles? Porque eso es lo que hacías.

–No espiaba –afirmó Mellie–. No es culpa mía si los mayores no prestan atención a los niños que están callados, haciendo los deberes.

–Mellie, sabes muy bien a qué me refiero.

–¿Puedo preguntarte una cosa? –pidió Mellie, pensativa–. ¿Los hombres lloran?

–¡Mellie! Yo… Sí, claro que sí. ¿Por qué me haces una pregunta tan rara?

–Bueno, esa noche, mientras discutían los ojos de Lincoln empezaron a brillar mucho. Pero entonces llegó Chuck y Linc se levantó sonriendo, así que no estoy segura –Mellie se encogió de hombros–. Linc no lloraría, ¿verdad, mamá! Es un hombre. Creo que los hombres no lloran, menos en las películas.

Mellie bajó la cabeza y volvió a sus deberes. Pero, diez minutos después, su voz sobresaltó a Valetta.

–Entonces, ¿vas a ir a buscarlo?

–No lo sé.

–Ojalá fueras, y pronto. Lo echo mucho de menos y seguro que él también a nosotras. No puede ser feliz allí. Porque era feliz aquí.

–Supongo que eso tiene su lógica –Valetta sonrió.

–Creo que deberías ir a California mañana y obligarlo a volver. Dile a la tía Alexis que tiene que compartirlo con nosotras y que es nuestro turno. Llamar por teléfono no es igual.

–Así de fácil, ¿eh?

–Él te escuchará, lo sé.

–¿Por qué? ¿Tienes una bola de cristal?

–Lo sé –declaró Mellie con la seguridad típica de una criatura de nueve años.

Valetta se quedó pensativa. Sin saber si lo hacía por amor a Lincoln, o por los suspiros que emitía Mellie mientras hacía los deberes de matemáticas, telefoneó a Patty Carmichael para preguntarle si podía cuidar de Mellie unos días.

Valetta llegó a Los Ángeles a última hora de la tarde, pero esa

vez fue a un hotel. Habría sido una falta de tacto alojarse en la mansión de los Keane cuando pretendía robarle a Lincoln a su hermana.

A la mañana siguiente se levantó temprano, se duchó y pidió que le sirvieran el desayuno en la habitación. Dispuesta a conquistar el mundo, o al menos a Lincoln Cameron, condujo hacia las oficinas del *L.A. Connection.* Esperó no encontrarse con Alexis, porque eso dificultaría su tarea.

Sin embargo, el sistema de seguridad del *L.A. Connection* era supremo. Cuando entró al edificio le pidieron su tarjeta de identificación y le dijeron que sin cita previa no podía subir. Tuvo que obligar al guardia de seguridad a llamar a la señorita Keane. Incrédulo, el guardia llamó a la secretaria de Alexis y, cuando colgó, era todo sonrisas. Le habían ordenado que escoltara personalmente a la hermana de la señorita Keane al piso decimoctavo. Valetta había perdido el factor anonimato, pero, dada la expresión de Alexis al recibirla, tenía la ventaja del factor sorpresa.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Como era habitual, Alexis no perdía el tiempo.

–Alexis, tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

–Ven a mi despacho, haré que lo busquen –dijo Alexis, que no tenía un pelo de tonta.

Valetta la siguió por el pasillo que, para su sorpresa, seguía decorado con los cuadros que había comprado su padre muchos años antes, todos obras originales de valor incalculable. Cuando vio a su secretaria, Alexis le pidió que buscara al señor Cameron y después condujo a Valetta a su despacho. El mismo que había ocupado su padre, y en el que Valetta había pasado horas jugando.

–No irá.

–¿Quién no irá dónde? –preguntó Valetta.

–Lincoln, por supuesto. Adora su trabajo –afirmó Alexis–. Ayer entrevistó al presidente brasileño. Y cualquier día de estos se irá a Bélgica, a cubrir los Juegos Olímpicos. Todas esas jovencitas… –esbozó una desagradable sonrisa–. No le pedí que fuera, se ofreció voluntario hace meses. Me sorprendió, ya sabes que odia viajar, pero siempre lo han tentado las caras bonitas.

–Sé lo que intentas hacer, Alexis, y no funcionará. Además, no voy a suplicarle a Lincoln que vuelva. Solo le traigo un mensaje… de Mellie.

–Has recorrido muchos kilómetros por algo que podrías haber escrito en una carta –soltó Alexis.

–Tú hiciste que él recorriera los mismos para darme un mensaje que deberías haberme dado tú.

La discusión acabó ahí porque Lincoln entró en la sala. Su aspecto sorprendió a Valetta. Con ropa elegante, el pelo recién cortado y zapatos relucientes, resultaba intimidante. Un hombre importante. Valetta comprendió que se había preocupado con razón. Él parecía haberse readaptado perfectamente a su vida anterior, como si Longacre no significara nada.

–¿Valetta? ¡Menuda sorpresa!

–¿Lo es? –preguntó Alexis risueña.

–Claro que sí –Lincoln frunció el ceño–. ¿Va todo bien, Vallie? ¿Mellie está bien? ¿Ha ocurrido algo?

–Mellie está perfectamente –le aseguró Valetta–. Todos están bien.

–Me alegro. Pero, entonces, ¿por qué estás aquí?

–El azafrán de primavera ha florecido –dijo Valetta, sin pensarlo.

Lincoln miró por encima de su hombro hacia donde estaba Alexis, sin quitarle los ojos de encima. Deseó que les concediera algo de intimidad, pero sabía que eso no iba a ocurrir.

–Mellie te envía un mensaje, Linc –dijo Valetta, recuperando algo de coraje–. Me pidió que te dijera que te echa mucho de menos.

–Yo también a ella –Lincoln sonrió–. Pero ya le dije que no sabía cuándo podría volver.

–Da igual lo que dijeras. Los niños no tienen las mismas referencias que nosotros. Ella pensaba… todos pensábamos… –Valetta suspiró–. Te advertí que el pueblo tenía expectativas. Soy su emisaria. Me enviaron para que te recordara tus… obligaciones.

–¿Recordarme mis qué? –miró a Alexis de reojo y soltó una risa que incluso a él le sonó a hueco–. No tengo ninguna, y lo saben.

Valetta lo miró con curiosidad, incapaz de descubrir por qué estaba tan distante. Entendía que lo incomodara mantener esa conversación delante de Alexis, y decidió solucionar esa parte del problema.

–¿Podemos hablar en algún sitio privado? –preguntó. Él no podía negarle unos minutos de intimidad, cuando había volado más de cuatro mil kilómetros para verlo.

–Buena idea. Mi despacho está al final del pasillo.

–Cuento con vosotros para almorzar –oyeron decir a Alexis. Valetta siguió a Lincoln, que parecía más delgado. Debía de haber perdido peso desde su vuelta.

El despacho de Lincoln, recubierto de madera, competía en grandiosidad con el de Alexis, sin llegar a ganar la partida. Un enorme ventanal ofrecía una panorámica de Los Ángeles y el resto era una exhibición de poder y riqueza: óleos, diplomas, bar y toda una pared llena de televisiones, teléfonos y ordenadores. También

había un montón de periódicos y revistas sobre el sofá, de la competencia, supuso. Linc le ofreció una taza de café, que ella rechazó. No había ido allí a tomar café. Se lanzó de lleno a su discurso.

–Antes que nada, Mellie quiere que te diga que, si no la ayudas con las matemáticas, va a suspender.

–Valetta, no deberías haber venido.

–Veamos… –Valetta, ignorando sus palabras, siguió adelante, contando los mensajes con los dedos–. Patty quiere que te diga que ha comprado sillas plegables, por si quieres seguir con las clases. Chuck necesita que lo ayudes a agrandar un par de ventanas. Davey y Ellen que les prometiste ayudarlos a cocinar la cena del domingo de Pascua, pero que como te la perdiste, puedes hacer la del Cuatro de Julio. Andy quiere que sepas que se ha inscrito en un curso de periodismo en la universidad de Binghampton, pero no entiende ni palabra y le gustaría que le dieras algunas clases. Rico me pidió que te dijera que es un niño, Clay, que están bien y que espera el reinicio de las clases, y quiere saber si Nancy puede llevar al bebé. Y Jerome… Bueno, Jerome te maldijo de cien maneras distintas, pero no repetiré sus palabras –concluyó Valetta con una leve sonrisa.

–Valetta, no.

–Te quieren, Lincoln Cameron, y quieren que vengas a casa.

–Es muy amable de su parte, desde luego.

–¿Amable? –dijo Valetta, arrugando la frente–. ¿Cuándo te has vuelto tan condescendiente?

–No lo decía en ese sentido.

–¿En qué sentido lo decías?

–Te expliqué que necesitaba tiempo para pensar.

–Ah, sí, cierto. Dijiste que necesitabas un mes, y ya ha pasado. ¿Qué has decidido?

–Yo…

–¡Lo sabía! –lo interrumpió Valetta, impaciente–. Sabía que, si volvía aquí, sería el mayor error de mi vida.

–¿De tu vida? –Lincoln no pudo evitar una sonrisa–. Pensé que hablábamos de mi vida.

–Tenía la esperanza de que también te replantearas eso.

–Y lo estoy haciendo.

–No –refutó ella con tristeza–. Apuesto a que no has pensado en mí. No iba a pedirte que te casaras conmigo, si eso era lo que te preocupaba. Solo quería ser parte de tu vida.

–Y lo eres, Vallie, pero no puedo irme de aquí sin más. Te lo advertí. Podría necesitar un año.

–¿Un año? ¡Dijiste un mes!

–No había tenido en cuenta algunas cosas.

–¿Y yo? ¿Se supone que debo esperar un año hasta que decidas si vas a volver? ¿No lo entiendes, Linc? ¡Te quiero! Y aún más, tú me quieres a mí.

–¡Nunca dije eso!

–¡Hombre cruel! –protestó ella–. Lo dijiste cada vez que me besabas… La noche que hicimos el amor… Lo dijiste con los ojos. Lo dijiste por la mañana, cuando te despertaste a mi lado.

–¿Y qué si lo hice? –irritado por la retahíla de Valetta, siguió con desdén–. ¿De veras crees que el amor es suficiente? Te diré algo, señora Faraday, la gente envejece y se apaga, y el amor también, pero esto… –Lincoln señaló los trofeos, cuadros y placas, testimonio del imperio que había ayudado a construir, sus trofeos–. ¡Esto dura para siempre!

–Ay, Lincoln, créeme. Nada dura para siempre. ¿No preferirías envejecer en Longacre con tus amigos, que quedarte aquí sentado en este enorme y frío despacho? –Valetta se estremeció.

–Ayer entrevisté al presidente de Brasil. ¿Puedes superar eso? –la retó él. No la impresionó.

–El presidente de Brasil da un discurso lleno de palabras vacías y todo el mundo aplaude y brinda por su salud. Pero ¿sabes lo que hace después de sus discursos, Lincoln? Vuela a casa, a Río, con su familia, Lincoln. Eso es lo que falta en estas paredes tan bien decoradas: ¡una foto de tu esposa y tus hijos!

Valetta comprendió que había hecho diana; el enfado de él crecía por momentos. Pero esa sería su última oportunidad para persuadirlo. No iba a repetir el viaje.

–Cada noche, cuando acuesto a Mellie y me voy a la cama, pienso en ti. Pero mi cama está vacía. Todas las mañanas, cuando me despierto, deseo que estés allí y te busco con la mano, fíjate qué tontería. Me paso días criticando a mis empleados, que no saben qué diablos me pasa, o son demasiado diplomáticos para decírmelo… menos Patty, claro. Ella me lo dejó muy claro el otro día, pero ella es mi amiga.

–¿Qué dijo Patty?

–Dijo: «¡Súbete al siguiente maldito avión y trae a tu hombre a casa!».

–Sí, eso suena típico de Patty, desde luego –Lincoln no pudo evitar soltar una carcajada. Valetta movió la cabeza con tristeza.

–Esto es culpa de Alexis, ¿verdad? ¡Lo es! Lo noto en tu comportamiento. ¿Qué te ha ofrecido, Linc? ¿Las llaves del reino? Mencionó algo sobre una posible sociedad, pero tú no me dijiste nada.

Valetta dio un paso atrás cuando Lincoln se volvió hacia la

ventana. Su rigidez le sirvió de respuesta.

–Lo hizo, ¿verdad? ¡Te ha ofrecido el periódico! ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Es lo que llevas esperando toda la vida.

–Escucha, Valetta, tienes que entender… –Lincoln la miró con los ojos nublados, pero no la conmovió.

–Lincoln, ¿por qué no lo dijiste en cuanto entré? ¿Por qué no me detuviste? ¿Crees que me ha resultado fácil decir todo esto? ¿Hacer este viaje, dar de lado a mi orgullo y venir a suplicarte?

–Y tú –replicó él con voz angustiada–, ¿crees que fue fácil volver aquí? Claro que llevo toda la vida queriendo dirigir el periódico, ¿qué esperabas?

–No lo sé –los ojos de Valetta se llenaron de lágrimas–. No sé qué creer. Quizá fue más fácil para ti elegir el periódico. Arriesgarse supone un riesgo, ¿no? Para mí no fue fácil renunciar al recuerdo de Jack por ti. ¡Lo amaba! Y amar su recuerdo era muy seguro; no se corren riesgos amando a un hombre muerto. Pero pensé «Eh, también quiero a Lincoln», y es una suerte amar a dos buenos hombres en una sola vida.

Miró a Lincoln esperando una reacción, como no la hubo, se dirigió hacia la puerta.

–Vuelvo a Albany mañana a las diez y media. Me tomé la libertad de reservar el asiento de al lado del mío. Tú decidirás si quieres utilizarlo o no. Siempre podríamos pedir que nos enviaran tu maldita colección de vinos por mensajero.

Habiendo fracasado en su intento de recuperar a Lincoln, Valetta descubrió que le sobraba tiempo. Así que paseó por la ciudad y le compró a Mellie todos los Mickey Mouse que encontró. Con los brazos cargados de regalos, regresó al hotel.

Llamó al mejor restaurante de la ciudad, encargó una cena de lujo, y pidió que la cargaran en la cuenta de Alexis Keane. Le llevaron una cena deliciosa que casi había olvidado cuando llegó al aeropuerto, a la mañana siguiente. Subió al avión y mantuvo la esperanza de que Lincoln llegaría hasta que cerraron las puertas. Incluso pensó en una posible llamada de emergencia, cuestión de vida o muerte, que haría que retrasaran el despegue. Lincoln llegaría y…

El asiento que había a su lado siguió vacío durante todo el vuelo de vuelta a Albany. Nerviosa, se preguntaba qué iba a decirle a Mellie. Le había advertido que su misión era complicada, pero sabía que, igual que ella, Mellie estaba esperanzada. Pero la inteligente niña no hizo ningún comentario cuando fue sola a recogerla a casa de Patty.

–No más viajes, ¿vale, mamá?

Los abrazos y besos de la niña la reconfortaron.

Longacre pasó de la primavera al verano la semana que Mellie cumplía diez años. Juntas, planificaron la fiesta del siglo. Valetta siempre se aseguraba de que fuera una celebración colorida y ruidosa. Ese año no fue distinto.

El sol resplandecía, los niños gritaban y más de cien globos de color rosa invitaban a todo el pueblo a que pasara a tomar un vaso de limonada rosa. Por si eso fuera poco, había cintas rosas ondeando en las ramas de los árboles, para que nadie olvidase que Mellie Faraday cumplía años.

–¿Qué te pasa, Val? –preguntó Patty, mirando el destrozo que Valetta había hecho en la porción de tarta que tenía en el plato–. No puedes engañar a tía Patty. Como dice la canción, «tienes problemas».

–¿Qué canción? –Valetta forzó una sonrisa.

–¡Casi todas las que conozco!

Valetta dejó caer los hombros. No tenía sentido intentar engañar a Patty.

–No me hagas caso. Siempre me pongo un poco sensiblera en esta época del año.

–Echas de menos a Jack.

–Muchísimo –admitió Valetta–. Mellie se va haciendo mayor, se irá de campamento la semana que viene. Ya sé que serán solo dos semanas, pero…

–Val, creo que necesitas otro hijo.

–¿Eso crees? –la boca de Valetta se curvó con sarcasmo.

–No me molestaría en decirlo si no lo creyera –replicó su amiga.

–Pues avísame cuando encuentres un buen candidato para padre. Suele hacer falta, ¿sabes?

–Lo sé. De hecho, creo que hay un candidato fantástico en la puerta de tu casa.

Valetta dejó el plato y fue hacia el porche delantero. Había una limusina negra con las puertas abiertas. Un hombre daba órdenes al conductor, un joven que intentaba sacar una enorme caja de madera del asiento trasero.

–¡Tenga cuidado con esas botellas, joven! ¡Ese vino tiene más de cien años! ¡He dicho cuidado!

Había un espectacular montón de equipaje por el suelo: dos enormes baúles y media docena de cajas de cartón. Pulgoso Amarillo corría alrededor de Lincoln, ladrando con entusiasmo. Valetta se acercó.

–¿Necesitas ayuda?

Lincoln miró a Valetta y el vino dejó de preocuparle. La estrechó entre sus brazos y la alzó en el aire.

–¡Dios, cuánto te he echado de menos! –le dio un beso hambriento y apasionado–. ¡No volveré a dejarte nunca, te lo prometo!

–¿Una promesa? –ella sonrió.

–Un voto, que pienso intercambiar contigo, si me quieres.

–Creo que siempre te quise –musitó ella.

–Creo que yo lo sabía. Y me dio pánico. Eché a correr en la dirección equivocada, por desgracia. Lo supe en cuanto aterricé en California. Pero he tardado un tiempo en admitirlo.

–Pero has encontrado el camino de vuelta a casa –Valetta lo miró con ternura.

–La próxima vez que suba a un avión, estarás a mi lado. Como mi esposa.

Se quedaron mirándose embobados, como dos adolescentes descubriendo el amor, hasta que unos ruidos de fondo los devolvieron a la realidad.

–Parece que tenemos audiencia –susurró ella. Lincoln alzó la cabeza y vio una multitud en el porche.

–Todo el pueblo, por lo visto –dijo, depositándola en el suelo–. ¿Qué ocurre?

–Es el cumpleaños de Mellie.

–¿En serio? Eso sí que es tener puntería.

–Se pondrá muy contenta cuando sepa que estás aquí. ¿Qué hay en todas esas cajas? ¿Tu famosa colección de vinos?

–Las mejores botellas. Van a enviarme la mayoría de la colección, pero no quería confiar a nadie las botellas más especiales. Con este calor, no sé cómo van a acabar –dijo con tristeza–. ¡Santo cielo! –gritó, al ver que al conductor se le resbalaba una caja–. ¡El contenido de esa caja vale una fortuna! No puedo soportarlo, es mejor que no mire.

Valetta tuvo que morderse el labio inferior para no echarse a reír, pero Lincoln se dio cuenta.

–Créeme, cielo –gruñó–. Le he pagado muy bien para que haga este trabajo.

Valetta no lo dudaba, y se alegró de que la gente que había en el porche se acercara a ayudar.

–Eh, amigo –Chuck le dio una palmada en el hombro–. La semana que viene hay una oferta de cañas a buen precio en Kingston. Va a ser un verano largo, y hay montones de peces –sonriendo, levantó una caja en el aire y volvió a la casa.

Davey también llegó a ayudar en la descarga y Rico saludó a

Lincoln con un puñetazo en el hombro.

–¿Estás listo para empezar la escuela de verano? Tengo unas cuantas ideas que me gustaría revisar contigo. Ah, por cierto, Nancy y yo buscamos un padrino para nuestro hijo –dicho eso, libró al agradecido conductor de una enorme caja etiquetada *Chardonnay* y volvió a la casa.

–Eh, Cameron –llamó Jerome Crater desde el porche–. ¿Vas a entrar o piensas quedarte ahí todo el día? Tengo una barbacoa en marcha en la parte de atrás. Y tráete a ese joven, el pobre tiene pinta de necesitar una buena comida.

–Ahora mismo. Prepáranos un plato –contestó Lincoln–. ¿Cuándo empezó a utilizar el andador? –le preguntó a Valetta en voz baja.

–A finales de mayo –contestó ella.

–Me equivoqué –dijo Lincoln, pensativo–. El problema nunca fue que no te quisiera.

–No creí que lo fuera –ella le dio la mano.

–Tenías razón. Alexis hizo que prepararan un contrato de sociedad mientras estuve aquí. Estaba en mi escritorio cuando volví. Me tendió una trampa y caí en ella. Pero cada vez que le preguntaba cuándo íbamos a firmarlo, tenía alguna excusa para retrasarlo.

–¿Estás diciendo que te mintió?

–Prefiero no utilizar esa palabra –Lincoln hizo una mueca–. Cuando por fin la presioné, me dijo que su quimioterapia había terminado y que se sentía mucho mejor, y que estaba pensando en seguir al mando. Me sentí como un idiota de primera. Que aparecieras de repente la asustó. El día después de que te fueras, Alexis me dijo que estaba dispuesta a firmar. Pero yo ya no estaba seguro de lo que quería.

–Calla, Lincoln, no necesito explicaciones.

–Sí las necesitas. Te debo una disculpa. Tu visita me recordó muchas cosas que no debería haber olvidado con tanta facilidad.

No pudo explicarse más, porque Mellie llegó corriendo y gritando y se lanzó a sus brazos.

–Lincoln, has vuelto, ¡has vuelto! –repitió una y otra vez, agarrándose a su cuello y llorando de alegría–. ¿Eso significa que vas a quedarte?

–Sí, si no me estrangulas –dijo él.

–¿Y vas a casarte con mi madre? –le susurró.

–Lo haré si me acepta –contestó él.

–¡Creo que lo hará! Eso significa que podré llamarte papá.

–Será un honor.

–Bien –Mellie soltó una risa–, le dije a Hannah que ibas a venir

al picnic del Cuatro de Julio y…

–¡Mellie! –gritó Valetta.

–¡Mamá! Solo dije que esperaba que viniera. Y ha venido, ¿no? El caso es que se puso a llorar y a preguntar dónde iba a encontrar ella un padre y le dije que te compartiría y…

Mirando por encima del hombro de Mellie, Lincoln sonrió a Valetta.

Una mujer, una hija, un perro, amigos… Lincoln pensó que debía de ser su día de suerte. Se colocó a Mellie sobre los hombros y siguió a Valetta hacia la casa.

Pulgoso Amarillo les esperaba en el porche, agitando el rabo como si le fuera la vida en ello.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents